

Fuego y éxtasis

AGÁRRAME
VOL 2




Cara Valli

Fuego y éxtasis

Agárrame (Vol. 2)

por

Cara Valli

Proyecto gráfico: MC Grafica (Génova)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

La reproducción y/o distribución no autorizada de este producto protegido por derechos de autor es ilegal.

www.caravalli.it

Prólogo

Sólo pasé unos días con él, pero en ese corto espacio de tiempo consiguió poner mi vida y mi mente patas arriba, atándome a él con las cadenas del deseo y el tormento.

Dominic entró en mi cabeza como un demonio salvador y me abandonó cuando más lo necesitaba.

Estoy sola contra una banda de matones que secuestraron a mi madre, obligándome a someterme a sus exigencias para recuperarla de una pieza.

Capítulo 1

Miro el teléfono con el que acabo de hablar con el secuestrador de mi madre.

¡Tengo tantas ganas de llamar a Dominic!

Necesito oír su voz.

Aún me tiemblan las manos, consternada, y las aprieto para detenerlas, pero sobre todo para no coger el móvil y llamarle.

O más bien que llame a alguien que pueda transmitirle mi mensaje, ya que no me ha dejado sus datos de contacto.

Pero tengo miedo de que se den cuenta y le hagan daño a mi madre.

En el pasado se me ha acusado repetidamente de ser precipitada e impulsiva, así que respiro hondo e intento calmarme.

Tengo que pensar bien las cosas y tomarme mi tiempo.

La puerta se abre de golpe, haciéndome saltar a mis pies como un resorte cargado, miro asustado a la entrada imaginando una multitud de soldados en traje de guerra que vienen a capturarme o eliminarme, pero frente a mi pequeña habitación, sólo pasan algunos de mis colegas, charlando alegremente en su lengua materna, mientras se dirigen a sus respectivos despachos.

Me dejo caer en el sillón y me tomo la cabeza entre las manos.

Debo tranquilizarme.

Hasta que tenga más elementos, debo dejar de lado la idea de pedir ayuda. Por ahora no puedo hacer otra cosa que obedecer sus órdenes y luego, en el momento en que la liberen, los denunciaré.

Para ello, tendré que acumular tantas pruebas como sea posible.

Debo ser capaz de grabar sus llamadas... o al menos transcribirlas mientras aún están frescas en mi memoria.

Inmediatamente saco una libreta y un bolígrafo y escribo toda la conversación que acabo de mantener con el ruso, anotando también todas mis impresiones y los ruidos de fondo que he oído.

Después de transcribirlo todo, me siento mejor, al menos ya no me siento completamente impotente. Me levanto para presentarme ante mi jefe y disculparme por mi ausencia injustificada del viernes pasado.

Recorro todo el pasillo pasando por delante de los despachos de mis compañeros, todos muy desnudos y básicos, en tonos blancos y negros, lo que crea un ambiente muy monótono. Las paredes y el suelo también son del mismo color: linóleo gris y paredes blancas.

Una miseria sin fin.

Afortunadamente, mi oficina es diferente, ya que, al haber sido reconvertida de un antiguo almacén, pude personalizarla con muebles de color madera, pero para las paredes y el suelo no pude hacer nada.

El despacho del jefe no se desvía mucho de la monotonía que reina en esta empresa. Su habitación es un poco más grande que la nuestra, pero sigue estando desnuda: sólo hay dos mesas, una abarrotada de montones y montones de documentos, en la otra sólo hay un ordenador. Su librería, a diferencia de la de mis colegas, rebosa de volúmenes y archivadores, y en las paredes cuelgan pósters descoloridos de paisajes montañosos. La única nota de color es la vista a través de las ventanas francesas que dan al característico balcón de madera.

– Siéntese, por favor– dice en inglés al verme en el umbral.

Miro con temor los ojos azules del rostro ancho y rubicundo de mi jefe; esta mañana se ha echado hacia atrás el pelo rubio y parece una salchicha grande y gorda, por miedo a encontrar en él un destello de ira; pero, por el contrario, me mira con calma mientras me dirijo al escritorio.

No sé cómo iniciar la conversación, así que busco inspiración contemplando los grabados que cuelgan de la pared.

– Parece que tienes una historia que contar– comienza, sorprendiéndome.

– ¿Cómo?

Puede que lo haya entendido mal y, puesto que siempre hablamos en inglés, no me extrañaría.

– Me dijeron que tuvo que huir a Italia para ayudar a un pariente necesitado.

Me quedo mirándole sin decir palabra durante unos segundos y, cuando veo que levanta las cejas interrogante, me apresuro a confirmar la mentira que le han contado.

– Sí, en efecto, siento haber ido sin avisar– digo titubeando.

– No te preocupes Sara, lo importante es que ya está todo solucionado –dice con una sonrisa benévola en su gran cara y las manos en su prominente barriga.

– Sí, por supuesto, todo salió bien.

¿Quién podría haber contactado con él?

– Gracias por entenderlo– exclamo mientras me levanto.

– Te he enviado un par de correos con trabajo que quedó pendiente durante tu ausencia, así que intenta ponerte al día.

Asiento con la cabeza mientras me doy la vuelta y salgo de la habitación.

No lo entiendo.

Quizá fue Steven, o Dominic, o alguien de su equipo lo hizo para no preocupar a mis conocidos y permitírnos despistar a la organización del hampa.

Abrumada, vuelvo a mi despacho, a mitad del pasillo un par de colegas me bloquean el paso: ambos son altos y macizos, con la barriga distendida por demasiadas cervezas y arrogantes como casi todos los machos cuando van en manada.

– Sara, Luca Spa llamaron el viernes, estaban bastante agitados por la nueva actualización del software y tuve que calmarlos, me llevó toda la mañana entender lo que querían– exclama uno de los dos hombres irritado.

– Siento si te han hecho perder el tiempo... murmuro al pasar junto a ellos.

– Les llamo enseguida– añado sin darme la vuelta.

Sus murmullos en alemán me siguen por el pasillo, saben muy bien que no lo entiendo y se aprovechan de ello todo el tiempo.

¿Quién sabe lo que dicen a mis espaldas?

Me quedo paralizada con la mano en el picaporte de la puerta de mi despacho. Una bonita cajita yace en medio del escritorio. Las palabras del ruso resuenan en mis oídos:

"Hoy recibirá un paquete, dentro del cual encontrará un colgante. Debes llevarlo siempre contigo".

Mi corazón empieza a latir furiosamente en mi pecho, con calma alargo la mano y lo agarro.

Parece un regalo... envuelto en el elegante papel de una joyería, con una cinta de colores enroscada en el extremo.

La aprensión me vuelve frenética, arranco todo aquel adorno inútil y lo abro: sobre un cojín de satén azul descansa un delicado colgante en forma de cruz de la vida, si no fuera tan aterrador, me reiría de la macabra elección que se ha hecho.

Lo agarro y lo peso, mirándolo por todos lados pero sin encontrar ninguna manipulación.

Tal vez el micrófono está en la piedra colocada en el centro.

Recorto el nombre de la joyería del papel de regalo y lo grapo al bloque donde estoy recogiendo las pruebas.

Busco hilo en los cajones pero no lo encuentro, así que cojo un par de auriculares rotos y con el hilo hago el collar que necesito.

Cuando termino el trabajo, miro el colgante negro con la piedra de micrófono igualmente oscura.

No puedo.

No puedo ponérmelo en el pecho, así que me enrolló el cable alrededor de la muñeca, convirtiéndolo en una pulsera.

Lo más lejos posible del corazón.

Trabajo todo el día en absoluto silencio, ni siquiera voy a comer, tanto para compensar lo del viernes como por miedo a verme obligado a hablar con alguien, dejando que escuchen mis conversaciones.

De todos modos, ya estoy acostumbrada a ayunar.

Su recuerdo me hace un nudo en la garganta, cómo me gustaría que estuviera aquí, cómo me gustaría sentir sus brazos cálidos y protectores alrededor de mi cuerpo helado, cómo me gustaría reflejarme en sus ojos cuando me miran severos o llenos de deseo.

Necesito a Dominic.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas y entonces ahuyento su recuerdo y pienso en lo que debe estar pasando mi madre en manos de esos asesinos.

Me llevo una mano a los labios para evitar que salga el dolor que llevo dentro.

Tengo que trabajar y no pensar en nada más, de lo contrario no lo conseguiré.

Al final del día salgo de la oficina con mis compañeros y apenas me despido de ellos antes de volver a casa, a esa morada ajena y enemiga.

Estoy cruzando el umbral cuando suena mi teléfono móvil.

– Hola Ale.

– Hola Sara, lo siento, sé que dije que esperarías tu llamada, pero...

Su voz gotea tristeza, imagino sus ojos tristes y me siento culpable.

– Está bien, dime...

– ¿Qué te pasa? Tienes una voz extraña.

Su tono cambia, siempre ha estado muy atento a mis cambios de humor.

Tengo que tener cuidada.

– Nada, no te preocupes, sólo tuve un mal día en el trabajo.

Durante unos segundos no oigo nada, estoy a punto de llenar el silencio, cuando su voz llena de tristeza vuelve a llenar la línea:

– Escucha, ¿hay alguna manera de que podamos reunirnos?

Debería decir que no, cortar sus esperanzas... pero no puedo. Quieren que siga viéndole, que intente sacar información de sus historias.

Permanezco en silencio unos segundos, en mi interior se libra una lucha sin cuartel. Por un lado está mi madre en peligro de muerte y por el otro Alessandro con el corazón roto.

– ¿Quizá sólo como amigos?– me pregunta al cabo de un rato.

Me siento fatal, ¿cómo puedo engañarle? ¿Cómo puedo ser tan egoísta?

– Te echo de menos...– susurra suavemente.

Un sollozo mal contenido se me escapa del pecho e intento disimularlo con una tos.

Por desgracia, sólo tengo que pensar en mi madre, que es la que más me necesita.

– Vale... pero sólo como amigos– digo, antes de perder los nervios.

– Bueno, voy a coger algo para comer y vengo. Así podrás contarme qué te han hecho para disgustarte.

Su alegre voz me atraviesa el corazón. Alessandro cierra la conversación con una apresurada despedida.

Probablemente tenga miedo de que cambie de opinión.

Cuando entra atrevidamente en mi piso, me siento morir. El peso que conseguí quitarme de encima el día anterior ha vuelto aún más pesado y me aplasta el pecho, quitándome la alegría de vivir.

Alessandro me cuenta con todo lujo de detalles todo lo que le ha pasado en el trabajo durante el fin de semana. Intento varias veces impedir que le interrumpa mientras me cuenta información delicada y detallada, pero como no puedo insistir, no puedo evitar que traicione a su empresa.

A estas alturas ya debían de haberse dado cuenta de que los micrófonos de la casa habían sido manipulados o quizá ya lo sabían y por eso me proporcionaron el colgante.

– Gracias por la cena– digo saludando a Alessandro en el umbral.

Se inclina para besarme, pero vuelvo la cara y dejo que el beso caiga sobre mi mejilla.

– Sólo amigos– le recuerdo.

– Sí, sólo amigos –confirma mientras me toca el brazo y me mira a los ojos.

Su mano vuelve a subir y con el pulgar toca el lugar donde descansaban sus labios.

– ¿Por qué te perdí?

Siento que las lágrimas llenan mis ojos y veo deseo en los suyos. Se acerca a mí lentamente, sin dejar de acariciarme la cara, sus grandes ojos verdes me encantan y el deseo de ser envuelta por su amor para dejar de sentirme tan sola y fría casi me hace ceder.

Unos milímetros nos separan cuando dos ojos oscuros se superponen a los suyos. Me echo hacia atrás asustada.

– Lo siento– dice.

– No debería haberlo hecho– añade vacilante.

Sacudo la cabeza y le sonrío.

– No importa.

– ¿Me llamarás?

Asiento con la cabeza y él se me queda mirando unos segundos, suspira y se da la vuelta para marcharse.

Levanta una mano en señal de saludo y yo me quedo en la puerta mirándole mientras cruza el patio, sube a su coche y se marcha.

– Perdóname si puedes– susurro.

Me paso la noche dando vueltas en la cama, pensando y repensando posibles soluciones, pero sin encontrar ninguna. Pero de una cosa estoy segura:

No puedo confiar en ellos.

Tengo que ser capaz de acumular pruebas contra el ruso y tengo que ser capaz de hablar con mi madre.

Tal vez lo que oí fue sólo un truco de computadora.

A la mañana siguiente, nada más sentarme en mi escritorio, carraspeo, levanto el brazo y me aseguro de que el colgante está a la altura de los labios.

Probablemente sea inútil, pero quiero que me oigan bien:

– Estoy en la oficina... dentro de media hora empezarán a llegar mis compañeros...

Me aclaro la voz, que de repente se ha vuelto más ronca, y continúo con el discurso que he repetido un millón de veces:

– Tengo que poder hablar con mi madre, tengo que asegurarme de que está bien.

Espero, mirando el teléfono sobre mi escritorio.

– Esperaré cinco minutos y luego la llamaré al móvil y me gustaría que contestara.

Bajo el brazo y veo pasar el tiempo en el reloj de pared, el segundero recorriendo su camino con exasperante lentitud mientras da por fin su quinta vuelta.

Driiin.

El teléfono suena un segundo antes de que pueda levantar el auricular.

Driiin.

Lo cojo y, vacilante, me lo acerco a la oreja.

– ¿Hola?

– Hola 'Kotik

Su voz malvada, el apodo que utiliza para dirigirse a mí, todo me revuelve el estómago. Menos mal que no he desayunado, si no lo vomitaría en el cubo de la basura.

– ¿Dónde está mi madre?

– Está llegando, pero ten por segura que esta es la última vez que cumpliremos tu petición. Nosotros damos las órdenes, no tú.

Si cabe su voz es aún más gélida, tiemblo por miedo a que pueda herir a mi madre.

– ¿Está claro?

– Sí.

– Bueno... mamá ha llegado.

Aprieto el auricular con más fuerza mientras espero a que me entregue el teléfono.

– ¿Sara?

Su suave voz me llega como una daga en el pecho.

– Mamá, ¿cómo estás? ¿Te han hecho daño?

– Estoy bien... y por ahora me tratan con respeto... pero uno hace lo que le dicen. Si no...

– Por supuesto– afirmo con firmeza.

– Haré lo que quieran, pero ¿cómo has acabado en sus manos?

– Estaba en casa de unos amigos y me secuestraron cuando volvía a Italia.

Un sollozo al otro lado de la comunicación me hace un nudo en la garganta.

– Sara. Ayúdame.

Oigo algunos sonidos de lucha y luego:

– Bueno "Kotik– has recibido tu llamada.

– ¿Cuándo la dejarás marchar?– pregunto al borde de las lágrimas.

– Cuando hayamos terminado contigo.

– Pero yo no sé nada – exclamo exasperado.

– No te subestimes Sara, eres preciosa, muy preciosa para nosotros... así que se una buena chica y tu mami estará bien, solo intenta meterte en nuestro camino otra vez como anoche y ella...–

Un grito, un grito desesperado y luego oigo a mi madre llorar suavemente.

– Sufrirá– añade con malicia.

Cierro la comunicación mientras el mundo se cierra a mi alrededor, me asfixio, mis pulmones se niegan a funcionar, abro la boca en busca de oxígeno pero sólo sale el lamento de la desesperación, destruyendo mi alma.

Le hicieron daño por mi culpa.

Intento no pensar en lo que podrían haberle hecho.

Tengo que ser capaz de arrancársela de las manos.

Escribo con rabia sobre todo lo que me dijeron y todo lo que hicieron.

Los odio.

El día pasa rápido pero es la noche la que parece interminable, el remordimiento no me deja dormir y permanezco todo el tiempo mirando al techo, imaginando a mi madre víctima de todas las represalias posibles y atroces.

Estoy muy cansada por las mañanas y, cuando llego a la oficina y veo un paquete sobre mi mesa, parpadeo un par de veces para asegurarme de que lo veo bien.

¿Quién lo puso ahí en ese momento?

El paquete, como la vez anterior, es muy detallado. Retiro el papel de regalo y abro la cajita: un gran mechón de pelo y una nota escrita en rojo.

Primera pieza

Todo empieza a oscilar y a desdibujarse, me tiemblan las manos y el paquete cae, derramando su contenido sobre el escritorio. Me desplomo en la silla y miro su pelo esparcido por el teclado y el ratón.

Recojo el mechón de pelo y a mi pesar noto la presencia de todas las raíces e incluso unas gotas de sangre.

Así que esto es lo que le hicieron ayer por la mañana.

El grito que oí fue provocado por este macabro recuerdo que tan amablemente me dieron.

Bastardos... son bestias.

Bestias sedientas de sangre, eso es lo que son, pero pagarán por ello.

No sé cómo, pero me las arreglaré para hacerles pagar.

Lo archivo todo y me sumerjo en el trabajo, no puedo, de hecho no debo dejar que el miedo me abrume, debo ser fuerte, debo reaccionar.

Los días pasan mientras la podredumbre de la mentira invade cada una de mis acciones, cada uno de mis pensamientos, cada una de mis respiraciones.

Si antes no estaba muy integrado en la empresa, la barrera del idioma me entorpecía un poco, ahora estoy aún menos integrado, aparto y evito a todo el mundo, incluso a mis compañeros más amigos.

Alessandro es el único al que asisto, pero sólo porque tengo que hacerlo.

De vez en cuando viene a visitarme y cenamos juntos. Habla y me cuenta todo lo que pasa en el trabajo, en casa y con los amigos. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que habla, pero quizá sólo lo hace ahora, para llenar el espacio que sería mío si pudiera o quisiera contarle a su vez.

Tengo la impresión de vivir mi vida como un espectador, como si asistiera, cómodamente sentado en una butaca, a una tragedia. Una tragedia que es mi vida actual.

La vida de otra persona. Una vida que no reconozco como propia.

Los únicos momentos en los que parece que vuelvo a la vida es cuando Cassandra me llama por teléfono, con ella vuelvo a ser yo misma....

La alegre y despreocupada Sara.

Lo hago por ella, para no preocuparla, pero incluso eso es sólo una actuación y cuando nos despedimos, lloro sin hacer ruido, sin sollozos para que no me oigan.

Otra noche entera, no sé cuánto tiempo más podré seguir así, me estoy agotando, me cuesta comer, de hecho básicamente si pudiera alimentarme por vía intravenosa, sería más feliz, sólo trago comida porque si no, no sería capaz de mantenerme en pie.

– Hola 'Kotik'.

Es media mañana, cuando contesto al teléfono, su voz maliciosa enciende un fuego en mi interior que lucho por domar.

Me gustaría echarle en cara todo el veneno y la rabia que llevo dentro... En vez de eso:

– ¿Cómo está mi madre?

Hace tres semanas que no sé nada de ellos, he cogido el teléfono un millón de veces para llamarles pero no lo he hecho por miedo a disgustarles, he llegado a la oficina muy temprano con la esperanza de que me pusieran con ellos pero nunca me han llamado.

– Bien por ahora, y si haces algo por mí, te dejaré hablar con ella pronto.

– No, no quiero hablar con ella, quiero que la dejes ir– le digo.

Mi voz sale un poco demasiado enfática y, de hecho, él se resiente de inmediato:

– Lo siento, Sara, pero tú no pones las reglas– insinúa en voz baja y amenazadora.

– Más te vale que sea buena, a menos que sientas tanta nostalgia por ella que quieras otro trozo.

Contengo la respiración y me muerdo el labio para no reaccionar, para no insultarle.

– ¿Así es 'Kotik'?

– ¿Quieres que te acompañe un trozo de tu madre?– añade, riendo perversamente.

– No – apenas susurro.

– Bien. Entonces haz que tu novio te lleve a la fiesta de la empresa en casa de su capataz.

– ¿Por qué?

– Tienes que poner un micrófono en el estudio– me informa con voz fría y profesional.

– ¿Qué bicho? pregunto consternado.

– Lo tendré entregado esta noche.

– Ese no era el trato. Sólo tenía que conseguir que Alessandro hablara de su trabajo.

– Los acuerdos acaban de cambiar.

– No. No tengo ganas. Nunca podré hacerlo.

– ¿Estás rechazando a Sara?

No puedo responder, el pánico me agarra la garganta con sus dedos ganchudos.

– Acabo de enviarte un correo electrónico con un pequeño incentivo – me informa fríamente.

El sonido de un correo entrante me asusta tanto que corro el riesgo de que se me caiga el auricular de las manos.

– ¡Ábrelo! – ordena.

Es la imagen de una mujer desnuda: sólo el torso y sólo el lado derecho, desde el hombro hasta el ombligo, amenazante tijera abierta alrededor del pezón.

La cara de la mujer no es visible, pero el lunar que tiene justo debajo de la clavícula no me deja ninguna duda sobre quién es.

Mamá.

– No por favor... yo lo haré. No le hagas daño.

– Bueno 'Kotik', me alegra saber que por fin cooperas y estoy seguro de que eso también complacerá a tu pobre madre.

Cierra la conversación mientras yo sigo mirando la imagen en el ordenador.

Lo estudio, intento comprender desde dónde se envió, pero los rastros han sido hábilmente disimulados.

Lo escribo todo en mi expediente y también adjunto una copia del correo electrónico y la foto.

Imprimirlo me da escalofríos, pero no puedo dejarlo en el sistema, así que me veo obligado a ponerlo todo en papel.

Cuando llego a casa, del buzón sale un sobre acolchado, lo cojo y lo meto en el bolso sin ni siquiera abrirlo.

Capítulo 2

– Hola Alessandro. ¿Sigues trabajando?

– No, ahora estoy fuera.

Su alegre voz bloquea el aliento de mis pulmones, cómo puedo utilizarle tan impunemente, realmente soy una persona horrible.

– ¿Qué ocurre?– me pregunta preocupado.

Repaso la imagen de esas tijeras en mi mente y las palabras salen solas:

– Nada, es que me apetece hacer algo este fin de semana y quería preguntarte si querías salir conmigo –digo, intentando parecer alegre.

– Hay una fiesta de empresa el sábado por la noche... pero mejor no voy– exclama feliz.

– Podemos ir a ese nuevo pub del que te hablé la última vez– dice entusiasmado.

– No, no quiero que comprometas tu carrera por mi capricho.

Espero que muerda el anzuelo.

– Entonces podrías venir conmigo, ¿qué te parece?

Ahí lo tienes, era más fácil de lo que pensaba.

– ¿Seguro que puedo ir?

– Por supuesto– dice y luego añade:

– Pero no será muy divertido, no somos más que un puñado de ingenieros barbudos que hablarán toda la tarde de trabajo.

– Oh, no puedo esperar, me encantan los hombres ocupados– exclamo feliz.

No responde y el silencio al otro lado de la línea me hace temer que haya pronunciado las palabras equivocadas.

Le irrité.

– ¿A qué hora debo estar lista?– le pregunto, esperando que no cambie de opinión.

– Te recogeré a las ocho– me informa.

Pero noto una vena de fastidio en su voz que me preocupa, así que intento remediarlo:

– ¿Tengo que llevar armadura o basta con un escudo?

– ¿Por qué?– me pregunta desconcertado.

– Para defenderme de las malas miradas de tus colegas cuando descubran que soy un zapato ignorante.

– No somos tan esnobs, Sara. No te preocupes– dice, suspirando.

En su voz percibo la sonrisa que casi con toda seguridad logré arrancarle.

– Ponte un vestido bonito y todo irá bien– añade más sereno.

– Genial, entonces te veré mañana.

– Sí, hasta mañana, buenas noches Sara– dice con voz suave pero profunda.

He decidido ponerme un vestidito azul al lado pero poco provocativo, no quiero que piense que quiero reavivar nuestra relación: la parte de arriba es bastante ajustada pero el escote es poco profundo, la falda acampanada hasta debajo de la rodilla lo hace aún menos provocativo. Lo compré hace años para la boda de mi prima.

Agarro el sobre que aún no he tenido el valor de abrir y miro el contenido: un microchip diminuto.

Guardo el envoltorio en mi carpeta, que cada día es más grande, y el bicho en el bolsillo.

El sonido del timbre me sobresalta, me siento como si me hubieran pillado con las manos en la masa.

Coloco apresuradamente el sobre bajo los cojines del sofá y voy a abrirlo.

– Estoy lista– digo tras abrir la puerta de par en par.

Cojo el abrigo enganchado en el perchero y me vuelvo hacia Alessandro, que me mira con admiración.

Él también destaca con su traje oscuro, le sienta de maravilla y sus ojos verdes resaltan maravillosamente.

– ¿Puedo ir al baño un momento?– me pregunta con voz ronca.

– Por supuesto.

Me muevo para dejarle pasar y cuando está frente a mí se inclina para depositar un beso en mi mejilla.

– Te ves bien vestida así.

Y luego sube corriendo las escaleras.

– Tú también– le grito

La oigo soltar una risita como respuesta. Nunca le han gustado las apreciaciones sobre su físico y nunca he entendido por qué.

Como tengo tiempo, subo a buscar un bolso de noche a juego con el vestido, pero cuando subo los últimos escalones le sorprende rebuscando en mi mesilla de noche.

– ¿Qué sabes hacer?

– Oh, lo siento Sara... No encontraba mis gemelos de oro esta noche y se me acaba de ocurrir que la última vez que me los puse, entonces dormí aquí contigo.

– No. Ale, no encontré a tus gemelos, si no te lo habría dicho.

– Sí, es verdad, lo siento– dice avergonzado.

Mientras él se encierra en el baño, yo cojo el bolso de mano a juego con el vestido y vuelvo a bajar las escaleras.

Paso lo esencial de una bolsa a otra y meto el bicho en el bolsillo interior.

Durante el trayecto ambos estamos en absoluto silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Cuando atravesamos el gran portón de la villa del siglo XIX de su jefe, no puedo evitar una exclamación de sorpresa.

– Guau. Es increíble– digo, atónita.

– Sí, mi jefe está forrado y cada dos o tres meses organiza estas fiestas para hacer alarde de parte de su riqueza ante nosotros, los pobres empleados.

Le miro asombrada... nunca había sentido envidia ni rencor hacia sus colegas.

De hecho, siempre hablaba muy bien de ellos.

– ¿Por qué la racha venenosa?

– Es culpa suya que las cosas entre nosotros se hayan atascado en una sórdida amistad– dice sin mirarme.

Luego sigue las instrucciones de un chico y aparca el coche en el bonito patio que hay delante del edificio.

– ¿Y por qué iba a ser culpa suya?

– Porque me ha llenado la vida de trabajo alejándome de ti.

– No es culpa suya, Ale.

– ¿No?

– No, es culpa mía, soy yo quien ya no siente lo mismo por ti y el hecho de que te mantuviera ocupada en el trabajo no tiene nada que ver. Habría pasado de todos modos.

– No lo creo– dice negando con la cabeza.

– Alessandro, mírame.

Se vuelve obedientemente y sus ojos están llenos de furia pero también de mucha tristeza.

– Te quiero y siempre te querré, eres mi mejor amigo aquí, de hecho el único– le digo sonriendo.

– Pero el hecho de que ya no sienta atracción por ti no es culpa de tu trabajo.

Hago una pausa buscando las palabras adecuadas.

– Algo ha cambiado dentro de mí y no puedo hacer nada al respecto, sería injusto ignorar la verdad.

Niega con la cabeza, pero yo continúo:

– Ojalá pudiera quedarme sólo con la parte buena: nuestra amistad. Pero si es demasiado duro para ti, tienes que decírmelo y no te buscaré más –le digo sinceramente.

– No sé, tengo que pensarlo.

Entonces sale del coche y da la vuelta para venir a abrirme la puerta, como el caballero que siempre fue.

– Ahora vamos a la fiesta– me dice mientras me ayuda a bajar.

La casa es fantástica, llena de estuco y muebles antiguos, los techos son tan altos que se podría hacer otro piso.

Deambulamos entre los invitados, pero estoy tan agitada y distraída por mi verdadera tarea que no puedo prestar atención a lo que dicen sus colegas y sus respectivos acompañantes.

Una y otra vez hago el ridículo por mi descuido y cada vez culpo a mi entorno, alegando que su belleza me ha embelesada.

"Secuestrada" como mi madre.

– ¿Dónde está el baño? le pregunto a una señora rubicunda con un vestido dos tallas más pequeño que ella.

– Por ahí, querida– me informa con su voz chillona.

– Gracias, disculpe... Vuelvo enseguida– digo dirigiéndome a Alessandro.

Asiente con la cabeza y vuelve a hablar con sus colegas.

Recorro toda la planta baja buscando el estudio pero no lo encuentro, probablemente esté arriba.

Me acerco a las escaleras, pero unas cuerdas atadas a unos bolardos y un guardaespaldas del tamaño de un armario impiden el paso.

En una casa tan grande debe haber otro acceso para el piso superior.

Todos los edificios de esta época tienen una escalera de servicio. Lo más probable es que esté en la parte trasera o en la cocina. Me dirijo hacia la parte trasera de la casa y me encuentro en un pasillo muy estrecho y apretado, al final encuentro una puerta maciza y la abro con cuidado.

Curiosa al otro lado y al no ver a nadie, cruzo el umbral y cierro apresuradamente la puerta tras de mí, no sin antes echar un último vistazo al pasillo por el que acababa de pasar para asegurarme de que nadie me había visto.

La habitación en la que he entrada es una especie de pasillo, hay unas cuantas puertas y una escalera muy estrecha y empinada, me quito los zapatos y en silencio corro hacia la rampa y la subo rápidamente.

Al llegar al piso superior, me encuentro en una habitación muy parecida a la de abajo, me acerco a la puerta de enfrente y pongo la oreja en la aldaba.

La puerta es demasiado gruesa y no capto ningún ruido, así que me armo de valor y entreabro la puerta.

Al otro lado hay un pasillo grande y bien iluminado. Estoy a punto de cruzar el umbral, pero veo una sombra.

Hay alguien.

Una figura fantasmal surge de repente de la penumbra de una habitación, contengo la respiración, rezando para que no se dé la vuelta.

Doy un cauteloso paso atrás y me refugio en las sombras del pasillo. Con el corazón laténdome desbocado espero escondida, o más bien apretado contra la pared. Espero hasta que los pasos retroceden y el ruido desaparece engullido por los altos techos.

Cuando el silencio me envuelve con sus alas suaves y tranquilizadoras, el aliento que estaba conteniendo sale de golpe en un gran y estremecedor suspiro de alivio.

Agarro el picaporte y abro la puerta del todo, luego, tras atravesarla, la cierro tras de mí y empiezo a caminar por el pasillo.

Me acerco sigilosamente a la puerta de donde salió el espectro que me asustó y giro el picaporte lentamente. El chirrido que llena el pasillo parece increíblemente fuerte, demasiado para una manilla tan pequeña.

Cuando la cerradura chasquea y la aldaba se abre, el ruido producido me sobresalta y un chillido aterrorizado escapa de mis labios. Entreabro la puerta y miro dentro de la habitación, pero está demasiado oscura.

No veo nada.

Así que abro la puerta de par en par y dejo que la luz del pasillo inunde la habitación. Y veo un dormitorio, muy grande y hermoso, con una enorme cama con dosel.

Pero no es el estudio, así que cierro la puerta y paso a la siguiente. Respiro hondo e intento abrir el picaporte, pero no gira.

Está cerrado. ¿Y si en realidad es el estudio?

Miro la habitación en la que acabo de estar y corro hacia ella por el pasillo.

En una casa, todas las puertas tienen la misma cerradura y, por tanto, la misma llave.

Vuelvo a abrir la puerta y busco a tientas el ojo de la cerradura.

No, sin llave.

Derrotado cierro y atravieso la cámara intermedia, deteniéndome en la última puerta de este lado del pasillo.

Nada, también está cerrado, el desánimo empieza a infectar mi corazón.

¿Y si no puedo entrar en el estudio?

¿Qué pasa si no puedo completar mi tarea?

¿Cuáles serán las repercusiones para mi madre?

Me adelanto a la puerta principal y la abro con la fuerza de la preocupación, ésta a diferencia de las dos anteriores está abierta y me tambaleo hacia atrás, arriesgándome a caer desplomado en el pasillo.

Al otro lado de la puerta hay un pequeño almacén de servicio, con estanterías altas a ambos lados y una cantidad impresionante de equipos de limpieza.

Con un suspiro de decepción cierro la puerta y me dirijo a la del medio, girando tranquilamente el picaporte pero nada....

Está cerrado.

Bien. Última oportunidad, última puerta.

Agarro la manilla y la giro, la giro, la giro, y por fin el sonido del desbloqueo llena el pasillo.

Entreabro lentamente la puerta lo suficiente para que la luz penetre en el interior.

Bingo. Es realmente el estudio.

Echo un vistazo rápido al pasillo, tuerzo el oído para intentar captar algún ruido y al no oír ninguno, entro y cierro la puerta tras de mí. Golpeo la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y lo enciendo, iluminando la habitación.

Me acerco al mostrador con el corazón laténdome deprisa en el pecho.

Parece que ha decidido abrirse camino a martillazos.

Cojo el micrófono y lo meto debajo del portabolígrafos del escritorio. Apago la luz y salgo a hurtadillas de la habitación. Intento respirar hondo para calmar mi corazón.

Lo peor ya ha pasado, ahora sólo tengo que volver a la fiesta.

Intentando no exteriorizar todo el terror que se apodera de mi estómago, empiezo a caminar por el pasillo.

Me vuelvo a poner los zapatos sin parar, así que me veo obligado a saltar primero sobre un pie y luego sobre el otro mientras me los pongo.

Casi he llegado a la escalera principal:

– Hör auf– una voz masculina detrás de mí me hiela la sangre en las venas.

Me quedo inmóvil y no me atrevo a darme la vuelta, oigo pasos que se acercan rápidamente.

Cuando lo siento cerca, me atrevo a girar la cabeza: un hombre de mediana estatura vestido con un traje oscuro, me mira con el ceño severo.

– Lo siento. Sé que no debería estar aquí, pero esta casa es magnífica y no he podido resistirme– digo en inglés esperando que se trague la mentira.

– Vuelve a la sala, esta zona está prohibida– me ordena el guardia.

– Sí, claro. Disculpe– digo mientras me doy la vuelta y empiezo a bajar la escalera.

Al final, el hombre de seguridad mueve el cordón y me deja pasar, mirándome mal.

– Gracias– le digo, sonriéndole avergonzada, pero la única respuesta que obtengo es una mirada gélida.

Unos instantes después, con el corazón aún en la garganta, vuelvo al salón, busco a Alessandro y vuelvo a charlar con los invitados como si nada hubiera pasado.

– ¿Lo has hecho todo?– me pregunta mirándome a los ojos con seriedad.

Le miro estupefacta:

¿Cómo?

– En el baño... ¿hiciste todo?– señala al cabo de unos segundos.

– Sí, por supuesto– respondo.

Realmente soy un imbécil, pero sobre todo soy un pésimo matón.

– Gracias– añado sonriéndole.

La velada transcurre tranquila, pero la idea de que puedan darse cuenta de lo que he hecho me atormenta y no consigo calmarme hasta que subimos al coche y abandonamos la propiedad de su jefe.

De hecho, sólo puedo relajarme cuando entro en casa y cierro el mundo al otro lado de la puerta. Todo excepto las personas que espían mi vida cada día.

Lo apunto todo en mi dossier y anoto cómo es el bicho y dónde lo he colocado.

Me tumbo en mi cómoda cama, pero no puedo cerrar los ojos:

A estas alturas ya estoy seguro: no acabará nunca.

Incluso cuando liberen a mi madre y pueda volver a mi vida, estaré tan enredado en sus tramas, habré hecho tantas cosas ilegales como esta noche, que no podré librarme de ellos.

En ese momento seré su marioneta.

Debo poder contactar con él, debo pedirle ayuda antes de que sea demasiado tarde.

Repaso cada detalle del plan que estudié durante la noche en lugar de dormir.

Cuando la noche da paso al día y también se va el amanecer. Cojo el móvil y pongo en marcha mi plan. El miedo a que algo no salga bien hiela la sangre en mis venas, temo no ser lo suficientemente listo para engañarlos.

Escribo el primer mensaje de texto:

"¿Quieres saber cómo fue la noche?"

E inmediatamente escribo el siguiente mensaje, el más importante:

"Hermoso"

Envío a Cassandra nuestro mensaje codificado, lo que acordamos hace años era un grito de auxilio por una noche que salió mal. Por una noche que nos está poniendo en peligro.

Sin esperar su respuesta, escribo también frenéticamente la última frase:

"Asistí a una velada con Alessandro en una magnífica villa, te habría encantado".

El timbre de mi teléfono no defrauda mis expectativas.

– Sara.

La voz preocupada de mi amiga me llena el pecho de pena, me esfuerzo por ahuyentar las lágrimas de mi voz. Debo interpretar muy bien mi papel, de lo contrario todo será en vano.

– Hola, Cassandra. ¿Por qué me llamas tan temprano?

En su mutismo capto el sonido de los engranajes de su mente trabajando frenéticamente.

– Te estaba escribiendo un mensaje– digo.

– Por eso te llamé, ya que estabas despierto pensé en aprovecharlo inmediatamente.

– Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?– le pregunto, tratando de poner algo de aprensión en mi voz.

– Deberías venir aquí inmediatamente– me dice Cassandra, interpretando su papel a la perfección.

– ¿Por qué ocurre esto?– pregunto con voz cada vez más preocupada.

– No puedo hablar de ello por teléfono. Te necesito, por favor Sara. Hoy es domingo y seguro que mañana por la mañana hay algún vuelo que puedas coger para llegar a tiempo al trabajo –se nota la urgencia en su voz.

Deberíamos haber sido actrices.

– Por supuesto que iré en cuanto pueda– exclamo.

– Gracias, hazme saber a qué hora aterrizas para que pueda recogerte en el aeropuerto.

– Vale, te enviaré un mensaje.

– Hola Sara, y gracias. Disculpas a Alessandro.

– Adiós Cass, y no te preocupes: Ale lo entenderá.

Termino la conversación satisfecha, el punto número uno de mi plan ha ido muy bien.

Preparo una bolsa para llevar como equipaje de mano en el avión y meto en ella mi expediente.

Según lo acordado desde el aeropuerto envío un mensaje a Cassandra:

"Salida 8:40 a.m. Llegada estimada 10:10 a.m."

Sentado en mi asiento, apretujado entre la ventanilla y una señora corpulenta, preparo una nota para Cassandra, con una explicación sucinta de lo que ocurre y lo que necesito. Luego hago un par de copias por si no está sola.

Cuando desembarco, mi corazón late furiosamente, esta parte del plan es igual de delicada, si algo sale mal mi madre...

No puedo pensar en ello. Todo irá bien.

Me temo que hay algunos de sus hombres mezclados entre la multitud. Así que primero, cuando nuestras miradas se cruzan desde lejos, le hago una señal para que se calle. Un movimiento rápido, inmediatamente sustituido por una gran sonrisa. La expresión de la cara de mi amiga cambia de alivio por haberme visto ilesa, a preocupación.

Se ha dado cuenta de que tiene que volver a actuar, se ha dado cuenta de que el peligro aún no ha pasado.

– Hola Cass– exclamo en cuanto estamos cerca y luego la abrazo con fuerza.

Las lágrimas que he estado conteniendo durante días, semanas, corren el riesgo de inundar mi rostro, pero no es el momento de dejarme llevar, no puedo permitirme ceder a la emoción.

Con un movimiento brusco me separo de ella y le agarro ambas manos.

– Te he echado mucho de menos– le digo mientras le doy la nota que tengo entre los dedos.

Cuando nuestras manos se separan, la veo aplastar el papel en su puño y veo que sus ojos se llenan de preocupación.

– Yo también te he echado de menos– exclama con voz temblorosa.

– Vamos Jason nos está esperando en el coche.

Nos cogemos del brazo y a paso ligero conquistamos la salida y subimos a un sedán aparcado justo delante de las puertas de llegadas.

En cuanto se cierra la puerta, veo que abre la boca, pero le hago una señal para que se calle y le señalo la mano en la que sigue agarrando mi periódico.

Espero a que lo lea y le enseño el colgante que llevo en el brazo, colgándolo delante de sus ojos bien abiertos.

Los ojos de Cassandra se llenan de lágrimas mal contenidas y se tapa la boca con una mano para repelerlas.

Entrego uno de los otros billetes a Jason, que nos observa con preocupación desde el asiento del copiloto.

– Gracias por venir tan deprisa, se lo agradezco mucho– dice, pero se le quiebra la voz a mitad de frase.

– Hola Hada"– interviene Jason y me acerco a él para recibir su saludo, su barba pellizca mi mejilla mientras posa sus labios en mi cara para darme un ligero beso.

– Ahora tienes que contármelo todo– exclamo.

– Dime qué pasa– pregunto fingiendo preocupación.

– ¿Qué puedo hacer por ti? Insisto, como mi lado exige

Cassandra hace mímica:

"¿Estás segura?"

Asiento con decisión y Jason toma la palabra antes de que ella pueda hacerlo.

– Esta noche tu amiga y yo tenemos que participar en una demostración– me informa, improvisando brillantemente.

– Y le preocupa mucho no tener éxito. Necesita apoyo moral– prosigue.

– Como Steven está en América, pensó en ti – recita hábilmente Jason.

Cassandra se sonroja como una colegiala y mira a su hombre con los ojos muy abiertos, luego se vuelve hacia mí y sonrío pétreamente.

– ¿De verdad?– le pregunto, intrigado por su extraña reacción.

– Sí– susurra apenas, sonrojándose aún más.

– ¿Qué tipo de demostración?– pregunto con curiosidad.

No creo que lo de Jason sea una actuación. Tiene que haber algo de verdad en ello. Algo que avergüence a Cassandra.

Se muerde el labio sin responder a mi pregunta y él lo hace por ella:

– Bondage.

Con la boca abierta, le miro primero a él y luego a ella. Imagino a Cassandra atada como un salami y colgada del techo de una habitación llena de juguetes sexys.

– ¿De verdad?– vuelvo a preguntar, incrédula.

– Exacto– exclama muy serio.

– Esta noche ella y yo participaremos en una demostración pero.

Hace una pausa y me mira con una luz traviesa en los ojos que no presagia nada bueno.

– Antes podrías conocer a ese amigo mío– dice mientras una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios.

– ¿Qué amigo?– pregunto, mordiendo su anzuelo como una ingenua.

– El que te conté la última vez– responde Jason, dejándome cada vez más perplejo.

– Sabes, cuando me confiaste que te gustaría experimentar una sesión de BDSM.

Con su sonrisa ahora irreprimible, miro a Cassandra, que tiene exactamente la misma cara de asombro que yo.

Seguro que se refiere a Dominic... probablemente quiera organizar la reunión en uno de esos lugares alternativos, para tener la oportunidad de recluirnos sin ser molestados, así que tendré que aceptar y esperar que la sesión que se supone que voy a vivir sea sólo una farsa.

– Por supuesto, no puedo esperar– digo sarcásticamente.

Capítulo 3

Paso el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde conversando en voz alta con Cassandra, mientras llenamos páginas y páginas de un bloc con otra conversación escrita sobre lo que me ha pasado este último mes.

Desde que entramos en su hermoso loft, Jason se ha retirado a su piso, probablemente para organizar mi reunión con Dominic.

Tiemblo de expectación y de miedo, poder volver a verle, volver a confiar en él, me excita pero también temo su reacción ante mi traición.

"¿Por qué el Mayor Ferri?"

Escribe Cassandra al final de sus interminables preguntas sobre el secuestro de mi madre y las demandas de los secuestradores contra mí.

"Porque era mi guardaespaldas".

Le contesto y le doy el bloque. Me mira interrogante.

"¿La que te enviaron cuando Paolo aún vivía?"

"Exactamente."

– ¿Qué te parece si hacemos pasta?– me pregunta en voz alta para llenar el silencio.

"¿Te dijo que nos conocimos?" Cassandra escribe.

– Sí, en efecto, empiezo a tener un poco de hambre– respondo mientras garabateo uno rápido:

"Sí."

– All'amatriciana, ¿vale?– propone Cass. mientras escribe:

"¿Qué te dijo?"

Hay un brillo inconfundible en sus ojos:

Aún alberga ira hacia Dominic...

– Perfecto. Hacía tiempo que no lo tenía –respondo mientras le quito el bloc de las manos y escribo:

"Que intentaste discutir con él".

"Yo". Garabato rápido.

Asiento con la cabeza sin poder contener una sonrisa.

Tenía muchas ganas de verlos.

Me mira mal y luego escribe con vehemencia:

"Es arrogante, sexista y prepotente".

"Estoy de acuerdo– escribo, ganándome una sonrisa comprensiva de mi amiga.

Nos levantamos y empezamos a trastear en la cocina para preparar la pasta.

"¿Cómo lo has soportado?". Escribe poco después.

Evidentemente, el tema aún la atormenta.

"Por Estocolmo".

"¿Has estado en Estocolmo?"

"No, me refería al síndrome de Estocolmo".

– ¿Cortas el tocino en dados?– me pregunta.

Le paso el bloc para que lea la respuesta, sabiendo ya que su reacción no será muy tranquila.

"¿Te enamoraste de él?" Escribe, mirándome incrédula.

– Por supuesto– respondo a ambas preguntas

"Me excita muchísimo". añadido para confirmar mi respuesta verbal.

"¿Y Alessandro?"

"Todo ha terminado con Ale."

"¿Desde cuándo?"

"Desde que volví a Munich, después de estar con él dos días".

"¿Así que la culpa es de Ferri?"

"No, él sólo fue la gota que colmó el vaso. Hacía tiempo que lo nuestro había terminado".

– La sartén está en ese armario– dice, señalando un armario un poco más allá.

"¿Estás segura?"

"Segurísima".

Alargo la mano para coger la olla, pero mi baja estatura me juega su habitual mala pasada.

No llego al armario.

– ¿Has perdido tus alas, 'Hada'?

La voz de Jason detrás de mí hace que se me suba el corazón a la garganta del susto. Me giro

y lo encuentro detrás de mí:

– Me has asustado– le acuso mientras me llevo una mano al corazón palpitante.

Sonríe y me quedo embelesada mirándole a la cara, si no fuera el novio de Cassandra ahora le diría algo travieso pero conozco a mi amiga y sus celos, así que me aparto y le doy acceso al armario.

– Por qué usar alas cuando puedo llamar a un caballero–sirviente tan encantador.

Me guiña un ojo mientras me da la sartén.

– A su servicio mi señora.

Sonrío, en realidad sonreímos, con él es realmente fácil bromear y hablar, es un hombre maravilloso en muchos sentidos. Me giro hacia Cassandra y su rostro sombrío me quita la sonrisa.

– Lo siento– le digo.

Tras unos instantes de silencio embarazoso:

– No. Lo siento... Sé que estabas bromeando. Pero...

– ¿Pero qué?– Jason la interrumpe.

Él se acerca lentamente a ella mientras ella retrocede, de repente el aire que los rodea parece liberar electricidad, chisporrotea en la piel y enciende cada terminación nerviosa con una carga erótica impresionante.

Me doy la vuelta para no ser inoportuna, pero por el rabillo del ojo veo cómo la aprisiona en el círculo de sus brazos y la aprieta contra los muebles de la cocina con las caderas.

Me doy la vuelta completamente para no mirarles siquiera con mi visión periférica.

Cojo las cebollas que Cassandra acaba de cortar y empiezo a untar la salsa.

– Puse el agua.

Me doy la vuelta y Cassandra, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados, coge una olla y la llena de agua.

Rápidamente, aprovechando la distracción de mi amigo, miro a Jason que la está devorando con los ojos.

Cómo me gustaría a mí también ser objeto de tal deseo por parte de un hombre.

– He concertado con el "Maestro D" una reunión de una hora para esta tarde– me informa Jason.

Me vuelvo hacia él con un gran interrogante en la cara, la misma mirada tiene también Cassandra.

– "El maestro D es el amigo del que te hablaba, también estará en el club esta noche– me informa.

– Mientras nos preparamos para la demostración, tendrá tiempo de experimentar un poco de sumisión con él.

– Maestro D' – Repito.

Sólo pronunciar su nombre hace que mis muslos se contraigan de excitación.

– Es el mejor. Estarás bien, él sabe que eres un principiante y va a ir fácil en usted.

Su sonrisa traviesa me hace temer que será exactamente lo contrario.

– ¿Le conozco?– pregunta Cass.

– Tal vez– respondió Jason con evasivas.

Cojo el bloc y escribo:

"D de Dominic" le doy la vuelta al bloque para que Cassandra pueda leer lo que he escrito.

Su mirada perpleja me insta a ser aún más precisa:

"Dominic Ferri."

Su bonita boquita dibuja una gran "O" sorprendida.

– ¿Y es un Dominante de verdad?– le pregunta a su hombre.

– Sin ninguna duda, dulzura. ¿por qué si no se la iba a mandar?

– Sí... Debería habérmelo imaginado yo sola– murmura para sí.

Un dominante... joder.

Un Dom de verdad, me deshará, seguro que me lo hará a pequeños mordiscos.

De hecho no: me devorará de un bocado.

Tiemblo ante la idea y casi quemo el tocino en la sartén por distracción.

Yo también debería haberme dado cuenta.

– ¿Y...?– pregunto cuando por fin nos sentamos a la mesa para disfrutar de una deliciosa ración de pasta all'Amatriciana.

– ¿Cómo se llevará a cabo la manifestación?

Cassandra se queda con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca mientras me mira asombrada y luego se sonroja avergonzada.

– La propia palabra lo dice: es una demostración de Shibari.

– Y tengo que subir al escenario contigo.

Los ojos de mi amiga se agrandan aún más cuando deja el tenedor en el plato sin haberse comido la masa enrollada entre las púas.

– No, sólo tienes que estar entre el público. ¿Verdad, dulzura?

Sonríe, con una sonrisa de hoyuelos malvados, sonríe a mi amiga y sus ojos brillan con picardía.

– Sí, claro mientras estés ahí... Gracias– dice casi ahogándose y mirando a Jason.

– No puedo esperar. Me alegro de serle útil– exclamo, consciente de que estoy retorciendo el cuchillo.

Cassandra hace una mímica de: "Perra" hacia mí y luego vuelve a comer su pasta, descargando su ira sobre esos pobres fideos inocentes.

Sonríó ante su momento de dificultad, consciente de que yo también tendré que soportarlo en manos de Dominic.

Después de comer mis dos invitados desaparecen en el piso de Jason y yo aprovecho para descansar, no he dormido esta noche y el sueño se me lleva en un momento.

– Tenemos que irnos pronto.

La dulce voz de Cassandra me arranca de los envolventes brazos de Morfeo. Abro los ojos y ambos están frente a mí.

– Vamos, "Hada" despliega sus alas y nos espera una noche ajetreada.

Los miro por un momento desconcertado, luego cuando todo vuelve a mí:

– ¿Qué hora es?

– A las cinco, en una hora tenemos que salir, el viaje a Tirrenia dura más de dos horas.

Me meto en la ducha y en menos de una hora estoy lista para salir. Elijo ponerme un vestido azul eléctrico, sencillo pero provocativo.

Por el camino me hablan del club al que vamos 'The 58th facet' o más bien el club privado propiedad de Jason y Steven.

– Cuando lleguemos te presentaré a una amiga mía, una Ama que coordina el club por mí.

– Responderá a todas tus dudas y te dirá todo lo que necesitas saber.

Mi estómago se aprieta en un vicio helado, mi corazón galopa enloquecido ante la idea de volver a verle, y verle en una circunstancia tan especial hace que mis tripas se retuerzan en un nudo apretado.

Aparte de la esclavitud.

Paramos en una estación de servicio para cenar, pero estoy demasiado inquieto y no tengo ganas de comer.

– Necesitas energía, Sara. Necesitas alimentarte', dice Jason.

Su frase me agita aún más.

– No, gracias. No tengo hambre.

– ¿Quieres que llame a tu amo para que te lo diga?

Lo dice sonriéndome, pero en sus ojos hay una luz terriblemente amenazadora.

– ¿Cómo?

Cuando coge el teléfono y empieza a pulsar teclas...

– No. OK yo como– me apresuro a decir.

Cuelga el teléfono y me mira serio mientras Cassandra me mira preocupada.

– ¿Segura que lo quieres? Me pregunta mi amigo.

– Sí, Cass. Estoy segura.

Hago un esfuerzo y me como una hamburguesa con patatas fritas bajo su mirada severa, acompañándola de una Coca-Cola con la esperanza de que me ayude a hacer la digestión.

– No tienes que avergonzarte conmigo, por lo que haces con tus hombres– le susurro a Cassandra en cuanto Jason se levanta para ir a pagar.

Me mira sin hablar, mientras sus mejillas se enrojecen.

– Lo único que me importa es que seas feliz, hagas lo que hagas– le digo.

– Feliz...– repite amargamente mi amigo, mirándome a los ojos.

– ¿Qué pasa, Cassandra?

Se transforma ante mis ojos y pasa de una mirada triste y desconsolada a otra alegre y ligera.

– Nada, estaba pensando en Steven. Le echo mucho de menos– dice.

La observo atentamente, buscando la mentira en sus ojos.

Estoy segura de que me oculta algo.

Abro la boca para investigar, pero Jason nos interrumpe:

– Vámonos o llegaremos tarde.

Un rato después llegamos y aparcamos delante de un enorme edificio.

Lo primero que me llama la atención es el cartel: "La faceta 58" escrito en amarillo neón junto a un gran diamante azul con una talla brillante igualmente brillante.

Cuando entramos, el local está aún medio vacío, son sólo las diez, seguramente la mayoría de los clientes llegarán después de las once.

Pasamos junto al mostrador del bar, que tiene una forma muy inusual.

- Pero dime, ¿todas estas referencias a la forma de los diamantes vinieron de tu compañero?
- Sin duda- susurra, como si no quisiera que le oyera Cassandra, que se ha quedado para dejar nuestros abrigos en el guardarropa.
- Precioso- le digo cuando se acerca, señalando la gran lámpara de araña que gotea sobre la barra.
- Verás el de la zona Disco, es aún más grande y hay espectaculares efectos de luz que se reflejan por toda la sala- exclama entusiasmado mi amiga.
- Venga chicas, vamos.

Jason abre paso a través de una puerta magistralmente oculta tras un espejo.

El acceso se gestiona mediante un lector óptico en el que coloca una tarjeta magnética completamente negra con un diminuto rombo azul en el centro.

Pasamos un pequeño vestíbulo y bajamos por una escalera completamente negra: las paredes, el techo y los peldaños son del mismo color.

Parece simbolizar la transición de la vida despreocupada, alegre y llena de luz del piso superior a la vida más discreta pero también oscura y peligrosa del sótano.

Cuando damos el último paso, miro a los ojos de mi amiga y reconozco mi propia emoción burbujeando en su mirada.

Trepidación y emoción.

Ambos nos sobresaltamos cuando una mujer hace su entrada: esbelta y alta, el vestido que lleva la envuelve maravillosamente sin dejar nada a la imaginación pero consiguiendo al mismo tiempo darle un aura muy estricta. Lleva el pelo oscuro recogido en un moño apretado, pero algunos rizos parecen escapar a su control y enmarcan su rostro, dando a su peinado un aire menos severo y muy seductor.

Tras intercambiar unas palabras con Jason, la mujer se vuelve hacia mí.

- Sara, esta es Mistress Gloria- exclama Jason

La mujer se acerca y me ofrece la mano, yo le devuelvo el apretón con calidez y energía.

- Para ti sólo Gloria- dice, y luego añade:

- ¿Podemos tutearnos?

- Por supuesto- respondo con firmeza.

Tengo que levantar la barbilla para mirarle a la cara, es mucho más alta que yo y lleva unos tacones mucho más altos que los míos.

- Vámonos. Tenemos mucho de qué hablar... e imagino que tienes bastantes preguntas para mí.

Gloria con una sonrisa expansiva y encantadora me arrastra lejos de mis amigos que me saludan: uno con una gran sonrisa en los labios y el otro con un gran signo de interrogación

dibujado en la cara.

Caminamos por un largo pasillo y las pocas personas con las que nos cruzamos se estremecen ligeramente para dejarnos pasar. Su actitud respetuosa me fascina, su porte regio y autoritario no deja lugar a dudas sobre quiénes son y qué hacen aquí:

Una amante.

A su lado me siento realmente inadecuada, pero al final no estoy aquí para eso, estoy aquí para poder hablar con Dominic sin oídos indiscretos que escuchen.

Entramos en un pequeño salón y me sienta en un pequeño sillón, invitándome con un elegante gesto de la mano.

– ¿Quieres tomar algo?

– No, gracias– me niego.

No pude tragar nada. Estoy demasiado agitada.

El ambiente es acogedor y sofisticado, todo en tonos arena y amaranto. Me sorprende porque no corresponde a mi idea de los clubes de este tipo. Esperaba un uso inmoderado del rojo oscuro y el negro.

Gloria se sienta en un sillón frente a mí y cruza sus largas piernas.

– Jason me mencionó la excepcionalidad de tu petición– comienza con voz tranquila pero en su tono también detecto un atisbo de contrariedad.

– Normalmente no aceptamos a gente que busca una aventura– levanta una mano para interrumpir mi protesta.

– O, si lo prefiere, puedo llamarlo "experimento".

Inclino la cabeza y me miro las manos, que mantengo entrelazadas en el regazo.

– Me sorprende que el 'Maestro D' haya accedido, pero supongo que estar apadrinado por el dueño del club tiene su peso.

Su voz llena de desdén me hace querer decirle toda la verdad.

Pero no puedo.

Miro el colgante que llevo en el brazo e inspiro una gran bocanada de aire: levanto la cabeza y la miro directamente a los ojos.

– Siento no contar con tu aprobación– digo titubeante.

– No tengo intención de causarle ninguna molestia – continúo.

– Así que si quieres puedes llevarme directamente con él, no hace falta que pases por todo esto –termino con más seguridad.

No tiene derecho a juzgarme, no me conoce y no sabe por qué estoy aquí.

Gloria me escruta con su mirada penetrante y yo me siento avergonzada y en falta.

– No deberías preocuparte por mi incomodidad o mi aprobación– susurra inclinándose hacia mí.

– Pero de la suya – afirma volviendo a la posición compuesta y orgullosa de justo antes.

– ¿Qué quieres decir? pregunto temerosa.

– Digamos que podría no estar muy contento con la imposición de Jason y entonces podría ponerse bastante duro contigo.

La miro con la boca abierta.

– ¿De verdad?

La sonrisa traviesa que me dedica me acelera el corazón.

La idea de que Dominic se enfade no sólo por mi comportamiento del último mes, sino también por mi imposición de esta noche me asusta.

Gloria hace un gesto con la mano como para barrer la charla que acaba de tener y luego, alisando un pliegue imaginario de su falda, aborda un nuevo tema:

– Normalmente, Sub. y Dom. firman un contrato antes de que empiece la sesión –dice, mirándome directamente a los ojos.

– Pero ya que tenemos que hacer una excepción contigo, voy a enumerar brevemente los puntos más destacados– prosigue con voz severa.

Me doy cuenta de que la estoy mirando con los ojos muy abiertos e intento adoptar una expresión algo menos sorprendida.

¿Un contrato?

No creía que existieran realmente, pensaba que eran producto de la imaginación de los escritores de libros eróticos.

Comenzó a inundarme con información sobre palabras y reglas seguras, tales como: obediencia absoluta al Dominante sin reservas y con solicitud. Aceptación de cualquier actividad sexual deseada por el Dom incluso con el uso de juguetes sexys o equipo sadomasoquista y mucho más.

Básicamente, puede hacer conmigo lo que quiera, con excepción de los límites generales impuestos por el club, a saber:

Juega con fuego.

Uso de agujas o cuchillos.

La implicación de niños o animales.

Actos que pueden dejar marcas permanentes en la piel.

El uso de electricidad o fuego.

O los límites impuestos por él o por mí, que tendremos que decidir antes del inicio de la

sesión de esta noche.

Intento parecer interesada y la interrumpo de vez en cuando para pedirle detalles más concretos, pero cuanto más se explaya en sus explicaciones, más poco preparada me siento y más noto que me arden las mejillas.

Soy un verdadero ignorante.

Una chica cien por cien vainilla.

También me dice que en breve me llevará a una habitación donde debo desnudarme y luego me explica cómo debo esperar su llegada y que es en una posición de evidente sumisión: arrodillada y con la cabeza inclinada.

Oh. Seguro que le gustaría.

Cuando termina, mi mente está tan repleta de información que me siento como un sándwich relleno.

Gloria sonríe provocativamente.

– ¿Estás listo para conocer al Maestro D?

– Sí –me humedezco los labios repentinamente secos y el gesto no se le escapa a la mujer que tengo delante.

– ¿Estás nervioso?

– Un poco... No conozco este mundo, así que supongo que un poco de aprensión es normal.

Gloria emite un gruñido afirmativo y se levanta.

– No tienes que preocuparte, tu maestro es uno de los mejores.

– ¿Maestro?– pregunto, preocupada.

– Ese es el significado de la palabra "Maestro".

La miro asombrada mientras me hace señas para que la siga.

Gloria abre la puerta sonriendo, pero se detiene en el umbral.

– Cuando te lleve a la sala común, es más que probable que presencias las actuaciones de otras parejas –dice, volviéndose hacia mí.

– Intenta no mostrar tu asombra.

Pero para los que me llevaron, no soy tan ingenua.

– Guárdese sus opiniones, no juzgue y no haga comentarios. Todo lo que verá es consensuado y responde a las necesidades de nuestros clientes, no lo olvide.

Me temo que no he hecho ningún amigo, creo que me desprecia con toda su alma.

– ¿Está claro?

– Sí, señora– contesto enfáticamente.

Capítulo 4

Gloria me deja en una habitación bastante pequeña y desnuda: una pared está completamente vacía aparte de un pequeño armario metálico de una sola puerta con cerradura, donde me dijo que guardara toda mi ropa, en la pared opuesta hay un banco tapizado y en la tercera pared, como la que tengo detrás, sólo hay una puerta que oculta un pequeño cuarto de baño.

Inmediatamente aprovecho para refrescarme e intento calmarme echándome un poco de agua en la cara, cuando salgo un ruido repentino me sobresalta.

Me giro al oír abrirse la puerta. Por un momento me quedo atónita, aprisionada por su intensa mirada, su poderoso físico resaltado por su vestimenta totalmente negra: pantalón de cuero negro, camiseta ajustada de manga corta y pies descalzos.

Oh, Dios. No pensé que los pies descalzos pudieran ser tan eróticos.

Se acerca lentamente mientras sigo admirándole, veo que empieza a sonreír con picardía y una luz burlona se enciende en sus ojos.

Verme encantada, enredada en su hechizo, hechizada por su atractivo sexual, le llena de orgullo.

Debería detenerme, apartar los ojos de tanta perfección, pero deseaba tanto poder volver a mirarla que no puedo detenerme.

– ¿Es así como te dijeron que te presentarás?

Su voz impregnada de autoridad me hace estremecer, el poder erótico que ejerce sobre mí es siempre muy poderoso.

– No –susurro, tratando de apartar los ojos de su cuerpo y posarlos en su rostro, fundiéndome en su mirada severa.

– Gloria me recomendó que me quitara toda la ropa y te esperara de rodillas– informo, mirándole directamente a la cara.

– ¿Y?– pregunta fríamente.

Su voz, su mirada, son como una ducha fría, que me despiertan del sueño y del deseo, para estrellarme contra el muro de su frialdad.

Creo que Gloria tiene razón: quizá esté realmente enfadado.

Si cabe, su mirada se vuelve aún más severa mientras empieza a rodearme.

Sí, parece realmente furioso.

- Lo siento, es mi primera vez y... -empiezo a dudar, pero él me interrumpe bruscamente:
- ¿Nunca has tenido experiencia con un Dom?
- No.

Por supuesto que no. Y él lo sabe muy bien. No entiendo por qué se comporta así. ¿Por qué intenta meterme en problemas?

- Yo no entreno sumisos- exclama con voz desdeñosa.

¿Qué quiere decir?

- No quiero que me entrenes, sólo quiero pasar un rato contigo- digo asustada.

¿No estarás pensando en irte?

- Entonces pídemelo por favor y tal vez te lo conceda.

Qué cabrón.

- Por favor- susurro entre dientes apretados.

- No es suficiente Sara, tienes que ser un poco más convincente.

No entiendo por qué se resiste tanto.

- Por favor, ¿puedo pasar un rato contigo?

Me mira un momento y luego dicta sentencia:

- Aún no estás preparado. Vuelve la semana que viene- dice y se da la vuelta, marchando hacia la puerta.

¿Pero cómo?

- No, por favor. No puedo volver la semana que viene.

La única razón de su extraño comportamiento es que cree que nos escuchan e incluso nos vigilan.

Así que le sigo el juego y le pregunto sumisamente:

- ¿Qué quieres que te diga?

Se gira con la mano en la empuñadura.

- Debes mostrar respeto, Sara. Quiero ver tu sumisión.

Le miro en busca de complicidad, pero sus ojos son inquebrantables y su postura no deja lugar a dudas: debo seguir su plan.

- Por favor, haré todo lo que quieras, obedeceré todas tus órdenes.

Se vuelve hacia mí lentamente, su mirada es tan intensa que me cuesta sostenerla.

- Demuéstramelo. Despojarte de todo. Todo, Sara. Incluso las joyas, debes estar

completamente desnuda y expuesta para mí.

– Sí, Señor.

Me desnudo bajo su mirada severa, incapaz de mirarle a los ojos.

– Recoge tu ropa, dóblala ordenadamente, mételo todo en esa taquilla y ciérrala con llave.

Hago lo que me ordenan, cierro la puerta, giro la llave en la cerradura y la saco.

Cuando me doy la vuelta me hace señas para que me acerque, camino lentamente los pocos metros que nos separan y Dominic extiende una mano hacia mí con la palma hacia arriba.

Quiere la llave. ¿Por qué?

Obedezco sin formular mi pregunta y él la hace desaparecer en el bolsillo trasero de su pantalón.

Sus ojos se mueven hacia abajo y, aunque el instinto me impulsa a cubrirme, me resisto y dejo que me mire.

– Abre las piernas.

Muevo los pies unos centímetros.

– Más.

Había olvidado lo bueno que es intimidando.

Abro la boca para protestar.

– No hables, Sara. Si no te preguntan, debes callar.

Me rodea mientras me muerdo el labio para bloquear las palabras despectivas que quiero lanzarle a la cara, y tiemblo de rabia.

Cuando vuelva a estar frente a mí:

– Esos tienen que desaparecer – dice señalando mi pubis.

Sacudo la cabeza, atónita, pero él me ignora y continúa:

– En el cuarto de baño encontrarás todo lo que necesitas –y señala la puerta de mi izquierda.

– Tienes dos minutos, si no respetas el tiempo te castigaré.

Incrédula, me quedo un par de segundos mirándole, pero cuando levanta una ceja interrogadoramente, me apresuro a entrar en el cuarto de baño, busco la maldita cuchilla y me afeito rápidamente.

Qué imbécil.

Cuando vuelva a crecer me pellizcará como loco.

Salgo y lo encuentro en medio de la habitación con las piernas abiertas y sujetando una tira de cuero doblada.

Un cinturón o algo similar.

– Justo a tiempo. Ahora ven aquí– ordena señalando el suelo frente a él.

Me acerco, incapaz de apartar la vista de lo que sostiene en la mano.

Parecen tan amenazadores, tan hostiles.

Me detengo a poco más de un metro de él, con el corazón galopando a toda velocidad.

– De rodillas.

Le miro mal, muy mal, pero obedezco.

Me pongo en la posición que tantas veces he leído en las novelas: sentada sobre los talones, con las rodillas separadas, los hombros rectos, la mirada baja y las muñecas cruzadas a la espalda.

– Pon las manos sobre las piernas con las palmas hacia arriba y separa más las rodillas– ordena en tono gélido.

Mientras ejecuto, me rodea. Su andar es lento pero amenazador. Permanezco inmóvil cuando se detiene detrás de mí. Me agarroto imperceptiblemente cuando siento que se inclina. Me roza la nuca con las tiras de cuero que sujeta. Me he recogido el pelo en una coleta alta, así que siento su tacto directamente sobre mi piel y escalofríos recorren mi columna vertebral y se aventuran en mi sexo totalmente expuesto.

– ¿Quién te enseñó la postura correcta?– me pregunta, deslizándose el cuero por el hombro.

– De los libros– tartamudeo, estremeciéndome.

– ¿Qué más has aprendido?– me susurra al oído, sin dejar de acariciarme la espalda.

– Que necesito un salvoconducto– respondo con voz apenas audible.

Jadeo sorprendida cuando me rodea el cuello con una correa de cuero. Comprueba que no esté ni demasiado apretada ni demasiado floja, pasando un dedo entre mi piel y la del objeto que me rodea la garganta, y luego la cierra.

Me puso un collar.

Levanto una mano y rozo el contorno; cuando llego al broche, se me hiela la sangre en las venas. Me giro hacia él para poder mirarle.

– ¿Lo has cerrado?

– Sí – confirma.

– Vuelve a tu posición Sara– añade con severidad.

Me doy la vuelta y retrocedo con las manos en las piernas, con el corazón palpitando de excitación, nunca lo admitiría pero esto me pone como loca, aunque debería molestarme, de hecho, lo encuentro muy erótico.

– Este es el símbolo de que eres mía y mientras lo lleves nadie se atreverá a tocarte.

Su voz tan llena de arrogancia me enfurece y toda la excitación erótica que corría por mis venas se convierte de repente en furia.

Dominic se levanta y se pone delante de mí.

– Mírame.

Levanto los ojos del suelo y los clavo en los suyos, sé que verá toda la rabia que se agita en mi sangre, sé que leerá todas las ganas que tengo de mandarle a la mierda. Intento disimularlo pero no puedo y veo que en su mirada se enciende una luz peligrosa.

– Ten cuidado Sara, no estás en posición de desafiarme.

Luego me enseña la pequeña llave del candado, saca algo del bolsillo de su pantalón y, con un par de movimientos decisivos, añade esa pequeña llave a la de mi taquilla.

– Te soltaré al final de la noche– dice, guardándose el llavero en el bolsillo.

– Desde luego, no pretendo lucirlo por ahí como un collar– murmuro para mis adentros.

Sus ojos brillan entre divertidos e indignados. Se agacha frente a mí y me levanta la barbilla, utilizando las otras tiras de cuero que aún sujeta en la mano, para obligarme a mirarle directamente a los ojos.

– ¿Comprende su significado?

– Sí, me lo acabas de decir –respondo molesto.

Dominic me mira y espera.

– Quiere decir que te pertenezco –informo en tono venenoso.

– ¿Y qué más?

Miro en esos dos pozos oscuros.

¿De verdad quieres que lo diga?

Claro que quiere que lo diga, cómo podría ser de otra manera.

– Que debo obedecerte.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, luego su otra mano me acaricia lentamente el vientre y sube hasta ahuecar mi pecho en su palma.

Inhalo profundamente y el movimiento me hace inclinar el torso hacia sus dedos. Lucho por quedarme quieta, ansiando sentir sus manos por todas partes.

– ¿Qué palabra has elegido?– me pregunta mientras me acaricia el pezón con el pulgar.

Me cuesta entender el significado de lo que dice, los escalofríos que consigue desatar en mi cuerpo hacen que mis neuronas entren en barrena.

– Tu palabra de seguridad, Sara– comentó sonriendo.

– Estocolmo.

Me mira mientras su sonrisa se hace más profunda.

– Es Estocolmo– exclama, levantándose y apartándose del placer de sus caricias.

– ¿Sabes para qué es esto?– me pregunta mirándome.

– Interrumpir cualquier acción en caso de que me sienta incómodo.

– Pues sí. Porque aquí y en la sala común hay micrófonos y cámaras. Los guardias de seguridad pueden intervenir cuando se dan cuenta de que la persona súcubo está siendo obligada a hacer algo en contra de su voluntad o está en grave peligro, pero en mi calabozo, donde te llevo ahora, no hay ninguno. Así que debes tenerlo siempre presente y si no me doy cuenta de tu malestar, debes utilizarlo sin miedo.

Me paso la punta de la lengua por los labios repentinamente secos.

– Sí, Señor.

– Sígueme– me dice, tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme.

Mientras cumplo su enésima orden, suelta lo que aún tiene en la mano, sujetando sólo un extremo entre los dedos.

Estoy estupefacto. ¿Realmente quiere usar esa cosa?

La decepción aumenta cuando Dominic lo engancha al collar. Mi corazón aumenta los latidos y una sensación de asfixia me oprime los pulmones cuando me atrae ligeramente hacia él.

– Espero que estés bromeando.

Un tirón más fuerte me deja claro que no está bromeando en absoluto. Vacilo porque me niego a moverme.

– Sara.

Su gruñido amenazador no me asusta.

No pretendo pasear con correa como si fuera su perro faldero.

La levanta, obligándome a levantar la cara hacia la suya, da un paso más y nuestros cuerpos se rozan, su inconfundible aroma me embriaga.

– Harás exactamente lo que yo te diga– dice acercando su cara a la mía.

Sus ojos son tan tórridos y severos que me pierdo en ellos, siento cómo mi cuerpo reacciona al suyo, se derrite ante su calidez y su dominio.

– ¿Para qué sirve una correa?– pregunto con voz débil y quebrada.

– Para mantenerte a salvo.

– ¿O para humillarme?– pregunto al borde de un ataque de nervios.

– ¿Humillarte?

– Sí, apuesto a que te regodeas con la idea de arrastrarme así.

Basta que levante una ceja para que me dé cuenta de que ha ido demasiado lejos.

– Sigue así y no tardarás en estar en mi regazo – amenaza, rozándome el trasero.

¿Realmente me está amenazando con azotarme?

Su mano recorre mi columna vertebral. Intento ignorar tanto el estremecimiento de deseo que sus palabras han desatado en mi vientre como el ardiente rastro de escalofríos que la caricia ha dejado en mi piel.

– Sí, amo– exclamo con sarcasmo.

La sonrisa que consigo arrancarle está tan impregnada de turbias promesas que tiemblo por el temor de que algunas quiera mantenerlas.

Caminamos por un pasillo hasta llegar a una puerta de la que se oye música.

Entramos en la sala común, que a primera vista parece una simple discoteca, música rítmica retumbando en el pecho, gente agolpada en la pista de baile y otros apoyados en la barra del bar esperando las bebidas.

La única diversidad reside en el hecho de que muchos están desnudos, otros parcialmente vestidos y algunos de rodillas o arrastrados por una correa.

Seguimos en el umbral y siento que todos sus ojos están puestos en nosotros, me siento el centro de atención. Acorta el cordón que nos ata enrollándolo alrededor de su puño y siento que me arde la cara por la humillación de que me lleven desnuda y atada entre esta gente.

Tengo calor y la respiración agitada. Entra en el vestíbulo. Me quedo paralizada.

No puedo hacerlo.

Dominic, al notar mi resistencia, se da la vuelta:

– Respira– me ordena, volviendo sobre sus pasos y desfilando entre la multitud y yo.

Su voz firme y firme, su mano rozando mi mejilla, me tranquilizan.

Inhalo profundamente y busco en sus ojos la fuerza para afrontar esta prueba.

– Deja de preocuparte– dice, bajando a la altura de mis ojos.

– Créeme, nadie te señalará –continúa con su tono firme y autoritario, mientras su mano se desliza por mi nuca y luego la aprieta ligeramente.

No puedo rendirme ahora. No puedo rendirme. Tengo que lograrlo.

Su palma en mi cuello me ayuda a encontrar el valor para enfrentarme a esa multitud. El punto de contacto se convierte en mi centro de atención y en ese momento me doy cuenta de que la única manera de afrontar esto es cederle la responsabilidad a él. Me relajo.

– Bien– murmura, estudiando a fondo mis ojos y mi postura.

Se da la vuelta y me arrastra hacia la música ensordecedora, pero nada me conmueve, nada me asusta, porque ahora ya no es mi problema.

Cruzamos la sala y nos dirigimos al lado opuesto. Cuando un hombre se acerca y empieza a hablar con Dominic, él envuelve su correa aún más fuerte alrededor de su puño y tira de mí hacia él hasta que nuestros brazos están en contacto, transmitiéndome su calidez y calma. No presto atención a lo que se dicen entre ellos, sino que miro a las demás parejas que me rodean.

Hombres arrodillados a los pies de sus Dominatrix, mujeres arrastradas por la correa caminando a cuatro patas...

Justo antes de salir, el hombre que interrumpió nuestra huida al lugar donde por fin puedo hablar libremente dice:

– ¿Es tu nuevo cachorro?

– Sí– responde Dominic concisamente.

El hombre me mira de pies a cabeza con sus ojos porcinos, y siento que me voy acostumbrando a sus pensamientos lascivos.

– Enhorabuena– exclama.

Y luego se va.

– ¿Va todo bien?– me pregunta Dominic, inclinándose hacia mí.

– No creía que fuera una mascota– digo irritada.

Su sonrisa se asoma, pero al mismo tiempo tira con fuerza de la correa.

– ¿Quieres ser castigada?

¿Cómo?

Me quedo mirándole un momento con la boca abierta.

– No– digo negando con la cabeza.

– Entonces, cállate– ordena con voz peligrosa.

En sus ojos aún veo la sonrisa que ha desaparecido de sus labios y por eso no puedo resistirme:

– Guau, guau – le provoqué.

Varias personas se vuelven para mirarnos, mientras Dominic ríe abiertamente, pero cuando sus ojos vuelven a los míos leo mi final en él.

– Tú lo pediste, Sara.

Con un gesto repentino me levanta sin esfuerzo y en un momento estoy sobre su hombro, luego cruza la habitación a paso decidido.

Le golpeo la espalda con los puños.

– Bájame– digo indignada, contoneándome.

Una fuerte palmada en el trasero me convence de que detenga todo movimiento, mi nalga

golpeada arde, pero mi amor propio arde mucho más por el trato que me está dando.

Entonces mi mundo se viene abajo y da un vuelco, me encuentro tumbada en su regazo con la espalda al aire.

– Has olvidado tu lugar, Sara– me dice con firmeza.

– Pero... –empiezo, intentando escapar de su firme agarre.

– Si te rebelas conseguirás mucho más –me paralizó y dejó caer la cabeza hacia delante, aferrándose a su pierna.

– Lo siento.

– Demasiado tarde.

Siento la palma de su mano acariciando la nalga que acabo de tocar y entonces, al dejar de sentir el calor de su mano, me pongo rígida.

Una bofetada me golpea donde antes me acariciaban sus dedos. Siento primero el ruido y luego el ardor, contengo la respiración para no gemir, entonces Dominic me pasa la mano por la columna vertebral, un escalofrío serpentea por mis músculos, extinguiéndose entre mis piernas donde, a pesar mío, me contraigo, tensando los músculos de mi sexo.

Dos azotes más, uno en cada nalga, me arrancan un gemido. Me retuerzo, pero no por el dolor.

– Por favor...

El calor generado por el brusco contacto se transforma en excitación, el cosquilleo se convierte en una sacudida dirigida a mi clítoris. Siento que mis pliegues se humedecen y la contracción de mi vientre me arranca un gemido.

– ¿Por qué me suplicas?

Masajea mi carne ardiente con movimientos circulares y la sensación en mi vientre se intensifica. Gimo.

¿Por qué me gusta tanto?

– Te he hecho una pregunta, Sara.

Vuelve a azotarme y hace una pausa. Estoy a un paso del orgasmo, mi corazón late furiosamente, mis pechos apretados contra sus muslos me producen escalofríos en el vientre y mi clítoris sobreexcitado está a punto de ponerme en órbita.

– Estoy a punto de llegar.

Me levanta por la cintura y me sienta a horcajadas sobre su regazo. Abierta y expuesta a sus ojos voraces.

– No puedes, no sin mi permiso.

Su mirada severa es suficiente para alejar el orgasmo que palpita en mi interior.

– Espera un momento.

Sus manos suben por mis muslos, donde permanecían después de haberme acomodado sobre él. Suben despacio, una se mueve detrás de mí sobre mi trasero dolorido, mientras los dedos de la otra rozan ligeramente todo mi sexo.

Gimo y me arqueo bajo esa caricia.

– No te muevas.

Gimo e intento quedarme quieta mientras él me rodea el clítoris con las yemas de los dedos. Sollozo mientras el orgasmo se acerca impetuosamente.

Me muerdo el labio para no gritar mientras me lo rasco ligeramente con una uña.

– Por favor.

Necesito disfrutar, no puedo contenerme.

– No.

Le odio.

Acaricia la entrada de mi vagina y luego hunde en ella la primera falange de su dedo corazón. Sus ojos son un pozo inagotable y me pierdo en su intensa mirada.

Me aprieta la nalga con fuerza, haciéndome estremecer.

El dolor y el placer se mezclan y me acercan peligrosamente al punto de no retorno. Me pongo rígida para repelerlo.

– Por favor.

La satisfacción que leo en su mirada me enfurece, pero no puedo ni quiero dejar que se detenga, así que cierro los ojos y muero atormentada por todas las sensaciones que puede encender en mi interior.

– Esto es un castigo, Sara.

Se levanta apretándome contra él, me froto contra su cuerpo macizo y me estremezco en una nueva oleada que lucho por contener.

– Mírame.

Abro los ojos y levanto la cabeza para mirarle, siento su erección apretada contra mi vientre. Tiemblo ante la lujuria que leo en su mirada.

– No creo que estés preparada para todo esto– dice y luego añade:

– Otra vez.

Esa palabra flota en el aire, burlona. Me distrae del impulso de frotarme contra él. Intento respirar con normalidad. Estoy demasiado excitada para poder responder de la misma manera.

Con tres pasos Dominic alcanza la pared detrás de mí y me presiona contra la pared, bloqueándome con su pelvis.

Murmura con la boca a pocos centímetros de la mía.

– Debes mostrar más respeto y obedecer sin quejarte ni exigir lo que no puedes tener.

– OK– susurro débilmente.

Nuestros labios están tan cerca. Una tentación irresistible.

– No, Sara. Eso no es lo que quiero oírte decir– responde ella.

Le miro a los ojos. Sé lo que quiere oír, pero no quiero, no ahora que sigo sufriendo por el orgasmo negado.

– ¿Y qué debo decirle?– pregunto picada.

Sus párpados se cierran en una amenazadora rendija.

– No querrás tirar más de la cuerda– sisea.

Se inclina y me recorre el cuello con los labios. Temblores de placer me sacuden el vientre. Inclino la cabeza hacia atrás para darle más acceso. Sus manos en mis pechos me provocan placer, sus pulgares en mis pezones me ponen frenética.

– Tienes una última oportunidad– dice, con su boca en mi garganta, mientras muerde y chupa mi piel sensible.

Un fuerte estremecimiento me hace apretar los muslos.

– Obedeceré sus órdenes... Maestro.

Capítulo 5

Cuando entramos en su mazmorra, casi me decepciona: la habitación es muy normal, aparte de la presencia de un gran íc de madera tapizado y un extraño banco que ocupa la pared opuesta, todo lo demás es extraño, nada diferente.

Las paredes están pintadas de blanco, el suelo es de madera y la cama kingsize con grandes columnas en los cuatro lados llena toda la pared izquierda. La pared derecha está ocupada por un gran armario lleno de cajones y estantes cerrados por puertas de madera oscura.

Al menos en las paredes o el techo esperaba que hubiera ganchos y cadenas colgando, pero en lugar de eso no hay nada terrorífico ni escénico. Solo la iluminación, muy suave y cálida, da a la habitación un aire íntimo, de alcoba, y la diferencia un poco de un dormitorio normal.

– ¿Qué esperabas?

Oigo su voz detrás de mí, me quedé inmóvil en el umbral después de que abriera la puerta y le cedí el paso.

– Tal vez una caverna oscura, llena de cadenas y ganchos colgando por todas partes, estantes llenos de látigos y todo tipo de equipos de tortura– respondo con picardía.

– ¿Decepcionada?– pregunta mientras cierra la puerta.

– No, más bien aliviada– digo al entrar en la habitación.

– No te engañes, hay todo lo que necesitas. Sólo que está magistralmente escondido– me susurra al oído.

Me rodea con sus brazos por detrás y me aprieta una mano en el vientre, haciendo que me aferre a su pecho, mientras con la otra me desengancha la correa del collar y la coloca en una cómoda cerca de la puerta.

– Ve a la cruz– ordena perentoriamente.

– ¿Cómo dice?

– No puedes salir de esta habitación sin algunas marcas en tu cuerpo.

– Pero...

– Sin peros. Ve a la cruz –me ordena, interrumpiéndome.

– ¿Puedo al menos ponerme algo?

– No.

Le miro a los ojos y observo toda su postura: los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas separadas.

No tiene intención de ceder.

Pero tampoco pienso ceder, y la rabia empieza a darme ganas de abofetearle hasta borrarle esa expresión arrogante de la cara.

– ¿Lo haces para humillarme un poco más?– pregunto molesta.

– No, lo hago para protegerte.

– ¿Y de qué se supone que me protegen las marcas en mi cuerpo?

– Este es un ambiente pequeño y exclusivo y si salieras de aquí exactamente como entraste.

Sus argumentos son plausibles, aunque sospecho que lo hace más por sí mismo que por mí. Sin embargo, como me pongo en sus manos, tengo que confiar en su experiencia.

– Bien... pero no más dolor– exclamo, señalándole el pecho con el dedo índice.

Sus ojos se llenan de picardía mientras una peligrosa sonrisa se dibuja en sus hermosos labios, pero no responde.

Le doy la espalda y marchó hacia la cruz ensangrentada.

La toco... Parece que soy capaz de sentir toda la pasión y el dolor que ha presenciado.

– Da la vuelta.

Su voz perentoria me sobresalta y me aparta de la contemplación de esa herramienta tan fascinante como terrible, un poco como él y sus maneras prepotentes.

– ¿Pero es tan difícil para ti pedirlo amablemente, en lugar de estar siempre escupiendo órdenes?

– Cuidado Sara, recuerda dónde estás –amenazó, mientras se acercaba con paso indolente.

– Pero estoy aquí para pedirte ayuda no para hacerte...– sin encontrar la palabra adecuada con un amplio gesto señalo todo lo que me rodea.

Me agarra la muñeca interceptando mi movimiento y la fija a uno de los brazos de la herramienta que tengo detrás.

– Play, el término que buscas es play –me informa, mirándome brevemente a los ojos, mientras se ocupa de apretar una constricción adicional alrededor de mi codo.

Le he ofendido.

Tiene los ojos llenos de ira y la mandíbula contraída. Levanto el otro brazo antes de que me lo pida y no digo nada más mientras me lo ata con fuerza a la cruz.

– Abre las piernas.

Obedezco y cuando se agacha frente a mí para fijar mis piernas a los otros dos brazos:

– Lo siento, no pretendía faltarte al respeto a ti ni a tu estilo de vida... como ya sabes, no reacciono bien al dolor.

– No pareció importarte, ¿verdad?

Se levanta y me mira directamente a los ojos.

– No, sí... no lo sé.

– Pareces confusa, ¿qué te parece participar en un experimento?– me pregunta con una pequeña sonrisa en los labios que no resulta nada reconfortante.

– ¿Qué experimento?– pregunto asustada.

Atada a una herramienta, donde la gente ha sido torturada sin piedad durante siglos, a merced de un hombre al que acabo de ofender, encerrada en una habitación hecha para que desahogue todos mis deseos perversos.

Realmente no tengo ganas de experimentar.

– ¿Qué te parece si ponemos a prueba tu umbral del dolor?– pregunta, mientras su pequeña sonrisa se transforma en una mueca de satisfacción.

Lo suyo no es una pregunta, ya lo ha decidido.

– No –respondo innecesariamente con voz chillona.

Intento liberarme de las limitaciones.

Dominic me agarra ambas muñecas y las sujeta a la cruz, como para evitar que me haga demasiado daño.

Se acerca peligrosamente a mi cuerpo, siento su calor calentar mi piel, siento su aroma llenar mi pecho, de hecho inhalo profundamente para llenar cada alvéolo de mis pulmones.

La emoción vuelve a primar sobre todas las emociones que hasta ahora llenaban mi mente: miedo, humillación y abatimiento.

– ¿No podemos llegar al punto en el que te diga por qué estoy aquí? le pregunto, mientras me pasa las manos por los brazos y luego por los costados.

– No –dice, mientras me levanta la barbilla con una mano y acerca nuestras bocas, haciendo que se rocen, mientras sigue hablando:

– No podemos, tenemos que esperar.

Entrecierro los labios para preguntarle a qué debemos esperar, pero él se apodera de mi boca y me besa.

Sí, oh sí. Por fin puedo saborearlo de nuevo.

El beso empieza lento y ligero, pero cuando su otra mano me agarra uno de los pechos y luego aprieta el pezón con fuerza entre sus dedos, se vuelve posesivo y carnal. Gimo.

Gimo en su boca y él se acerca más a mí, besándome con todo su cuerpo y siento su erección

presionando contra mi vientre.

Me frota un muslo entre las piernas abiertas y empieza a estimularme el clítoris.

Me retuerce el pezón con más rudeza entre sus dedos e interrumpe el beso, para bajar y chupar entre sus labios esa pequeña porción de mí de la que acaba de abusar.

En un instante, el dolor se transforma en placer, un placer intenso que recorre todo mi cuerpo como una descarga eléctrica, una sacudida que me hace arquearme contra él, una oleada de lujuria que me arranca el aire de los pulmones.

– ¿Molestia o placer, Sara?– me pregunta después de que sus labios hayan abandonado mis pechos, aún temblorosos por su trato.

Cómo puedo mentir.

– Un placer– afirmo.

Se da la vuelta y se desplaza a mi derecha, abre un armario y cuando vuelve está agarrando una fusta en las manos.

Le miro consternada.

– ¿Qué quieres hacer con esa cosa?

Pero la verdad es que verle empuñando esa herramienta en su mano me excita, sin darme cuenta aprieto mis paredes vaginales y contengo un sollozo, me muerdo los labios para no gemir y dar satisfacción al hombre que tengo delante pero Dominic lo sabe, ya conoce el efecto que todo esto tiene en mí.

Me acaricia la cara interna del muslo con el cuero negro de la fusta, sube por mi vientre y luego rodea el pezón ya atormentado por sus dedos y su boca.

– Esta 'cosa' es una fusta y puede hacer mucho daño, pero no sólo eso– explica utilizando mi término poco ortodoxo.

Sus ojos son un pozo de turbia y tórrida promesa y siento que me ahogo dentro de su oscura mirada.

– Depende de quién lo utilice– prosigue.

Contengo la respiración cuando veo que su muñeca se echa hacia atrás, el golpe llega seco y abrasador a mi pezón.

Grito de dolor pero la sensación dura sólo un instante, luego un fuego arde en mi alma, un placer aturdido enciende mis pechos y en un instante la misma energía llega a mi vagina que se contrae espasmódicamente.

– Respira Sara. Y dime: ¿dolor o placer?

Jadeo, ni siquiera me doy cuenta de que he aguantado la respiración, abro los ojos y su cara a escasos centímetros de la mía me atrae como un imán y me acerco pero él se aparta.

– Respuesta – orden.

– No lo sé– digo, tratando de llegar a sus labios.

Necesito besarle, mi cuerpo grita por la necesidad que tengo de él, de sus manos, de su tacto.

– ¿Lo intentamos de nuevo?

Intento responder, pero otra bofetada en el otro pezón arranca un grito de mis labios entreabiertos para decir que no.

En cuanto desaparece el dolor, tiemblo por la oleada de placer que me invade, mis constricciones se tensan y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que estoy muy cerca del orgasmo.

Cuando siento el calor de su cuerpo junto al mío y el impulso de frotar cada parte de mí contra él envenena mi mente, me doy cuenta de que acabo de cruzar un umbral, un umbral que me llevará a la perdición.

– ¿Dolor o placer? – me susurra cerca del oído.

Abro los ojos y veo reflejada en los suyos toda la pasión que se arremolina en mi interior.

– Placer– afirmo.

Una sonrisa de satisfacción surca sus labios antes de abalanzarse sobre mi boca, robándome el aire pero también la razón. El beso termina demasiado pronto y gimo de insatisfacción.

– Dime qué pasaría si lo hiciera aquí– pregunta.

Se aparta y con la fusta toca los pliegues de mi sexo.

Gimo de placer ante la suave caricia, pero niego enérgicamente con la cabeza antes de que se decida a hacerlo sin esperar mi respuesta.

– No, no lo hagas, es demasiado...– empiezo pero la presión de la fusta aumenta y mi clítoris estimulado por la herramienta envía oleadas de placer por todo mi cuerpo, enviándome cerca del punto de no retorno.

– ¿Es demasiado qué?

– Es demasiado sensible– concluyo, mientras aparta ese pequeño conjunto de piel retorcida de mis pliegues empapados.

– ¿No quieres disfrutar?

Sacudo la cabeza aterrorizada, pero no por el dolor, sino por el miedo a que realmente pueda disfrutar así.

– No creo... –empiezo.

Pero lo hace y me impresiona.

El orgasmo me desborda con fuerza, me rompe en tantos pedazos que temo no poder recomponerlos jamás; es tan intenso que mi diafragma se bloquea y ya no puedo tomar aire. Veo todos los colores del arco iris arremolinarse detrás de mis párpados fuertemente cerrados mientras el placer me arranca un grito ronco.

Cuando consigo llenar mis pulmones de oxígeno, una nueva contracción de la vagina me sume en un nuevo pico de placer que también me quita la razón.

Sollozo y me suelto de las ataduras, apoyándome completamente en la cruz que tengo detrás.

Abro los ojos y ahí está, sin tocarme pero mirándome con deseo, pareciendo alimentarse de cada una de mis expresiones, de cada uno de mis gemidos.

Levanta una mano y se limpia primero una mejilla y luego la otra.

Lloré.

Consiguió hacerme sentir un orgasmo tan potente que lloré.

– ¿Dolor o placer?– pregunta.

– Te odio.

Sonríe socarronamente y está a punto de decir algo, pero el sonido de los aplausos procedentes de la puerta atrae nuestra atención.

Un chico apoyado negligentemente en la columna nos mira atentamente.

– No me lo podía creer– dice en un tono casi burlón.

– Cuando me dijeron que estabas luchando con un súcubo –continuó, sacudiendo la cabeza.

– Tenía que verlo– añade.

– Ahora que lo has visto, puedes irte – exclama Dominic, con voz perentoria.

– ¿Puedo participar?

– No.

– ¿Puedo mirar?

– No.

– Pero sería instructivo, usted dice que necesito....

– Salir. Cierra bien la puerta y vigila que nadie más nos moleste.

El chico, con gesto despectivo, se despegas del marco de la puerta y se da la vuelta para marcharse.

– Michele, te lo advierto – Dominic le devuelve la llamada.

El chico se detiene con los puños cerrados y los hombros rígidos.

– Si entra alguien más, te castigaré.

– Sí, amo– dice sin darse la vuelta.

Sale y cierra la puerta tras de sí.

– ¿Quién era?– pregunto.

– El futuro Dom que estoy entrenando.

Miro a la puerta y luego a él.

– No pensaba que los Dominantes también tuvieran que ser entrenados.

– Sobre todo, lo necesitan: tienen en sus manos la vida y la salud de sus súbditos.

Comienza a desabrochar las hebillas que atan mi brazo derecho.

– Así que no entenes a sub. sino a Dom.– digo, observándole mientras continúa con su tarea, ignorándome.

– ¿Cómo es eso?– pregunto con curiosidad.

No responde y continúa desatándome el otro brazo.

– ¿Le gusta dominar a los que son lo bastante fuertes para oponerse a usted o hay algo más?

– Éstas no son cosas que te conciernan –dice, mirándome mal.

– ¿Le excita imponer su voluntad a quienes ya tienen una voluntad dominante?

– No.

Me masajeo las muñecas y los brazos, mientras él se arrodilla para desatarme las piernas.

– ¿Ni siquiera te excitas cuando la Dom. que entrenas es una mujer?

– Yo no entreno a Mistress– exclama con voz llena de desprecio.

– ¿Por qué? –pregunto cada vez más curioso.

No contesta y sigue desabrochando las correas que sujetan mis piernas a la cruz.

– ¿Por qué si no te emocionas? pregunto.

– Sara, no intentes meterte en mi cabeza, no te gustaría lo que encontrarías allí.

La mirada sucia que me dirige me recuerda a la expresión que tuvo cuando mencioné a su madre hace unas semanas. Puede que las dos cosas estén relacionadas, puede que su madre fuera una Ama.

– Le estabas esperando, ¿verdad?– pregunto, cambiando de tema.

No quiero insistir ahora en un tema tan delicado, este no es el lugar y no estoy en condiciones de ser inquisidor.

– ¿Sabías que iba a venir? vuelvo a preguntar, ya que la primera pregunta quedó sin respuesta.

– Eso es– suspira, mientras forcejea con la última correa.

– Y ahora que tenemos un perro guardián al otro lado de la puerta, puedes contármelo todo –continúa, mientras se levanta y se eleva sobre mí con su altura y su mirada dominante.

Capítulo 6

Se quita la camisa y me la da:

– Póntelo.

Le miro a los ojos, donde veo brillar una luz peligrosa.

– ¿Lo haces por mí o por ti?

– Empieza a hablar, Sara– ordena con voz turbia, mientras sus ojos parecen arder de pasión mal contenida.

Me quiere a mí.

Oh sí, él me desea, tanto como yo a él.

Le cuento todo, todas las llamadas, todas las amenazas y dónde, cómo y cuándo puse el micrófono en casa del jefe de Alessandro.

– Deberías haberme llamado antes.

– No pensé que llegarían tan lejos.

– ¿Oh no, Sara?

– No.

– ¿Y qué te ha parecido?

– No lo sé –digo, bajando la mirada.

– Pensé... Esperaba que mantuvieran su palabra y dejaran ir a mi madre. Cuando me enviaron esa foto entré en pánico.

Le miro y veo toda su desaprobación reflejada en sus ojos.

– Sé que la cagué. Pero estaba asustada y sola.

– No estabas solo. Mis hombres te escuchan constantemente.

– Sus hombres... qué quiere que haga con sus hombres...– Empiezo a enfadarme, toda la tensión de estos días, semanas, sale en forma de ira.

Ira contra él.

– Me dejaste sola en sus manos... manos de asesinos y traficantes– continúo gritando.

– Es culpa tuya–ahí lo he dicho ahora que me he quitado esta piedrecita del zapato me siento

mejor. Mucho mejor.

Pero cuando lo miro con más detenimiento, me doy cuenta de que puede que la haya cagado.

– ¿Es culpa mía, Sara?– me pregunta amenazador, avanzando.

– Sí – susurro mientras doy un paso atrás.

– ¿Y de qué me culpas?

– No estabas allí– explico mientras golpeo la pared detrás de mí.

– ¿Y con qué papel debería haber estado allí contigo?– me pregunta mientras apoya sus manos a ambos lados de mis hombros y se inclina hasta que nuestros ojos están al mismo nivel.

– ¿Tal vez como tu hombre– pregunta.

Veo cómo mueve los labios al pronunciar esas palabras.

Quiero volver a probarlos.

– No, eso ya lo tenías –se responde a sí mismo.

– Ya no– digo mientras me pongo de puntillas para acercarme a esa boca pecaminosa.

– ¿Como amigo?– continúa, ignorando mis palabras y mi muda petición.

– No creo que tu Ale hubiera sido tan comprensiva como para seguir saliendo conmigo a tu lado.

Ya estoy cerca, a un suspiro, y puedo saborear de nuevo sus besos.

Pero él retira la mano de la pared y me agarra del pelo por la base de la nuca, obligándome a apartarme.

– ¿Y qué crees que habrían hecho "ellos" cuando tu novio dejó de verte?

El significado de sus palabras se abre paso lentamente a través de la niebla erótica que envuelve mi mente. Le miro estupefacta.

– ¿Secuestraste a tu madre?– insinúa.

Le miro consternada.

– Sí, Sara, habrían hecho algo para obligarte a volver con él.

No tengo palabras.

– Ahora dime otra vez que es culpa mía.

La verdad es clara: si no le hubiera dejado no habrían secuestrado a mi madre.

– No, la culpa es mía – admito despacio.

– Sí, es culpa tuya– dice enfadado.

– Por no hablar del daño que has hecho con tu comportamiento imprudente.

– ¿Qué se supone que debía hacer?

– Denúncialos.

Me aprieta el pelo con el puño, arrancándome un gemido.

– No podría... le habrían hecho daño.

– Yo me habría ocupado de todo– dice, apretando el puño.

Presiono su pecho desnudo y mis palmas arden al contacto con su piel.

– Suéltame– exclamo.

– Por qué – gruñe a pocos milímetros de mis labios.

– ¿No me deseas?– pregunta, apretando sus caderas contra mí.

– ¿No quieres otro orgasmo?

No espera mi respuesta y se abalanza sobre mis labios, aplastándome contra la pared.

Dejo de apartarle y muevo las manos hacia abajo, acariciándole todo el pecho y luego las caderas.

Su erección en mi vientre, su lengua penetrando en mi boca exigiendo mi sumisión, hacen que mi corazón se acelere y me moje para él.

Aprieto los muslos, los aprieto el uno contra el otro, pero él exige mi capitulación incluso en esa coyuntura, metiendo una rodilla entre ellos hasta que le doy el espacio que pide.

Se aprieta sobre mi carne excitada y gimo en su boca mientras el beso se vuelve cada vez más voraz y carnal.

– Quítate la camisa– ordena, interrumpiendo el beso.

Me quito la prenda y me deshago de ella, dejándola caer al suelo.

Se separa de mi cuerpo arrancándome un gemido, me gustaría retenerlo pero no lo hago.

– Recógelo.

Obedezco y se lo entrego.

– Dóblelo hacia atrás y colóquelo en el mueble – ordena

Está exagerando. Realmente está exagerando.

Tiemblo de ganas de usar su camisa para azotarle, pero sigo su orden y, mientras marchó hacia el armario, doblo su maldita camisa. Cuando me doy la vuelta, tras haber vuelto a colocar cuidadosamente la prenda en la cómoda, estoy tan furiosa con él que me dan ganas de estrangularlo.

Pero le veo apretarse la hebilla del cinturón, abrirlo, desabrocharse los botones y luego bajarse los pantalones por las piernas y se me olvida por qué debería enfadarme.

Ha llegado mi turno, por fin puedo mirarlo.

Se endereza y su miembro se yergue turgente y orgulloso. Me quedo mirando una bolita dorada que brilla en la punta: un piercing.

Polla. Tiene un piercing en el glande.

Le miro a los ojos interrogante.

¿Qué lleva a un hombre a hacerse un piercing justo ahí?

Echo otra mirada voraz por debajo de las pestañas a esa pequeña joya. Me relamo los labios, ahora secos, y vuelvo a mirarle a los ojos.

– ¿Qué pasa, Sara?– me pregunta sonriendo con picardía.

– Yo no... – empiezo pero luego me congelo.

– No, ¿qué?

– Nunca había visto uno... ¿allí?

Su sonrisa se ensancha cuando imagino ese pequeño orbe rozando en lugares donde normalmente sólo se siente una piel sedosa y abrasadora.

– ¿Ah, no?

Sacudo la cabeza mientras me pierdo en su mirada turbia.

– Bueno –exclama, oscureciéndose de pronto su voz:

– Túmbate en la cama, con los brazos en alto y las piernas separadas.

Le miro a la cara pero no me muevo, en sus ojos veo toda la arrogancia y pretensión de dominio que llena su alma.

– ¿Pretendes luchar contra mí?– pregunta, doblando los labios en una sonrisa tan sexy y peligrosa que hace que se me encojan los dedos de los pies.

– Te gustaría– digo mientras me meto en la cama.

No pienso darle más excusas para castigarme.

Asumo la posición requerida y veo cómo sube y se acomoda entre mis piernas abiertas. Se estira sobre mí sin tocarme.

– Mejor que lo creas – murmura a pocos milímetros de mi cara.

Alarga la mano por encima de mi cabeza y agarra algo enganchado al cabecero. Siento la caricia helada del cuero mientras me sujeta las muñecas al marco de la cama. Levanto la cara y contemplo las cadenas que parten del cabecero y terminan con los dos grilletes acolchados que aprisionan mis brazos.

– ¿Estás dispuesto a obedecerme, a respetar mis reglas, mi voluntad?

Tiemblo mientras sus ojos acarician cada centímetro de mi cuerpo, deteniéndose en mis

pechos, y luego más abajo, entre mis piernas abiertas, en mi sexo listo para él.

– Esta noche marcaré tu cuerpo como mío– continúa con la misma voz de mando.

– Te atraparé como sea– dice amenazadoramente.

Sacudo la cabeza, sus exigencias me asustan pero me excitan.

– ¿Qué te gustaría hacerme?

Tiro de las cadenas para probar su resistencia mientras le observo con miedo.

– Todo, Sara, me refiero a entrar en cada rincón de ti. ¿Estás de acuerdo?

Le miro directamente a los ojos, en este momento muy cerca de los míos y los veo brillar de lujuria. Seguramente no debería estar empapada, mi sexo se estremece ante la idea de dejarle violar mi cuerpo de cualquier forma.

– ¿Y? –me incita, ahuecando uno de mis pechos y burlándose de mi pezón con el pulgar hasta dejarlo duro como un guijarro.

Relámpagos de placer surgen del lugar que está atormentando para llegar a mi vientre y luego a mi palpitante clítoris. Dardos de placer eléctrico me invaden, amenazando con hacerme ceder a sus exigencias.

– No– exclamo.

Gimo cuando mueve la mano hacia el otro pecho y aprieta el pezón entre el índice y el pulgar.

– Nunca he practicado sexo anal– admito con voz ronca por el placer que se arremolina en mi interior.

– Seré amable– dice, pero en sus ojos arde el fuego de la conquista.

– Eres demasiado grande.

La sonrisa en sus labios me hace tirar de las esposas para intentar liberarme y arrancarle esa sonrisa de los labios.

– No eres más que un presumido obseso del control. Nunca conseguirás mi consentimiento– afirmo con convicción, intentando no jadear ante sus constantes caricias.

– ¿Apostamos?– pregunta, inclinando lentamente la cabeza y agarrando con la boca el pezón huérfano de sus dedos.

Gimo mientras la excitación crece desmesuradamente. La respiración comienza a dificultarse y mi mente empieza a rendirse a todas las sensaciones que él puede provocar.

Deja de torturarme los pechos y desliza los dedos por mi vientre, mientras su mirada vuelve a clavarse en la mía.

– Me suplicarás que lo haga –susurra en mis labios, con una sonrisa nada reconfortante, pero increíblemente sensual.

– Para atraparte, incluso allí atrás.

Sus dedos descienden perezosamente por mi vientre y se acercan a mi pubis.

Me pierdo en sus ojos y anhelo sus labios. Necesito sus besos, sus caricias, me arqueo cuando salta sobre la zona donde más lo necesito y baja la mano hasta la cara interna de mi muslo.

– Te follaré y te haré suplicar más. Y luego te pondré boca abajo y te follaré también el culo virgen hasta que grites de placer–gruñe.

Tiemblo ante su amenaza y gimo al sentir un dedo abrirse paso en mi interior, al sentir cómo mi vagina se aprieta en torno a ese intruso.

Sacudo la cabeza con obstinación mientras cierro los ojos con fuerza.

Grito cuando Dominic gira su mano para presionar su pulgar sobre mi clítoris.

– Recuerda quién tiene el control, Sara– murmura, sacando todo el dedo y empezando a penetrarme lentamente.

Un dedo.

Un solo dedo es suficiente para ponerme nerviosa. Entra con una lentitud insoportable, bloqueando la respiración de mis pulmones. De repente, los dedos se convierten en dos.

– Estás empapado.

Me contoneo sobre él para encontrar el embrague adecuado y disfruto en su mano.

– Estar quieta – ordena.

Pero no puedo, mis caderas se mueven al ritmo de su mano sin que yo pueda hacer nada por evitarlo.

Retira sus dedos de mi sexo, arrancándome de mi paraíso personal.

Sus ojos severos convierten la protesta nacida en mis profundidades en un gemido preocupado.

Me levanta las caderas y coloca las dos almohadas de la cama bajo mi pelvis.

– Siempre tengo que hacerte obedecer. Siempre tienes que cabrearme –me gruñe en la cara mientras su mirada furiosa hace descender la mía.

Estoy arqueada sobre él, encerrada en una posición indefensa. Y tiemblo al pensar en lo que quiere hacerme.

– A ver si así consigo mejores resultados.

Me acaricia el clítoris y el sexo con el piercing de su miembro, mientras me mira serio a los ojos.

Contengo la respiración mientras el glande con esa joyita se mueve y se detiene donde más lo deseo.

– ¿Quieres sentirme dentro de ti?

– Sí.

– Pues pídelo.

Su voz resuena profunda y oscura, su mirada se vuelve intensa y severa...

– Por favor, amo. Hazme tuya. Tóname– me rindo, he anhelado este momento demasiado tiempo y no renunciaré a él por no pronunciar una frase incómoda.

Su sonrisa de bragas desgarradas se dibuja en su rostro mientras se inclina y coge un condón de la mesilla de noche.

Lo levanta, lo abre y mientras me mira lo desenrolla con movimientos firmes pero lentos:

– ¿Estás lista para ser mía?– me pregunta mientras se inclina sobre mí.

– Sí.

– ¿Estás lista para entregarte a mí?

Lentamente comienza a penetrarme. Lentamente comienza a abrirse camino en mi interior, con un avance cuidadoso y continuo. Duro como el hierro, me estira y estira hasta la extenuación.

Intento llegar a él para poder llevarlo hasta el final con fuerza y energía pero no puedo arquearme más y él me niega lo que necesito.

– Dame más– digo con voz ahogada, los ojos cerrados por el placer del momento.

– ¿Es una orden?– me pregunta, deteniendo todos sus movimientos.

– No. Es una petición– exclamo asustada. Abro mucho los ojos. No quiero que pare.

– Pues haz que lo parezca, Sara– ordena mirándome.

– Por favor. Quiero más, Dom. Quiero sentirte todo.

– ¿Que si quiero? – pregunta mirándome con los ojos entrecerrados.

– Sí, por favor. Por favor.

Lo quiero, quiero sentirlo todo dentro de mí, quiero un empujón vigoroso. Sólo uno... hasta el fondo.

Avanza un poco más. Pero es demasiado poco. Mi corazón late tan fuerte en mi pecho que parece que quiere estallar, mi vagina se retuerce tratando de atraerlo hacia mí.

– ¿Es suficiente?– me pregunta socarronamente.

– No – grito desesperadamente.

Un golpe seco me acerca al punto de ruptura pero no se hunde lo suficiente, llenándome de un frenesí sin igual.

– Por favor, fóllame.

Una fuerte y larga embestida me llena hasta el punto de sentirle presionar contra mi cuello uterino, provocándome una deliciosa punzada de dolor. Cada centímetro de él me tensa y me estremezco en busca desesperada del orgasmo.

– Por favor... muévete– le suplico jadeando.

Dominic se retira y luego se hunde con un movimiento despiadado, sus caderas martillean las mías de un lado a otro en una serie de furiosos empujones.

El orgasmo se acerca impetuosamente. Lo siento venir, lo siento anidarse y enroscarse en la base de mi columna vertebral. Potente e imparable, pero no puedo cruzar el punto de no retorno, no puedo disfrutar mientras su miembro se hunde, retorciéndose dentro de mí. Grito de placer y frustración.

Sigue empujándome hasta acercarme al orgasmo, pero siempre cambia de ritmo y de posición un instante antes de que me corra. Intento no gemir para que me oiga cuando estoy cerca, pero domina mi cuerpo por completo y sabe cuándo parar y arrastrarme a la búsqueda desesperada de un orgasmo liberador.

grito cuando se detiene y se aparta. Intento acercarme a él, pero esas malditas almohadas me lo impiden. Tiro de las ataduras intentando agarrarlo.

– Dominic– gimo, apretando las cadenas con sus manos.

Me agarra y me pone boca abajo.

– Recuerda que mientras des órdenes, no conseguirás nada. Un "por favor" delante de tus exigencias no basta para que haga lo que tú quieres.

Sciaf.

Su mano desciende sobre mis nalgas, no con fuerza, pero lo suficiente para que me arda la piel. El dolor pronto se convierte en calor que corre de inmediato a estimular mi clítoris, que palpita insaciable y exigente, suplicando otra caricia.

Sciaf.

Golpea mi otra nalga y el placer se suma al primero haciéndome contonearme y gemir.

– ¿Estás preparada para mí, Sara?– susurra, abriendo las manos sobre sus ardientes nalgas.

Una nueva oleada de placer nubla mi mente y no puedo responder a su pregunta.

– Responde o te dejaré así. ¿Estás listo para mí?

– Sí – susurro desesperadamente.

– ¿Estás listo para darme todo?

– Sí.

Siento que se mueve en la cama y, poco después, un líquido gotea entre mis nalgas. Un fresco aroma a flores me llena los pulmones y me hace tensarme de preocupación.

Me aprieto contra las almohadas cuando siento que un dedo engrasa mi estrecha abertura y luego la invade lentamente. No duele ni escuece mucho, pero me dan ganas de sentirlo poseerme de nuevo.

Pero entonces llega el dolor que esperaba, cuando un segundo dedo se une al primero, siento que me tenso, me estiro y me quemo.

– Estás tan apretada y caliente– murmura, mientras yo agonizo entre el infierno y el cielo.

– Puedes gritar por mí– me susurra al oído.

El deseo y el terror se mezclan, dejándome sin aliento. Saco los dedos y siento su gruesa punta presionarme.

– Con todo el aliento que quieras– añade.

Empieza a empujar, poseyéndome de una de las formas más íntimas y prohibidas, mi tensión nerviosa igualada por mi tensión erótica.

Grito mientras me penetra lentamente, centímetro a centímetro, estimulando terminaciones nerviosas que ni siquiera sabía que tenía.

Gimo de excitación que crece impetuosa, llevándome a cotas sin precedentes. Olas de placer invaden mi cuerpo en una explosión de colores cegadores. Lucho por intentar contener todas estas sensaciones, asustada por toda esta intensidad.

– No te me resistas– me susurra al oído con voz ronca y llena de pasión.

– Relájate, Sara. Deja que te lleve.

Me agarra las nalgas con firmeza y sigue entrando, invadiéndome un centímetro más, poseyendo no sólo mi cuerpo, sino también mi mente. El ardor y el placer se convierten en todo mi mundo, él... se convierte en todo mi mundo.

– Eres mía, Sara.

El placer y el dolor se anulan mutuamente, dejando espacio sólo para el deseo, el deseo de más... Siempre un poco más.

Avanza con sus caderas mientras lo siento palpar dentro de mí, llenándome hasta la extenuación. De un solo empujón se hunde por completo, desgarrándose con un grito espontáneo.

– Eres increíble– murmura, depositando un dulce beso en mi hombro.

Su cabeza junto a la mía, su cuerpo macizo y musculoso apretado contra el mío. Todo ese placer ardiente anidando en la base de mi espalda, haciéndome gemir de miedo.

Es demasiado. Corro el riesgo de perderme, de anularme, de derretirme por él.

El goce se vuelve tan intenso que hierve furiosamente en mi vientre y luego se dispersa por todas partes. El éxtasis desgarrar mis sentidos mientras la mezcla de placer y dolor hace que mi vagina vacía se contraiga furiosamente.

A pesar de mí misma, me inclino para darle más acceso, subo más las caderas, dejo que me empale hasta el fondo y le arranco un gruñido de aprobación.

– Estoy dentro de ti, Sara. Enterrado donde nadie más ha estado nunca.

Empuja y vuelve a empujar lentamente, luego una y otra vez, arrancándome un gemido desgarrado. Las embestidas son cada vez más rápidas y profundas, y jadeo ante la furia de sus golpes. Lo aprieto con fuerza, arrancándole un gemido.

– Me estás aplastando.

Lo hago de nuevo y suelto un gruñido ronco y chirriante, gimiendo de satisfacción.

Me gusta tener al menos algo de poder.

Pero mi satisfacción dura poco:

– No quieres eso, Sara, si no quieres pagar las consecuencias', gruñe.

Me agarra y me separa las nalgas, penetrándome aún más profunda y salvajemente.

Lucho desesperadamente por alcanzar el orgasmo, pero él cambia el ritmo y el ángulo para mantener el éxtasis justo fuera de mi alcance, hundiéndome repetidamente con consumada habilidad mientras impide que me corra.

– Por favor, Dom, quiero hacerlo.

– ¿Quién tiene el control, Sara?– pregunta, interrumpiéndome mientras se hunde sin piedad, cambiando de ángulo de nuevo.

Me empujo contra sus caderas para conseguir lo que necesito.

– ¿Respuesta?

Su mano se desliza bajo mi cuerpo y empieza a acariciarme el clítoris.

– Tú– grito, echando la cabeza hacia atrás e intentando llenar de oxígeno mis pulmones, bloqueados por la embriaguez en la que me empujan sus dedos.

Las embestidas de Dominic se vuelven salvajes, siento su miembro hincharse y surgir dentro de mí.

– Así que toma lo que estoy dispuesto a darte– gruñe, mientras me pellizca con fuerza el clítoris, llevándome muy cerca del orgasmo.

– Recuérdalo.

– Sí. Señor... jadeo.

Sus dedos invaden mi vagina, mientras presiona su palma sobre mi clítoris. Sus embestidas profundas y regulares me llenan de una potencia increíble.

El orgasmo nos llega de golpe a los dos. Sus gruñidos me llenan los oídos y me empujan a una ola de placer cada vez mayor. El éxtasis me consume, como el fuego consume el combustible, convirtiéndolo todo en energía. Pura energía que tensa cada fibra de mi cuerpo y

me invade, empujándome a un mundo de placer en solitario.

Vuelvo lentamente a la realidad y gimo cuando se separa de mí y se desploma a mi lado.

– ¿Fue tan aterrador?– me pregunta, liberándome de mis ataduras.

– No, fue espantosamente magnífico– susurro, mirándole a los ojos que se ablandan y se llenan de picardía.

Se acomoda de lado y apoya la cabeza en una mano con el codo apoyado en el colchón.

– ¿Por qué daba miedo?– me pregunta mientras masajea primero una muñeca y luego la otra.

– La intensidad y el ardor –digo, perdiéndome en su mirada hipnótica.

Su mano se mueve deslizándose ligeramente sobre mi piel hasta mis nalgas aún levantadas por los cojines.

– Necesitamos una ducha– dice.

Se levanta y se dirige a una puerta situada en el lado opuesto de la habitación.

Vaya, ¿esto es un escape?

Ruedo sobre los cojines y contemplo su retirada con asombro.

¿Qué le asustó?

Me pregunto, pero entonces mi mirada se dirige a su trasero y observo cómo sus nalgas se contraen al ritmo de sus firmes pasos.

Tiene un culo estupendo.

– Vamos– me insta mientras abre la puerta de par en par y se da la vuelta, sorprendiéndome admirando su redondo y firme lado B.

Capítulo 7

Me levanto rápidamente para seguirle pero mi trasero protesta, una punzada me hace jadear de dolor, salgo de la cama con más cautela y calma.

Mi pobre ano no está nada contento con el tratamiento al que acabo de someterme, pero debo admitir que ha sido una experiencia intensa, muy intensa.

Quién sabe tal vez Cassandra, cuando hablamos de sexo con sus hombres, se refería precisamente a este tipo de intensidad.

Sonrío al acercarme al baño, oigo correr el agua y me apresuro, una punzada de dolor me desgarrar, y la sonrisa de Dominic en el umbral de la ducha, me desgarrar.

– No te regodees...– digo venenosamente.

– No está bien reírse del sufrimiento ajeno – añadido.

Su sonrisa se ensancha y sus ojos brillan con picardía.

– No me río de tu sufrimiento.

– ¿Un no? pregunto mientras me acerco lentamente.

– ¿Y de qué te ríes?

– Por satisfacción– dice.

– ¿Qué satisfacción? pregunto, desconcertada.

– La satisfacción de haberte dejado un regalo que te hará pensar en mí en los próximos días– añade, aún sonriendo.

Oh, Dios. Tiene la sonrisa más peligrosa, dan ganas de desnudarse y frotarse contra él sin freno. Y el hecho de que ya esté desnuda no ayuda.

– ¿Un regalo?– recalco, levantando una ceja dubitativa.

– Sí.

– ¿Es un regalo para ti?– le pregunto, mientras me acerco mucho a él y rozo con la punta del dedo sus marcados abdominales.

– Un momento juntos, impreso en tu carne para los días venideros. Sin duda, un regalo que deberías apreciar.

Detengo mi mano y le miro a los ojos con asombro.

Su arrogancia no tiene límites.

– No tanto como a ti te complace haberle impresionado –digo, pinchándole con el dedo a cada palabra que pronuncio.

– Por supuesto.

Y me arrastra bajo el chorro de agua caliente, me aprieta contra él y me acaricia toda la espalda con sus grandes manos.

Me encantan las manos de los hombres y las tuyas tan grandes y fuertes son una lujuria en mi piel.

Me arqueo contra él, cuando llega a mis nalgas y me las aprieta y luego las separa, una punzada de dolor me recorre el vientre y luego se vierte en mi sexo, haciendo que se contraiga anhelantemente.

Me da la vuelta, presionando mi espalda contra su pecho, sus manos agarran mis pechos y luego se burlan de mis pezones, apretándolos y retorciéndolos entre el pulgar y el índice.

– Toma el gel de ducha – ordena con un susurro.

Agarro la botella que tengo delante, él aparta las manos de mis pechos y yo me muerdo los labios para no protestar. Vuelve las palmas hacia arriba esperando a que se las llene.

En cuanto sus manos enjabonadas se posan sobre mi vientre y descienden hacia abajo, mis fuerzas me abandonan y me inclino completamente contra él.

Su caricia perfumada me quita el aliento y la razón, gimo y gimo pidiendo más pero sus manos son ligeras sobre mi piel, me gira hacia él y enjabona también el otro lado.

Cuando sus dedos se deslizan entre mis nalgas y presionan y frotan mi nudo contraído, grito y me retuerzo. Nuestros cuerpos se deslizan el uno sobre el otro debido a la presencia del jabón, siento su erección en mi vientre y me aprieto más contra él y giro las caderas para provocarlo.

Jadeo y grito cuando introduce la primera falange de un dedo en mi ano, ya de por sí tenso.

– No lo hagas, Sara. No me provoques– ordena con un dedo firme dentro de mí.

– No, señor– susurro, conteniendo la respiración y bloqueando cada movimiento.

Saca lentamente el dedo y vuelve a introducirlo. Gimo, el dolor ha desaparecido dando paso al placer, inclino la pelvis hacia aquel intruso pero sus ojos me miran con severidad.

Me quedo paralizada, perdiéndome en sus ojos oscuros como la noche y me chupo los labios, sintiendo cómo me hormiguean. Quiero un beso. Necesito su boca en la mía.

Su dedo me abandona y el deseo por él se hace aún más intenso, me pongo de puntillas en busca de esa boca pecadora.

– Si quieres un trozo de mí entre tus labios, tienes que arrodillarte –dice, avanzando un paso y sacándonos de debajo del chorro de agua.

Oh, sí. Poder verle temblar por mis caricias es una tentación que no debe perderse.

Me arrodillo y le doy un pequeño beso burlón justo encima del ombligo, ganándome un gruñido impaciente como respuesta. Bajo un poco, sintiéndome poderosa y, por primera vez, dueña de los acontecimientos.

El miembro caliente y turgente entre sus muslos, sus testículos crispados por la excitación, haciéndome desear acariciarlo, sentir su piel sedosa bajo mis dedos.

Levanto una mano para agarrarlo, pero Dominic, como un rayo, me bloquea la muñeca entre sus dedos de hierro, justo antes de que pueda tocarlo.

– Sin manos, Sara.

Levanto los ojos hacia los suyos y me sumerjo en su mirada tormentosa, sus labios curvándose en una sonrisa llena de lujuria.

– Nunca te dejaré el control total– dice.

Su otra mano se desliza entre mis mechones. Aprieta el puño y me impide acercarme a él.

Saco la lengua, la rozo y saboreo la gotita preorgásmica que brilla en la punta. Mientras continúo mirándole, desafiándole. Me deja acercarme unos milímetros y puedo jugar con el piercing. Sus ojos se vuelven casi negros de placer.

Puede pensar que tiene el control, pero no lo tiene. Ahora no.

Con la lengua y la boca, le acaricio la bolita y siento cómo se estremece ante mis atenciones. Estoy excitada, mis pechos están turgentes y mis pezones duros como piedras, mientras me inclino sobre él. Su agarre se afloja y consigo meterme todo el glande en la boca. Pero él tira de mi cabeza hacia atrás, alejándose de mí.

– Déjame hacerlo – le susurro.

Con un ligero gruñido, me agarra del pelo de la nuca para impedir que baje la cabeza.

– Déjame darte placer, Dom. – Continúo.

Me deja acercarme y yo lo rodeo con mis labios, le paso la lengua por toda la cresta y le acaricio el frenillo, arrancándole otro gruñido.

Muerdo su glande palpitante y luego cojo el piercing con los dientes y tiro lentamente.

A juzgar por lo mucho que se le dilatan las pupilas, debe de gustarle mucho.

Una contracción de mi vagina me arranca un gemido y Dominic se introduce más profundamente en mi boca.

Me deja tragar un poco más y yo gimo ahogándome en su miembro, gimiendo con fuerza en los músculos de mi vagina.

Siento su miembro surgir entre mis labios y hunde un poco más la punta grande en mi boca. Se retira un poco y vuelvo a acariciar la bolita, tirando despacio con los dientes, moviéndola aquí y allá con la punta de la lengua, luego vuelve a hundirse entre mis labios llenándome por completo, succiono y respiro por la nariz para evitar el reflejo nauseoso.

Se hunde de nuevo haciéndome sentir el pinchazo en la garganta.

– Joder– exclama y me agarra la cabeza también con la otra mano, soltándome la muñeca.

Empieza a moverse dentro y fuera mientras le acaricio los testículos con la mano que ha soltado.

Gruño y aparto mis dedos de él. Aprieto los labios y hago que se hunda y se retraiga aún más rápido.

– Sara sisea con voz ahogada, mientras el orgasmo le abruma.

Oleadas de líquido caliente me llenan la boca y la garganta, trago y siento cómo se estremece por mí. Espero a que la última gota de placer lo abandone también y la deslizo por mis labios dejándola salir.

Me agarra y me levanta, luego me aprieta contra la pared de la ducha mientras el chorro nos golpea y nos inunda de agua caliente.

– Tienes que aprender a aceptar lo que te doy.

Se aprieta contra mí. Todavía está duro y yo estoy hambrienta. Me agarra las caderas con manos rapaces y me levanta, haciéndome separar los muslos, y luego me penetra con un movimiento firme, empalándome sin piedad.

El calor de la pasión comienza inmediatamente a envolverme. Dos embestidas, sólo dos magníficas embestidas que me llenan deliciosamente. Mis empapadas e hirvientes paredes vaginales se acercan a su tórrida longitud, pero él se retira y me vuelve a poner en pie.

– No tomes iniciativas si no quieres pagar las consecuencias.

Sale de la ducha y me deja tan llena de deseo que me dan ganas de reventar. Palpito y lo anhelo, anhelo su cuerpo, su calor y su aprobación.

Joder.

Cierro el agua caliente y me quedo bajo el chorro mientras se enfría.

Le odio.

Cuando salgo, tiemblo de frío, pero al menos todo el calor de la lujuria ha desaparecido.

Al menos por ahora.

Envuelvo mi pelo en un paño suave y mi cuerpo en otro y me uno a él en la sala de torturas.

Completamente vestido, apoyado en uno de los robustos postes de la cama, está hablando por teléfono, pero en cuanto me ve interrumpe la conversación.

Me mira sin hablar, pero en sus ojos veo desaprobación y también en la imperceptible rigidez de su mandíbula.

– Quítatelos.

Realmente no le gustan las toallas.

Le desato y dejo que desenrede mi cuerpo, despacio, muy despacio, y su expresión se vuelve aún más oscura, su mandíbula se contrae más y su mirada se vuelve ardiente.

Se acerca, su paso, aunque lento, grita "peligro" con cada movimiento. Parece un felino a la caza y yo soy su gacela, su próxima comida.

Me obligo a permanecer quieta, mientras coloco la toalla en el mueble auxiliar y más tarde añado la que envuelve mi cabeza. Mientras mis ojos permanecen cautivados, clavados en los suyos que parecen querer incinerarme, arden en el fuego de la pasión que vibra por todo su cuerpo, mientras se detiene a un suspiro de los míos.

– Va a buscar su correa.

La escarcha penetra en mi mente y luego invade todo mi cuerpo.

Odio esa cosa.

Lo miro, yace sin usar en la cómoda junto a la puerta, parece una serpiente de cascabel enroscada sobre sí misma, lista para morder a cualquiera que se acerque.

Entonces mis ojos vuelven a los suyos, no quiero ir a buscar esa cosa y luego llevársela como si fuera su perrito faldero.

– Olvídalo.

Con un rápido movimiento engancha un dedo en la anilla del collar que me rodea el cuello y tira de mí hacia él, haciéndome caer sobre su pecho. Luego levanta la mano, obligándome a levantar la cara.

– O vas por ella, o tomas el lugar de la toalla en ese banco de nalgadas.

Suelto el collar y me giro para echar un vistazo al mueble sobre el que he colocado los paños. Efectivamente, es un banco es también bastante amenazador con sus asas y correas en la parte inferior.

– Ve a por el banco– exclamo, dándome la vuelta.

– Jason casi habrá terminado su demostración– me informa con voz impersonal.

– ¿Estás segura de que quieres quedarte aquí, en lugar de ir donde todo el mundo espera que estés?

Vaya mierda.

Qué gran pedazo de mierda. No es justo que se aproveche de mi culpa.

Marcho hacia la puerta, agarro la serpiente, la estrangulo con fuerza y, tras volver hacia él, se la golpeo en el pecho.

– Estoy lista para mi paseíto, amo, pero no olvide las bolsas de caca.

Una de sus manos rodea la mía y con la otra me arranca la correa de los dedos. Luego me tuerce el brazo a la espalda y me atrae hacia él.

– Estás castigada, Sara– dice mientras sujeta la correa al aro, manteniéndome inmovilizada.

Su voz impregnada de intención amenazadora, me excita tanto que siento humedecerse los pliegues de mi sexo, siento contraerse mis paredes vaginales.

Debería ir a un psicólogo para que me explicara por qué encuentro tanta satisfacción en desafiar su autoridad aunque luego tenga que soportar su venganza.

Quizá ahí radique el problema: su venganza.

Porque cuando veo esa luz peligrosa encenderse en sus ojos oscuros me emociono mucho.

Sus labios se abalanzan sobre los míos, castigadores, dominantes y envolventes. Un gemido escapa de mi boca y Dominic lo aprovecha para apoderarse por completo de mí.

Hunde una mano en mi pelo y mueve mi cabeza exactamente donde y como quiere.

Su beso sigue robándome el alma, me aprieto contra él y me inclino hacia su cuerpo. Gimo en nuestras bocas mientras intento devolverle un beso que se parece mucho a una declaración de guerra.

– Pero tendremos que esperar. Ahora no tengo tiempo para ti– susurra en mis labios, sin apenas moverse.

De repente me suelta y me tambaleo sin su apoyo, me tira de la correa y me saca de la habitación.

Su pupilo está apoyado en la pared del pasillo, justo al otro lado de la puerta, levanta los ojos de su smartphone y me mira con anhelo. Sus ojos exploran mi cuerpo, deteniéndose en cada marca roja que destaca en mi piel.

Me siento desnuda bajo su escrutinio y apresuro el paso para evitarlo dejándolo atrás.

Cruzamos el pasillo en absoluto silencio y, afortunadamente, nadie le detiene, no levanto la vista de sus pies que marchan enérgicamente delante de mí hacia una puerta, donde se detiene y se da la vuelta.

– ¿Estás preparada?

Asiento sin mirarle, sintiendo aún la presencia del chico detrás de nosotros e intentando mantener una actitud sumisa.

Abrimos la puerta y entramos en un pequeño teatro: varias sillas colocadas en ordenadas filas frente a un pequeño escenario en el que vislumbro a dos personas, mi vista obstruida por una pequeña multitud de pie justo al otro lado del umbral.

Dominic me lleva a una zona más tranquila y, tras sentarse en una silla libre, me hace señas para que haga lo mismo.

La idea de posar mi probado trasero sobre esa dura superficie me asusta un poco, pero cuando tira de la correa no tengo alternativa.

Me siento con circunspección y, como preveía, tengo que morderme el labio para no dejar escapar un gemido que desgarraría el duro contacto con mi asiento. Él, con una micro-sonrisa satisfecha en sus hermosos labios, coloca la correa de lado sobre su muslo y sigue observando

cómo se desarrolla el espectáculo en el escenario.

Qué maldito bastardo.

Sigo su mirada y veo a Cassandra de espaldas al público, pero al estar sentada en una zona lateral puedo ver parcialmente su perfil. Tiene los ojos cerrados y en el rostro una expresión serena de absoluta confianza.

Jason camina a su alrededor con una cuerda azul eléctrico en las manos: la cuerda ya está enrollada alrededor de su torso, pasando por debajo de sus axilas, de un lado a otro de su pecho y también por debajo de sus pechos.

De vez en cuando se detiene a coger otro trozo de cuerda, atándolo en el lugar adecuado. Muchos nudos oprimen el cuerpo de Cassandra y con cada nuevo enredo ella entrecierra los labios o se los muerde, pareciendo sentir un inmenso placer.

Jason se inclina para susurrarle algo al oído y veo que ella asiente con la cabeza.

Me fascina la atención que le presta. Cada intrincado nudo que hace parece unirla más y más a él.

Se trata, en efecto, de un ritual sensual.

Después de atarle los brazos a las cuerdas que le cruzan el pecho, se arrodilla frente a ella y la veo estremecerse mientras probablemente le deposita un beso en el vientre.

Tras atarse también las piernas con intrincados giros y nudos, se levanta y saluda a alguien entre bastidores: un ruido estridente llena la sala, donde reina un silencio reverencial y una cadena descende del techo.

Cuando está a la altura adecuada, vuelve a asentir y la agarra, acercándola a la espalda de Cassandra, la engancha y da la orden de levantarla.

En un instante, mi amiga se encuentra suspendida en el escenario a un metro del suelo. Cuando Jason le da la vuelta, veo la expresión de éxtasis en su cara:

– Me gustaría ir, amo– exclamo en voz baja.

No puedo quedarme a verlo. Es demasiado íntimo, demasiado personal. No puedo ver su orgasmo. Porque no hay duda de que pronto tendrá uno y muy intenso, como diría ella.

Dominic me mira un momento y luego se levanta llevándome hacia la salida con la correa enrollada en el puño. Salimos mientras oigo la voz de Jason explicando a los espectadores las diversas ataduras que ha realizado y los gemidos de Cassandra de fondo.

– Creía que te había gustado– me pregunta en cuanto salimos del pequeño teatro.

– Sí, en efecto– susurro siempre con los ojos bajos como una buena sumisa.

– ¿Y?

– Sentí que estaba violando su intimidad.

Levanto brevemente los ojos y veo que una expresión escéptica llena su mirada.

– ¿O no te apetecía excitarte viendo a tu amiga correrse en público?

– Tal vez– respondo, pero después de pensarlo un momento:

– No, no sé, eran tan íntimos, tan compenetrados que sentí que les robaba un momento propio.

– De hecho ese es el propósito del Shibari y Morgan es uno de los mejores, uno de los maestros más apreciados.

– Me alegro por Cassandra, parecía realmente extasiada.

Dominic no comenta nada más y yo le sigo en silencio.

– ¿Lista para empezar de nuevo?

Estamos frente a la puerta más allá de la cual está el pasillo que lleva a la habitación donde dejé toda mi ropa y también la pulsera con el bicho.

– Sí.

Cruzamos el umbral cuando una duda me asalta de repente:

– ¿Cómo le entrego el expediente?

– ¿Qué expediente?– me pregunta frunciendo el ceño.

– En la que reuní todas las pruebas y escribí todo lo que nos dijimos con los rusos.

Quizá olvidé decírselo.

– ¿Y dónde estaría ese expediente?– me pregunta mientras caminamos por el pasillo.

– En el coche: en mi bolso.

– ¿Qué coche, Sara?

– De Jason.

– ¿Y lo dejaste desatendido?– pregunta incrédulo.

– No– exclamo horrorizada.

– En el coche está Battista – le informo, o eso espero.

– OK, entonces deja el expediente en Torre, luego veré si puedo contactar con él para que me lo entregue.

– Torre, ¿sería bautista?

Un movimiento afirmativo de cabeza es todo lo que recibo cuando abre la puerta de la habitación donde nos conocimos.

– Date la vuelta– ordena un momento después de cerrar la habitación.

Obedezco al verle buscar sus llaves en el bolsillo trasero.

– Aquí termina nuestro encuentro, Sara– dice con voz estentórea, mientras suelta el pestillo y me quita el collar.

– Espero haberte dado lo que necesitabas –continúa en el mismo tono, mientras echo de menos la tira de cuero–.

Me siento desnudo y solo.

– Sí, amo– respondo con voz tranquila, mientras me giro hacia él.

Dominic saca la llave del candado del llavero y me la entrega.

– Este es el número de un dominante de Múnich, podría ser el adecuado para ti. Llámalo y te dirá si puede recibirte– dice, mientras coge el teléfono y teclea rápidamente algo en su smartphone.

Oigo que mi teléfono emite el sonido de un mensaje entrante.

– Gracias, Maestro.

Se acerca a mí en perfecto silencio y me roza los labios con el pulgar mientras envuelve mi mejilla en su cálida palma, luego se da la vuelta y sale de la habitación sin volver a mirarme.

Una parte de mí se va con él: vuelvo a estar sola.

Capítulo 8

Me visto y vuelvo a apretar el cable de los auriculares alrededor de mi muñeca.

Estoy decidiendo si irme o quedarme aquí y esperar a Cassandra y Jason, cuando Michele irrumpe en la habitación.

Cierra la puerta tras de sí y me mira sin decir nada.

– ¿Qué quieres, Michele?

– Para ti, "Amo Michele" dice, poniendo el acento en la palabra "amo".

– Lo siento, pero sólo tengo un Dom y no eres tú –respondo secamente.

Realmente no quiero tratar con él. Estoy demasiado cansada y triste.

– Cuando estás aquí y no llevas su collar, tienes que someterte a todos los Amo –explica amenazador, acercándose a mí pavoneándose.

Comparado con Dominic es un chochín: 1,80 m de altura, hombros anchos, caderas estrechas y musculatura delgada. Así que en conjunto podría ser incluso amenazador si la imagen de su entrenador no estuviera en mis ojos.

Además, su rostro tiene una dulzura provocada por la juventud que no ha desaparecido del todo, lo que no le ayuda a mejorar la imagen del Dominante severo. Y aunque se ha dejado crecer la barba, su juvenilismo sigue siendo bastante evidente.

– ¿Sabe que estás aquí? le pregunto en voz más baja.

No quiero disgustarle más y no quiero discutir con él.

– No.

– ¿Y crees que se alegraría por ello?

– Te quitó el collar, así que...– y se encoge de hombros con desinterés.

– En mi opinión, si se enterara, te lo haría pagar, y muy caro– digo pacientemente.

– Será mejor que te vayas antes de que se entere –continúo, acercándome a él.

– No te preocupes, no me hará nada– susurra, mirándome.

– Me ha mandado a buscarte 'Amo J' – dice con una sonrisa burlona en los labios.

– Sígueme – y sale de la habitación sin esperar más.

Mientras recorremos un par de pasillos, intento sonsacarle algo de información:

– Le conoces desde hace mucho tiempo 'Maestro D'.

– Durante un tiempo– responde con evasivas.

– ¿Cómo es como entrenador?

– Severus.

Su tono condescendiente empieza a molestarme, está claro que no quiere charlar conmigo pero al menos podría ser un poco menos huraño.

– ¿También sales fuera del club?

– No.

– ¿Trabajan juntos?

Se vuelve para mirarme con impaciencia.

– No.

– ¿Qué hace cuando no trabaja y no está aquí?

– Si no cierras la boca te la llenaré con una mordaza de bola– amenaza, girándose bruscamente y apuntando sus ojos azules hacia los míos, ojos helados por la poca tolerancia.

No tengo ni idea de lo que es una mordaza de bola, pero no me gusta nada el nombre, así que asiento derrotado y continuo siguiéndole en silencio hasta que se detiene delante de una puerta y llama.

– Adelante.

Michele abre la puerta y me deja pasar sin seguirme, mientras paso a su lado me lanza una mirada de satisfacción.

Hacerme callar le ha hecho sentirse orgulloso de sí mismo y me abstengo de lanzarle alguna barrabasada.

No se merece el esfuerzo que tendría que hacer para mantener un intercambio verbal con él.

En cuanto cruzo el umbral, cierra la puerta, dando un fuerte portazo tras de mí.

Jason, sentado detrás de un gran escritorio, levanta la vista del papeleo que está examinando, evidentemente molesto por el alboroto.

– ¿Enfadada?– me pregunta.

– Yo no...– empiezo, pero luego desisto no quiero malgastar palabras con ese niño travieso.

– Siento que se nos fuera de las manos.

Vuelve a bajar la mirada hacia los documentos y me indica que tome asiento en uno de los sillones frente al escritorio.

Me acerco y contemplo otra posible fuente de dolor para mi trasero.

Bueno, al menos este parece suave.

Me siento muy circunspecto y, de hecho, la molestia apenas se nota, así que me relajo contra el respaldo.

– ¿Dónde está Cassandra?– pregunto tras unos segundos en los que me ignora y sigue leyendo y escribiendo notas en los bordes de las hojas.

– Ahora se une a nosotros – responde, todavía ocupado con su trabajo.

Miro a mi alrededor pero hay muy poco que admirar en la habitación, es un despacho clásico y más bien pequeño, en el que sólo destacan la mesa en la que estamos sentados y una estantería de madera blanca llena de documentos.

– ¿Cómo te fue con el 'Maestro D'?– me pregunta después de mirarme un momento.

Su voz me distrae de mi contemplación del entorno. Me giro bruscamente para responderle, pero el movimiento me arranca una mueca de dolor.

Jason sonríe con picardía mientras me mira más de cerca, reclinándose en el sillón presidencial en el que está cómodamente sentado.

– Bueno, gracias– respondo herméticamente.

– Veo que te ha dejado un par de recuerdos– dice, señalándome las muñecas.

– Sí– susurro, masajeándolas brevemente.

– ¿Fue demasiado contundente?– me pregunta, deslumbrándome con una de sus sensuales sonrisas guiñándome un ojo.

– La derecha –exclamo, devolviéndole su contagiosa sonrisa a pesar mío.

– Pero no me lo digas, ¿y a ti qué te pareció: 'bien'?– pregunta, inclinándose hacia mí.

– ¿Los azotes en público o la sesión en la cruz en privado?

Le miro con la boca abierta.

¿Cómo lo sabe?

La entrada de Cassandra en el estudio me libera de la difícil tarea de responderle.

– Dulzura. Le preguntaba a tu amiga cómo le iba con su amo.

– Por favor, Jason, no seas indiscreto– dice Cass, sentándose en el pequeño sillón junto al mío.

Cassandra me lanza una breve mirada y luego se vuelve para mirar a su hombre.

Está avergonzada.

– Siento no haber podido ir a tu espectáculo– exclamo.

Miento porque no quiero que se sienta incómodo sólo por querer ayudarme.

– Oh, no te preocupes, la idea de que estuvieras cerca de mí fue suficiente– responde visiblemente aliviada por mi afirmación.

Jason me mira serio, claro que sabe que estuve allí pero espero que quiera seguirme el juego.

Sonríó a los dos y ella me devuelve la sonrisa estrechando brevemente la mano que he apoyado en el reposabrazos del sillón.

Cuando se da cuenta de las evidentes marcas de mi muñeca, arruga las cejas y me mira preocupada.

– ¿Te ha dolido?

– No– exclamo, sacudiendo la cabeza.

– Por supuesto que no – repito.

– Sólo jugamos –digo usando el término que él sugirió.

Saco la mano de debajo de la suya y le sonrío con confianza.

– ¿Te lo has pasado bien?

– Muchas gracias.

– Qué te parece si nos vamos a casa, estoy bastante cansado– propongo antes de que pueda empezar con su interrogatorio.

– Por supuesto– exclama Jason mientras se levanta.

Entonces, recordando el expediente que tengo que dejarle a Battista, cojo el bolígrafo que Jason había estado usando hasta un momento antes y escribo:

"En la bolsa que puse en el coche, hay un archivo que tengo que darle a Dominic."

Después de que Jason lea mis palabras, escribo el resto:

"Deberías pedirle a Battista que organice la entrega".

Jason me enseña el pulgar señalándolo hacia arriba y salimos del despacho en silencio.

Cuando salimos del club y subimos al coche, miro por la ventanilla a toda la gente agolpada en la entrada y rebusco entre toda esa gente buscando su figura, pero no está.

¿Quién sabe dónde está y, lo que es más importante, quién sabe con "quién" está?

Los celos empiezan a morderme los tobillos, siguiéndome de cerca, no tengo derechos sobre él pero imaginármelo con otra me desgarró el alma.

Me vuelvo hacia Cassandra, abandonando el club con la mirada e intentando desterrar su imagen de mi mente, pero su pensamiento está demasiado arraigado en mí, demasiadas sensaciones aún arremolinándose en el interior de mi cuerpo y demasiadas porciones de piel recordándome aún dónde me han tocado sus manos, como para poder desterrarlo de mi mente.

– ¿Adónde te llevó y qué te hizo?– pregunta mi amigo en un susurro.

– Me llevó a la sala común y luego directamente a su calabozo.

– ¿Y después qué?

– Dulzura. Acabas de acusarme de indiscreto por hacer estas preguntas, ¿o no?– pregunta Jason, volviéndose hacia nosotros.

– Sí, confirmado.

Nos guiña un ojo y vuelve a sentarse en el asiento del copiloto junto a Battista.

– Pero no es lo mismo si te lo pido yo, ¿verdad?– me susurra Cassandra, acercándose a mí con expresión preocupada en el rostro.

– Por supuesto, no eres indiscreta– le digo, sonriendo con picardía.

– Ya lo creo. Lo mío es sólo preocupación– dice indignada.

– ¿Cómo no?

Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa, luego, poniéndose seria, me pregunta:

– ¿A qué hora sale su vuelo?

– A las seis.

– Vaya. Tienes muy poco tiempo para dormir.

– No importa, me ha encantado verte y pasar un rato contigo, estoy bien en Múnich pero aparte de los pubs y la cerveza el resto es un aburrimiento– digo intentando sonar alegre.

Pero sin que me dé cuenta, mi voz se vuelve triste y mi amiga lo nota inmediatamente.

– Pues vete a casa.

– Ya no tengo casa aquí en Italia y luego está Alessandro.

– Tienes un hogar– me dice convencida.

La miro interrogante y ella continúa:

– Mi casa ya está prácticamente terminada, así que está lista para volver a ser habitada y como me quedo con Jason no la necesito.

Se le quiebra la voz al pronunciar el nombre de su hombre y busco en sus ojos una pista de lo que me oculta, pero aparta la mirada:

– Considéralo a tu entera disposición, puedes venir tantas veces como quieras– concluye jovialmente.

– Gracias Cass, te lo agradezco.

Definitivamente me está ocultando algo, pero estoy segura de que me lo dirá cuando se sienta preparada y, desde luego, no mientras haya extraños escuchando lo que decimos.

Al poco tiempo, ambos nos vemos superados por el balanceo del coche y por todas las

emociones que nos ha deparado esta larga noche.

Es la ronca voz de barítono de Battista la que me despierta.

– Puedes bajar.

Cuando estoy fuera del vehículo, alcanzo a Battista mientras abre el maletero:

– No se preocupe, señorita, yo me ocuparé de su equipaje– dice con su vozarrón.

– Gracias, Battista. Sólo necesito una camisa– añado, agachándome para abrir la bolsa.

Rebusco hasta encontrar el archivo, lo saco y lo dejo dentro del maletero, cojo un puente y me lo pongo.

Al ver la expresión interrogante del conductor, le señalo y me dirijo hacia el ascensor.

– Mientras tanto, vete y yo iré detrás de ti– dice Jason mientras se cierran las puertas.

– Siempre tienen algo que confabular sobre esos dos– me informa Cassandra somnolienta.

Al llegar al rellano, nos saludamos y nos abrazamos durante unos segundos, luego Cassandra se aparta y, deseándome buenas noches, se encierra en el piso de Jason.

Unos instantes después, el ascensor llega al piso y Jason entra en él con mi bolso en la mano.

– Gracias, Jason– digo, recogiendo el equipaje.

Entonces hago la mímica con los labios: "¿hecho?"– y él asiente.

– ¿Dónde está Cassandra?– pregunta mirando a su alrededor.

– En tu apartamento– respondo, señalando la puerta.

– Está bien– dice, pero una luz de preocupación brilla en sus ojos cuando mira en dirección a donde se esconde su mujer.

– ¿Prefieres dormir en el sofá o en la cama de Steven?– pregunta, volviéndose para mirarme.

– Definitivamente en el sofá, gracias.

– No deberías tenerle miedo, no es muy diferente del Dom. que tuviste el placer de conocer esta noche –me informa mientras abre el sofá que se convierte en una enorme cama doble–.

– Quién sabe, a lo mejor la próxima vez que le vea será así– digo mientras se dirige a su piso.

– Ya veremos– me dice antes de guiñarme un ojo y cerrar la puerta tras de sí.

– Ahora te voy a poner en la cama.

Me baja de sus brazos y me corro por todo su cuerpo, estar atada me excita tanto, estar inmovilizada, completamente a su merced, me hace querer estar a su lado, donde me siento segura.

Me hace tumbarme en la cama y luego me levanta los brazos, ya fuertemente atados sobre la cabeza, para asegurarlos al cabecero con un trozo de cuerda.

Dominic se aparta y me mira fijamente desde el extremo de la cama. Su mirada enciende un fuego perturbador en mi interior, es casi demasiado para soportarlo. Tiro de las correas que me sujetan las muñecas, pero no ceden ni un milímetro.

– Abre las piernas.

Obedezco y el aire fresco sobre mi sexo húmedo me obliga a morderme los labios para no gemir. Me arqueo, necesito sus manos sobre mi cuerpo, por todo mi cuerpo, pero sobre todo las quiero ahí.

Dominic separa más mis piernas, luego con otro trozo de cuerda ata mis miembros a la cama.

Cierro los ojos e inhalo profundamente. Con cada vuelta de la cuerda, me siento más y más vulnerable y expuesta.

Me mira intensamente, parece querer explorar y captar cada una de mis expresiones y reacciones.

Vuelvo a respirar hondo y siento cómo la cuerda que me rodea la caja torácica se tensa y la presión por encima y por debajo de mis pechos me excita.

Miro hacia abajo y mis pezones turgentes asoman a través de la cuerda azul, me siento tan lasciva y lujuriosa que lucho por liberarme, por poder cubrirme, por escapar de su implacable escrutinio.

Dominic se tumba a mi lado, sujeta su cabeza con una mano, mientras con la otra empieza a acariciarme perezosamente el pezón izquierdo. Cuando me lo pellizca gimo de éxtasis.

– ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Es cierto que me siento desnuda y expuesta, pero increíblemente segura.

– Sí – susurro.

Me pasa los dedos por el pecho, rodea primero un pecho y luego el otro, encierra uno en el calor de su palma y lo aprieta.

Me retuerzo y gimo de desesperación mientras Dominic me aprieta el pezón y luego se burla de él, frotándolo entre sus dedos. Cada roce desata una sensación de ardor que se dirige de inmediato a mi sexo, donde ardía un fuego incontrolado.

Sus dedos recorren mi cuerpo, rozan mi vientre y mis caderas. Entonces su mano vuelve a descender y me estremezco anticipando que se acerca a donde más lo deseo.

Me acaricia el clítoris con las yemas de los dedos, gimo y me arqueo, luego lo agarra entre el pulgar y el índice y lo aprieta, acercándose al orgasmo.

– Sabes por qué hago esto, ¿verdad?

– Para volverme loco– respondo jadeando.

Vuelve a tocarme el clítoris con la punta de los dedos.

– No, para castigarte– dice.

– ¿Por qué?– pregunto.

– Por tu constante provocación, por tu constante desobediencia.

Mi cuerpo está tenso por la necesidad de encontrar la plenitud.

– Por favor, Dom. Por favor, tómame.

– Oh, puedes estar seguro de eso, pero no hoy.

Desliza un dedo entre los pliegues de mi sexo y luego con una brusca intrusión me penetra, yo levanto las caderas para más.

– Nada de orgasmos por hoy – amenaza y retira el dedo.

Sacudo la cabeza, balbuceando frases sin sentido.

– Te gustaría disfrutar.

Asiento enérgicamente.

– ¿Cuánto lo deseas?

Me presiona el clítoris con el pulgar mientras me llena con dos dedos y empieza a mover la mano lentamente.

– Mucho. Oh, Dios.

Arqueo la espalda, el orgasmo anida en la base de mi espalda y en mi vientre. Arrancándome el aliento de los pulmones y la razón de la mente.

– Estás cerca, Sara–susurra, mientras se inclina entre mis piernas.

Grito cuando su boca se cierra sobre su clítoris.

– Por favor.

Me lame una vez, su lengua recorre mi clítoris sin piedad. Intento repeler la oleada de placer y me estremezco.

– Por favor.

Dominic aparta su boca y sus manos de mi cuerpo.

– ¿Aceptas mis condiciones?

Dios mío. ¿Cuál sería su estado?

Driiin.

El sonido de la alarma del móvil me saca del sueño. Me despierto cubierta de sudor, muy cerca de un orgasmo estelar y completamente envuelta por las sábanas.

Driiin.

Intento calmar los latidos de mi corazón desbocado e intento calmar el orgasmo que ruge en mi carne empapada.

Driiin.

No puedo dejarlo ir, ni siquiera estoy en casa.

Apago el despertador, me levanto y voy al baño, son las cuatro de la mañana y estoy atontada por el sueño y algo más.

Tengo que ir a trabajar pronto y estoy en un estado lamentable.

Me meto en la ducha y me preparo con la mente aún perdida en el sueño que acabo de tener.

Probablemente la experiencia con él y lo que vi de la demostración de Jason y Cassandra me marcaron más de lo que pensaba.

Capítulo 9

Me bajo del avión y me voy directamente a trabajar.

Entro en la oficina muy temprano y está desierta, voy al baño a refrescarme y cuando salgo veo a uno de mis compañeros colándose en la sala de servidores.

Intrigado, voy a ver qué está haciendo y la veo agazapada detrás de un armario lleno de tecnología que la empresa necesita para conectarse a Internet.

– Hola. Leonie– digo, sobresaltándola.

Mi colega, asustada, golpea con la cabeza la puerta del armario que tiene encima.

– What are you doing– añado siempre en inglés.

– Me has aterrorizado– exclama, roja y con los ojos muy abiertos, mientras masajea la zona herida.

Se levanta, sale de la habitación sin responder a mi pregunta y se dirige a su despacho.

Miro hacia el armario donde estaba jugueteando, me acerco para comprobarlo:

Todo parece estar en orden.

Así que cierro la puerta que ha dejado abierta y vuelvo al pasillo.

Cuando paso junto a la puerta de la habitación de Leonie, me giro para pedirle una aclaración, pero me mira con odio, así que me enderezo y me guardo mis recelos.

La mañana pasa rápidamente y sin más contratiempos. Paso la mayor parte del tiempo al teléfono con uno de los mayores clientes de mi empresa.

Tienen un problema en el que llevamos trabajando desde la semana pasada y que aún no podemos resolver.

Cuando estoy a punto de terminar otro teleservicio, me llama la atención un hecho insólito:

Hay una actividad inusual en la red, un paso de archivos injustificado, como si se enviaran paquetes de datos no autorizados.

Intento rastrear el origen de la actividad pero se detiene y no puedo descubrir nada.

Quizá mi mente se ha vuelto demasiado suspicaz y empiezo a ver intrigas a cada paso, quizá este tráfico anormal y lo que ha hecho mi colega esta mañana no son gran cosa y no están relacionados con los rusos, pero la duda ha anidado ahora en mi mente y no puedo quitármela de encima.

Durante la pausa para comer, la duda se convierte en certeza y sigue rondando mis pensamientos.

Eso es, lo voy a llamar.

Espero a que el camarero abandone mi mesa y cojo el teléfono.

Marco el número que me dio Dominic y espero a que alguien conteste:

– Listo.

Una voz de hombre, una voz de hombre bella y profunda pero desconocida, llena la línea telefónica.

– Buenos días– digo vacilante.

– Me dio su número 'Master D.'– continuó cada vez más temerosa.

Al otro lado, aunque sólo haya silencio, percibo disensión, es una sensación extraña que me eriza la piel.

– Dime– ordena perentoriamente.

Vaya. Pero, ¿con quién me has puesto en contacto?

– Como he dicho, conseguí su número de.

Me interrumpe impaciente:

– Sí, lo tengo, continúa.

Marqué el número sin pensar antes en las palabras que debía decir, y ahora estoy abrumada:

– Me llamo Sara y me gustaría verte, conocerte –tartamudeo torpemente.

– Por lo que sé, usted estuvo ayer con el "Maestro D" ¿o me equivoco?

– No, señor, es cierto pero...

No sé qué debería decirle una sumisa a su futuro Dominante.

– "Pero" qué, Sara.

¿Por qué todo el mundo trata siempre de ponerme en un aprieto?

– Pero me gustaría conocerla.

– Para conocerme mejor.

– Sí, señor, si fuera posible, me gustaría reunirme con usted lo antes posible.

– ¿Es una orden, Sara?

Estoy seguro de que esto no es bueno.

– No, claro que no. Lo siento si ha sonado como una orden, lo mío era una súplica.

– Entonces alega un poco mejor– dice con calma.

Qué canalla. Pero por qué todo el mundo es tan intransigente.

– Por favor.

Oh Dios, ni siquiera sé cómo se llama o cómo quiere que me dirija a él...

– Señor, ¿podría dedicarme algo de tiempo?

– Te espero el miércoles a las veintidós en Oblivion, no llegues tarde.

Termina la conversación sin despedirse, sin decirme dónde está ese "Olvido" y sin esperar mi visto bueno.

¿Y si hubiera estado ocupado?

Vuelvo a la oficina con ganas de estrangular a Dominic y a todos los de su calaña.

Son una banda de incivilizados. Eso es lo que son: unos incivilizados.

Durante la tarde observo que cada vez que estoy conectado con un cliente el tráfico adicional aparece puntualmente, dura sólo unos minutos, por eso nunca lo había notado, pero su presencia es sistemática.

Después del trabajo me voy a casa, estoy muy cansada y me tumbo en el sofá sin quitarme los zapatos.

Me despierto sobresaltada al oír el sonido del teléfono móvil.

– Hola – todavía estoy durmiendo.

– Hola Sara, ¿cómo estás?

– Hola Ale, estoy bien ¿y tú? pregunto aún aturdido.

– ¿Cómo has pasado el domingo?– añado para llenar el silencio que crea Alessandro al no responder a mi primera pregunta.

– Estaba trabajando, no tenía nada más que hacer mientras tanto– suelta.

Me enderezo mientras me paso una mano por los ojos.

Nunca había sido tan quejica.

– Fui a ver a Cassandra, estaba un poco enferma– le digo, intentando distraerle de sí mismo.

– ¿Y tú qué has estado haciendo?– me pregunta en el mismo tono entre quejumbroso y agresivo.

– Me llevó a su nuevo club de hombres.

Aprovecho la curiosidad de mi ex para confirmar a los secuestradores que no tengo nada que ocultar, que en el tiempo que pasé en el club no hice nada importante para ellos.

– Abrieron una sala privada especial– digo en voz baja.

– ¿Qué tipo de habitación privada?– me pregunta mordiendo el anzuelo.

– Un club sadomasoquista– exclamo con entusiasmo.

– ¿Y has ido?– pregunta escandalizado.

– Sí, estuve con un Dom.

Tal vez no debería habérselo dicho, tal vez esto es demasiado para él.

Así que apresuradamente añado:

– Me revolvió un poco, pero nada extremo –digo, intentando endulzar la píldora, pero ya es tarde.

Mi imprudencia habitual, porque nunca pienso en las consecuencias antes de hablar.

– ¿Te acostaste con él?

No puedo decirle la verdad. No puedo arriesgarme a que me eche de su vida.

– Más o menos.

– ¿Qué significaría más o menos?

Su voz de inquisidor me molesta.

– Significaría que no llegamos a la penetración– digo, resentido por su tono.

– ¿Pero todo lo demás sí?– pregunta, repentinamente triste.

– Sí, Ale, todo lo demás sí– susurro suavemente.

Espero su reacción, pero sólo oigo silencio.

– Lo siento, tal vez no debería habértelo dicho– digo sinceramente.

Sigue sin hacer comentarios.

– Que sepas que puedes contarme lo que quieras, pero si es demasiado pronto para ti, puedo pasarlo por alto– concluyo, esperando su respuesta.

– No, está bien, somos amigos y los amigos se cuentan todo.

Quizá esté empezando a digerir la nueva situación.

Ojalá.

Al día siguiente, voy a la oficina muy temprano y primero intento averiguar qué ha manipulado Leonie.

Reviso por todas partes pero no encuentro nada. Estoy a punto de irme con el puño en la mano, cuando veo un cable que parece más nuevo que los demás: está conectado a un puerto de acceso del cortafuegos que debería estar vacío.

Me acerco a ella y la sigo hasta un aparato que no debería estar allí. No lo veo bien pero no quiero tocarlo ni moverlo, no puedo arriesgarme a que sepa que lo he descubierto y no quiero dejar mis huellas.

Automáticamente cojo el móvil para hacer una foto y la examino con calma, pero entonces me quedo paralizada.

No puedo usarlo todo el mundo lo vería.

Me arrugo y aprieto para acercarme y por fin verle mejor.

Es un cortafuegos. ¿Por qué lo conectaste aquí? ¿Para qué lo necesitas?

Desde luego, no para trabajar.

Me libero de la maraña de cables que me rodea, me levanto y me quito el polvo de la falda:

– ¿Qué haces aquí? me pregunta mi jefe en inglés mientras me mira desde la puerta.

El susto hizo que mi corazón entrara en fibrilación y ahora late furiosamente.

– Mi ordenador tiene problemas de conexión y he comprobado que todos los cables estaban bien enchufados– exclamo, intentando respirar con calma para que mi pulso se ralentice.

Me mira durante unos segundos y luego su mirada severa se relaja:

– ¿Has resuelto el problema?

– Sí gracias, de hecho, había un cable mal enchufado– respondo mientras me acerco.

– Leonie también debe de tener el mismo problema– le digo cuando estoy frente a él.

Me mira inquisitivamente y le menciono el incidente del día anterior, tratando de infundirle dudas.

– Ayer la vi trasteando con los cables –le informo, mientras se mueve para dejarme salir de la habitación.

– Quizá deberías llamar al servicio técnico– añado mientras le doy la espalda y me voy.

Nada más entrar en la oficina, el teléfono de mi mesa cobra vida y suena. Lo miro con miedo:

A estas horas sólo pueden ser ellos.

– Listo.

Mi voz sale temblorosa y baja, y me odio por ello, pero el terror que corre por mis venas ha paralizado mis cuerdas vocales.

– No te metas, 'Kotik', sisea la voz a la que he aprendido a temer.

– ¿De qué?– me atrevo a preguntar, aunque supongo que se refiere a lo que encontré en la sala de servidores.

– No metas las narices en lo que no te importa.

Su orden confirma mis sospechas: es cosa suya, están utilizando mi teleservicio para enviar o robar datos de los clientes.

– Muy bien, estoy fuera de esto– digo.

– ¿Puedo hablar con mi madre ahora?

Tengo miedo de que le hagan algo como repercusión.

– En los próximos días– reconoce antes de dar por terminada la conversación.

La inquietud me acompaña durante todo el día y ver que las transmisiones de datos adicionales llegan cada vez con más frecuencia me hace temer por mi seguridad y la de mi madre.

Si le acusaran de espionaje empresarial y le detuvieran, ¿qué le pasaría?

Durante toda la noche y el día siguiente, la inquietud no me abandona, sobre todo porque los secuestradores no se ponen en contacto y empiezo a temer seriamente por la salud de mi madre.

Estoy deseando que llegue el momento en que por fin pueda dar rienda suelta a todas mis preocupaciones con el hombre que Dominic me envió.

A pesar de que no estoy aquí para "jugar" a pesar de que no es la primera vez que tengo que someterme al procedimiento de acceso, a pesar de que el hombre con el que hablé por teléfono sabe por qué estoy aquí, sigo estando ansiosa, lo que se suma a la ansiedad de mi empresa y de mi madre.

Miro a mi alrededor. En este salón: como el de Mistress Gloria, todo parece normal, no da la sensación de estar en un club sexual, el pequeño tamaño, el mobiliario elegido con gusto dan la impresión de estar en cualquier otro piso.

El pequeño sofá en el que estoy sentada es de cuero negro y frente a mí hay dos sillones a juego, la única excepción al color que domina esta sala de espera: el verde salvia.

¿Por qué me haces esperar?

Tuve que escuchar una vez más las instrucciones dadas a las sumisas, pero esta vez no se trataba de una "clase privada" sino que estaba con otras personas reunidas en una sala contigua a ésta.

Pero luego nos recogieron a cada uno y nos llevaron individualmente a un salón privado.

Rellené concienzudamente un cuestionario exhaustivo, marqué las casillas de una lista interminable de gustos sexuales, repasé actividades eróticas que, de sólo pensarlo, me aceleraban el corazón y me hacían imaginar escenas o más bien "juegos" que Dominic podría querer jugar conmigo. Luego apilé prolijamente los papeles y los dejé sobre la mesita llenando el espacio

entre el sofá y los sillones.

Intento relajarme, intento desterrar todos los pensamientos eróticos de mi mente, sé que no cruzará ese umbral pero la esperanza de verle no quiere abandonarme.

El silencio absoluto que reina en la sala me agita cada vez más, me levanto y cambio de asiento.

No, no puedes ver la puerta desde aquí.

A solas con mis pensamientos, cada vez estoy más nervioso, más en vilo.

En la silenciosa habitación oigo el clic de la puerta. Me pongo en pie al instante, conteniendo la respiración.

Entra un hombre alto y rubio, cierra la puerta y entra a grandes zancadas. De complexión delgada pero atlética, camiseta ajustada y pantalones de cuero ajustados. La ropa totalmente negra de pies a cabeza acentúa su porte de Dom autoritario.

Se detiene a unos pasos de mí y aprieta los labios en una expresión de desaprobación.

– ¿Sara?

Reconozco inmediatamente su voz grave, es el hombre con el que hablé por teléfono.

– Sí –respondo, vacilante, y le tiendo la mano.

– Un placer– digo.

Me mira como si hubiera cometido un error imperdonable. Curva ligeramente los labios en una sonrisa altiva y me estrecha la mano.

– ¿Es así como el "Maestro D" te enseñó a presentarte a tu Dom?

– No– susurro, mientras siento que mis mejillas se inflaman.

Mi estómago se aprieta de tensión, mi ansiedad aumenta aún más cuando me mira fijamente sin hacer más comentarios.

¿Le habrás informado de que todo es una actuación?

– Soy el "señorito Erik" –se presenta, soltando la mano que aún sostenía entre las suyas.

– Siéntate – ordena.

Me siento en el sofá y él toma asiento en uno de los sillones, alarga la mano para coger el formulario que dejé en la mesita y empieza a estudiarlo con interés.

Oy, oy, esto no presagia nada bueno.

– ¿Hay algún problema?– pregunto vacilante.

– No.

Al cabo de un rato, el "señorito Erik" se inclina hacia mí con los brazos apoyados en las piernas y en las manos las sábanas que descienden por el espacio creado por sus rodillas.

– ¿Por qué estás aquí, Sara?

Le miro durante unos segundos esperando un asentimiento, un guiño, algo que me indique que está siguiendo un guión, pero él sigue mirándome fijamente a los ojos sin mover un músculo.

– Creo que es obvio lo que quiero– respondo señalando el formulario.

– He respondido a todas las preguntas. ¿Hay alguna más?– añado agresivamente, sin querer dejarme intimidar.

– A decir verdad, sí– responde, nada conciliador, con una pequeña sonrisa en los labios.

– ¿Qué es exactamente lo que buscas?– me pregunta, dejando los papeles sobre la mesita.

– Sexo –respondo, pensando que es lo que debería decir una persona en mi situación.

– ¿Qué tipo de sexo?– pregunta en un tono bajo y confidencial, sin dejar de mirarme fijamente.

Mierda, si no estuviera aquí por otra cosa ahora mismo estaría alborotado.

– Lo que tú quieras– le respondo mientras le miro mal.

Curva los labios en una gran sonrisa, se echa hacia atrás en la silla y apoya un tobillo en la rodilla de la pierna contraria.

Bronceado, de ojos verdes, rostro intenso y anguloso, pelo espeso y bastante largo en la parte superior de la cabeza, tanto que le roza la frente y se riza ligeramente en las puntas y casi completamente rapado a los lados: parece un dios griego venido a divertirse entre nosotros, pobres mortales.

– Hay un número infinito de juegos eróticos que podría jugar contigo. ¿Segura que quieres darme carta blanca?

Esta vez su pregunta me avergüenza y miro hacia otro lado.

Límites... quiere hablar de mis límites.

– Sara, mírame– insinúa con voz autoritaria.

Obedezco y él continúa:

– Recuerda que no hay respuestas correctas o incorrectas. Además, aquí nadie pretende juzgarte, sólo quiero asegurarme de no sobrepasar tus límites, no sería un buen Dominante si no intentara conocerte bien antes de ir por ahí.

Tiene razón, por supuesto, tiene que ser creíble, no podemos arriesgarnos a parecer precipitados.

Así que respiro hondo y me armo de valor para hablar con un desconocido sobre sexo, sobre ese tipo de sexo.

– Sinceramente... –empiezo con la voz entrecortada y los ojos bajos.

– Mírame– repite en tono imperioso, interrumpiéndome.

Obedezco al instante, sintiendo que una serie de escalofríos recorren mi cuerpo por quién sabe qué oscura razón.

- No debes avergonzarte de tus deseos y no vuelvas a apartar la mirada- ordena.
- De acuerdo- asiento, mirándole a los ojos enardecidos por la ira, y continúo:
- No me gusta que me degraden o humillen, especialmente en público. No quiero probar el fisting y la práctica de orinar sobre la gente me parece repugnante.
- ¿Has practicado alguna vez juegos eróticos de sumisión o bondage?
- Sí, con el "Maestro D."- susurro.

Silencio, un silencio largo y tenso. Contengo la respiración esperando la siguiente pregunta, pero él me mira sin decir nada. Me retuerzo incómoda, esperando que me pregunte por mi experiencia con Dominic, pero en lugar de eso el silencio se prolonga y me remuevo inquieta.

- ¿Podemos irnos? pregunto cuando ya no puedo soportar más su silencioso examen.
- Tensa ligeramente los párpados y los labios, como si la pregunta le hubiera molestado.
- Si te sientes preparada, muéstrate ante mí, como te han enseñado.
 - Sí, señor- respondo con voz apenas audible mientras me levanto.
 - Amo o "Amo Erik- subraya en un tono igualmente tenue pero autoritario.

Lo miro con asombro mientras sus ojos se vuelven cada vez más severos.

- Estoy esperando, Sara- exclama.
- Sí, "señorito Erik- repito molesta.
- Bueno, puedes empezar- dice levantándose y moviéndose para dejarme pasar.

Bajo la mirada mientras me deslizo a su lado. Los agudos ojos de Erik son demasiado escrutadores, parecen capaces de desnudar mi alma.

Empiezo a desvestirme y a doblar cada prenda colocándola en el respaldo de uno de los dos sillones y me quedo sólo con el corsé guepiere de encaje negro que compré especialmente para la ocasión.

- Ponlo todo en esa cómoda -dice señalando el mueble que hay detrás de mí-.

Abro el primer cajón, el único que se puede cerrar, meto todo dentro, incluida la pulsera con el bicho, lo cierro y saco la llave.

Cuando me vuelvo hacia él, se lo entrego, tal y como Dominic habría querido. Me hace señas para que me acerque y, tras guardárselo en el bolsillo, señala el suelo.

Cómo odio esta parte.

Me pongo en la posición que él me enseñó, esperando que todo esto sea sólo para las cámaras que nos están filmando y no para acariciar su ego.

Siento cómo se agacha detrás de mí y me pongo rígida al recordar lo que hizo el "Amo D" hace unos días en un momento muy parecido a éste.

Erik me rodea el cuello con una cadena, no con un collar. Tras sujetarla, desliza el cierre hasta la base de mi garganta y lo suelta.

– Debes llevar esto siempre, Sara, es un símbolo de que ahora perteneces a tu Amo dentro y fuera de estos muros –dice con voz clara, un poco más alta de lo necesario.

Levanto la mano y empujo el colgante que también hace de cierre.

Un candado pequeño.

Sonrío mientras levanto los ojos hacia él.

– ¿Y la llave?– le pregunto.

– ¿Quién crees que debería quedárselo, Sara?

– ¿Mi amo?

– Y quién más– dice mientras me hace señas para que me levante.

– Extiende tus manos hacia mí.

Le miro sin comprender, pero estiro los brazos hacia él de todos modos. En un momento me coloca unas esposas de acero en las muñecas.

Vuelvo a mirar esas cosas odiosas aferrándose a mi carne y luego lo miro a él odiándolo.

– Ven conmigo, te enseñaré el lugar y luego iremos a mi cuartito –me informa, ignorando mi mirada.

Al igual que en la Facet la sala principal está abarrotada y la música atruena, pero aquí, a diferencia de las discotecas tradicionales, el aire está impregnado de un escalofrío mucho más erótico.

Cada persona, cada pareja está aquí para el sexo.

Se nota en todas partes, en los cuerpos que bailan en la pista, en las miradas y en las manos que se tocan.

Con Dominic no había sido capaz de captar estos detalles, quizá por la ansiedad, quizá por su presencia, pero con Erik puedo percibir toda la pasión, todo el deseo que une a estas personas, en cada uno de sus gestos. Encontrarme en este antro de sensualidad hace que mi corazón lata más deprisa y desearía que él estuviera aquí.

Entramos rápidamente en la sala poco iluminada, abarrotada por una multitud de personas con los aspectos más dispares; algunos sólo llevan un taparrabos, otros son muy elegantes y, desde luego, no faltan collares y correas.

Dada la cantidad de gente presente, el cruce no es el más fácil, y él se escabulle entre aquellos cuerpos palpitantes de pasión, guiándome y tirando de mí por la cadena que une los dos brazaletes fuertemente sujetos a mis muñecas.

Al fondo veo nuestro destino: una gran puerta azul de dos hojas. La chica que nos instruye a nuestra llegada nos explica que buena parte de la primera planta está ocupada por salas abiertas a todos equipadas como auténticas cámaras de tortura. En el segundo piso, en cambio, están las pequeñas habitaciones que los Dominadores utilizan para sus juegos privados.

En cuanto llegamos, Erik saluda con la mano al enorme portero que vigila la puerta azul, el hombretón abre una puerta y nos deja pasar.

Tras cruzar el umbral, veo un largo pasillo con muchas puertas cerradas a ambos lados y una escalera al fondo. Al pie de la escalera hay una pareja: él está de pie y ella de rodillas, el detalle que me estremece es la forma en que la sujeta, no utiliza un collar sino una cadena sujeta a sus pezones.

En ese momento ella gime y se retuerce mientras él tira de la cadena.

– Son pinzas para pezones– me susurra al oído.

Su aliento caliente en mi cuello y la imagen de esa pareja me provocan un escalofrío, me excito y me apoyo en él tambaleándome sobre mis tacones de aguja.

Erik me pone la mano en el vientre y me aprieta contra él para estabilizarme.

– ¿Quieres que informe a tu Dom. de que te gustan?– me pregunta en un susurro.

– No, respondo después de aclararme la garganta, sintiendo que se me seca de repente.

– ¿Por qué no, Sara? Parece que te han excitado, ¿verdad?

Quizá me exciten a mí, pero no a él.

Sus caderas apretadas contra mi espalda son una prueba irrefutable.

No está nada emocionado.

– Parece que duelen– exclamo, sintiendo un dolor fantasma en la zona afectada.

– Sólo cuando te los quitas – me informa.

– Pero el resto del tiempo son una auténtica delicia– continúa.

– ¿Por qué te los has probado?– pregunto con picardía, girando la cabeza para mirarle.

Ese pensamiento me hace sonreír, imaginármelo con esas cosas pegadas al pecho hace que toda esta situación sea un poco menos incómoda.

– No, Sara, pero he visto de primera mano el placer y el tormento que dan', dice.

Me ruborizo ante la insinuación de su frase y él me toca la mejilla con el dorso de la mano, curvando sus hermosos labios en una sonrisa traviesa.

– ¿Satisfecha?

Asiento y siento que me sonrojo aún más, desvío la mirada y vuelvo a observar a la pareja que se cierra en una de las habitaciones.

– Vamos– dice Erik, apartándose ligeramente de su pecho.

Decido aventurarme a hacerle también un par de preguntas.

Quizá tenga más suerte esta vez.

– ¿Te entrenó- pregunto, mientras nos acercamos a la escalera para subir:

– No, no como Dominante.

Así que lo entrenaste en la otra área.

– ¿Estás en el ejército italiano?

– Sí.

– ¿Y qué haces en Múnich?

– Estoy temporalmente destinado en el Eurofighter.

– Mi ex también trabaja allí.

– Sí, lo sé- responde lacónicamente.

– ¿Os conocéis?- pregunto dubitativo.

La empresa en la que trabaja Alessandro es muy grande y las posibilidades de que lleguen a conocerse son muy escasas.

– No, pero he leído su expediente.

Es que me pareció extraño.

– ¿Así que eres su subordinado de Dominic? –pregunto, volviendo al tema que más me interesa.

– Ya no, pero he estado –responde siempre reticente.

– ¿Y cómo es estar a su entera disposición?

– Dímelo tú, Sara. ¿Cómo es?- pregunta molesto.

– Difícil.

– ¿Y qué le hace pensar que es diferente en el trabajo?

Toda la molestia que le causan mis preguntas resuena en su voz, pero continuo impertérrito.

– Nada, pero supongo que allí no se usa el sexo para subyugarse.

– Desde luego que no- exclama.

– ¿Qué sabes de él?- pregunto al abordar el último escalón.

Si las otras preguntas le disgustaron, imagino que ésta le disgustará.

– ¿Qué quieres saber?- me pregunta exasperado, mientras se reúne conmigo en el rellano y se gira para mirarme.

– ¿Tienes hermanos, hermanas, esposa, familia?

Bueno, no reaccionó tan mal, podría haber sido peor.

– No que yo sepa– dice y luego añade:

– Segunda puerta a la izquierda.

Me dirijo hacia la puerta que me ha indicado.

– ¿Le has visto alguna vez fuera del trabajo?

– No.

– ¿Por qué son tan reacios a hablarme de él?

– ¿Y quiénes serían los otros que se resistieron?

– Su nuevo alumno incluso me amenazó con una mordaza de bola para que me callara.

– Incluso podría captar la indirecta si no fuera por el hecho de que sólo estás aquí para hablar– dice con una peligrosa sonrisa en los labios y los ojos brillándole igual de peligrosamente.

Entro mientras renuevo la pregunta que aún no ha respondido:

– Entonces, ¿por qué "tú" eres tan reacio?

– Porque escucha todo lo que decimos– dice señalando el colgante que llevo al cuello.

Le miro con la boca abierta mientras llevo una mano al pequeño candado.

Hay un error.

La sonrisa de satisfacción que pliega sus labios e ilumina su mirada es realmente irritante.

– Podrías habérmelo dicho antes– susurro.

– No hace falta que susurres Sara: te oye igual.

– Qué cabrón– exclamo furiosa, mientras intento quitarme el collar. Agarra la cadena que une mis esposas y me obliga a detenerme.

– Creo que insultarle no le beneficia.

– Yo no le he insultado pero tú, eres una carroña – aclaro.

– Creo que ni siquiera te beneficia insultarme– dice mientras cierra la puerta tras nosotros.

– Lo siento– siseo insinceramente.

– Siéntate y cuéntame por qué estamos aquí– insinúa señalando una gran cama.

La habitación es más o menos como la de Dominic, sólo que aquí también hay una extraña composición de cadenas sujetas al techo.

– Es un columpio– me informa mientras se sienta a mi lado.

Sus ojos están siempre furiosos y su voz contiene tanta irritación que ya no suena como la

suya.

– Siento haberte insultado, no era mi intención ofenderte– digo sinceramente.

Veó cómo su cuerpo se relaja imperceptiblemente y su mirada se suaviza.

– Hablaremos de nuevo, Sara, ahora cuenta.

– ¿Pero no deberías atarme para dejar marcas evidentes en mi cuerpo?– pregunto, recordando lo que me dijo Dominic.

– No es necesario– dice con firmeza.

– Pero él... – empiezo.

– Tira un poco de las esposas, no esperan nada más de mí –dice, interrumpiéndome.

– ¿Por qué?

Una sospecha empieza a invadir mi mente.

– Para ti he hecho una excepción, normalmente no acepto mujeres, no tengo sumisas.

Le miro estupefacta.

Un tipo tan guapo.

Qué gran pérdida para el género femenino.

– Me gustan los hombres – especifica.

– Sí, lo entiendo y supongo que no es casualidad que Dominic te eligiera, ¿verdad?

– No creo que tuviera muchas opciones, sin embargo supongo que no le importaba mi homosexualidad.

– Sí. Yo también lo creo.

Mientras tenso las pulseras que adornan mis muñecas, le informo de todas mis sospechas y de todos los hechos que han perturbado mi mundo laboral en los últimos días.

Capítulo 10

En el tren que me lleva a una nueva jornada laboral, pienso en la conclusión de ayer por la tarde: Erik primero me escuchó con mucha atención y luego me ordenó que no pusiera nada más por escrito.

– Es demasiado peligroso.

Ahora que la empresa para la que trabajo también está en el punto de mira de las autoridades por presunta connivencia, más vale que no me sorprendan con pruebas escritas.

Y ahora que mi "antihéroe" me escucha en todo momento.

– Ya no lo necesitas– juzgó Erik.

Acaricio el colgante, ahora que sé que ya no estoy sola me siento más fuerte. Esta noche por fin he conseguido dormir un par de horas seguidas.

Hacía más de un mes que no lo hacía.

Me siento en mi escritorio y, mientras espero a que se encienda el ordenador, el teléfono de mi mesa suena de forma inquietante.

– Sara. Mi niña.

– Mamá.

Por fin. Oigo la voz de mi madre a través del altavoz.

– Oh, Dios. Mamá, ¿cómo estás?– pregunto preocupada.

– Bueno, hasta aquí todo bien, pero me han dicho que estás creando demasiados estragos, que pones mi vida en peligro– susurra.

Su voz, llena de abatimiento, me hace contraer las manos sobre el auricular del teléfono. Lo aprieto tan fuerte que oigo siniestros crujidos.

Porque se lo dijeron.

– Yo... –intento justificarme, pero ella me interrumpe.

– Entonces, ¿es verdad? ¿Es realmente cierto?

La incredulidad de su voz me llena el pecho y el corazón de miedo, miedo de haberla puesto en peligro pero también de haberla decepcionado.

– ¿Tan poco te importa mi salud? ¿Tan poco te importa mi vida?– continúa, cada vez más abatida.

Se abre un abismo en mi corazón.

– No mamá no digas eso, estoy haciendo todo lo posible para poder abrazarte de nuevo.

– Me han dicho que te diga que no te metas en lo que no te importa, que no husmees ni investigues –me dice con voz más firme.

– Te prometo que nunca volveré a hacer algo así.

– Pues bien, también hoy quizá viva –susurra desconsolada.

– ¿Cuándo te dejarán ir? pregunto, contagiado por su abatimiento.

– No lo sé, Sara. No lo sé, espero que pronto.

– ¿Sabes dónde te tienen?

Oigo ruidos de lucha y luego la voz de mi madre llamándome y gimoteando.

– Dijimos que nada de investigaciones, "Kotik".

Y la comunicación se rompe. Miro el teléfono e imagino a mi madre arrastrada entre lágrimas hasta su celda.

Esto tiene que cambiar.

Con Erik acordamos volver a vernos el sábado por la noche, momento en el que deberíamos trazar un plan para arrebatar a mi madre de sus garras.

No puedo seguir así por más tiempo.

Los dos días siguientes me encuentro bien y los paso demostrando a los secuestradores que he captado la indirecta y que ya no pienso interponerme en su camino.

Incluso cuando el técnico viene a comprobar nuestros servidores y no encuentra el dispositivo que Leonie añadió, no digo nada y dejo que se vaya sin intervenir.

Sábado por la noche.

Por fin es sábado.

Estoy segura de que estará ahí, hay demasiados cabos sueltos, demasiada carne en el asador.

Frente a la entrada imagino su mirada llena de furia y me paralizó.

Vaya. Olvidé un pequeño detalle.

La última vez que lo vi me dijo que estaba castigado.

Respiro hondo y entro, esta vez tengo mi tarjeta y en la entrada me dejan pasar directamente

a las salas de espera.

El salón azul, esta noche me ha tocado el azul, el azul es el color favorito de Cassandra.

Espero que esto sea un buen augurio. Y que también hoy Dominic no encuentre tiempo para vengarse.

Anticipándome a todas sus exigencias, me desnudo y me arrodillo en medio de la habitación esperándole con la llave del cajón apoyada en la palma de la mano.

Oigo el clic de la puerta y veo a un hombre que se acerca con paso seguro. Se detiene frente a mí.

Pero no es él, puedo sentirlo en el aire, falta algo: ese algo que invariablemente su presencia enciende la excitación.

Camina a mi alrededor y cuando está detrás de mí me toca la cabeza, una suave caricia en el pelo y un escalofrío me recorre la espina dorsal.

– Parece que hoy quieres portarte bien– susurra Erik, cuando vuelve a estar frente a mí.

– ¿Tienes algo para recogerte el pelo?– me pregunta, alejándose un paso como para evaluarme.

– Sí, "Maestro Erik".

– Pues átalos, Sara – íntima, pero capto una nota juguetona en su voz.

Me levanto y le miro a la cara y veo la sonrisa torcida que ilumina su rostro y sus ojos.

– Vamos.

Vuelvo a donde guardé todas mis cosas y rebusco en mi bolso en busca de la cinta del pelo que guardo como emergencia.

Le admiro mientras empiezo a recogerle el pelo en una coleta alta:. hoy no es negro total pero lleva una camisa blanca con las mangas vueltas que le dejan los brazos al descubierto hasta justo debajo del codo, los dos primeros botones del cuello están desabrochados, lo que le da un aire licencioso.

Guau. Eso es realmente sexy.

– La cola, Sara.

Me doy cuenta de que me he atascado en mitad del movimiento y siento que se me calienta la cara de vergüenza. Cuando le miro y veo la sonrisa burlona que asoma por la comisura de sus labios, el calor se intensifica y se convierte en una llamarada.

Termino de atarme el pelo, desvío la mirada de su increíble físico y me reprocho mentalmente.

No sirve de nada babear por él, le gustan los hombres.

Cuando estoy lista, está a un paso de mí, con las esposas en las manos.

– Muñecas– exclama y se las doy sin mirarle.

Después de cerrar las malditas cosas aquí y quitarme la llave del cajón de los dedos, me saca del salón. De nuevo esta noche me pongo el mismo corpiño que la última vez, y de nuevo esta noche nos dirigimos directamente a la puerta azul.

Tan pronto como lo pasemos.

– ¿Está aquí? le pregunto, mirando su ancha espalda.

– Sí– responde sin darse la vuelta.

Respiro hondo y le pregunto qué es lo que más me importa:

– ¿Está muy enfadado?

– Sí– dice, girándose brevemente para mirarme con decisión.

Lo sabía, ¿y ahora?

No dejo de mirarle la espalda mientras subimos las escaleras del segundo piso que conducen a él.

– No me dejarás en sus manos, ¿verdad?

– Equivocada.

– Pero tenemos que hablar de todo lo que ha ocurrido en los últimos días.

– Ya está hecho, ahora tenéis que enfrentaros entre vosotros– dice, deteniéndose frente a la puerta de su calabozo.

– Tengo órdenes de vigilar la zona e impedir que entre nadie –me informa con hostilidad.

No le gusta, no está de acuerdo con las órdenes que ha recibido. Le miro a los ojos y la rabia que leo en ellos confirma mis sospechas.

Hay demasiada tensión, demasiada pasión en su mirada.

– ¿Te gusta Dominic?

– No– responde negando con la cabeza.

– Por mucho que tu hombre merezca una segunda mirada, es demasiado prepotente para mi gusto.

Sus ojos claros, la sonrisa amarga que me regala.

Es sincero.

– ¿Por qué? ¿Por qué estás tan irritado?

– Soy un Dom, Sara, y me fuiste confiada por el mismo hombre que ahora me obliga a ceder tu control a otros –afirma, sacudiendo la cabeza.

– Yo te puse ese collar– dice, casi gruñendo, acercándose amenazadoramente.

– Pero yo tengo la llave– exclama una voz helada.

Nos giramos, Dominic apoyado en el marco de la puerta nos mira con una sonrisa socarrona en los labios pero una luz peligrosa en los ojos.

– Voy a vigilar la zona. Señor– exclama Erik con voz desdeñosa.

Hace un perfecto saludo militar y marcha por el pasillo.

– Entra– ordena Dominic, ignorando al otro hombre.

Se aparta para dejarme pasar, obedezco diligente y sin mediar palabra. Me acerco, llenándome los ojos con su visión: unos vaqueros oscuros y ajustados que vendan perfectamente los músculos de sus muslos. Una camiseta blanca ajustada que resalta sus abdominales y deja sus brazos al descubierto.

Entonces, tras pasarlo, una conciencia se abre paso a través de la niebla de deseo que me envuelve.

Mierda. Se pelearon por mí.

Cuando cierra la puerta tras nosotros, me giro y espero su primer movimiento.

Se apoya en la puerta que acaba de cerrarse y me mira sin hablar, sus ojos son dos láseres que me escanean de pies a cabeza.

– Quítatelo.

El furioso estallido de su voz me sobresalta y, con manos temblorosas, empiezo a deshacer y aflojar las múltiples cuerdas que me sujetan el corsé al pecho.

Con un movimiento fluido se aparta de la puerta y comienza a acercarse amenazadoramente. En su mirada brilla la furia y la lujuria.

Retrocedo mientras él avanza. Mis dedos luchan cada vez más con su difícil tarea.

Golpeo un obstáculo detrás de mí y un ruido de metal rozando con más metal llena la habitación. La frialdad de las cadenas contra las que choco me hiela la piel con su caricia despiadada.

El columpio.

Sus ojos son tan oscuros, tan llenos de lujuria que jadeo, ahora sólo nos separa un paso y ya no puedo moverme, bloqueada por su personalidad dominante.

Lentamente levanta una mano y me toca todo el brazo, y tras haber alcanzado mi mano con su suave caricia, tira con fuerza de los cordones del corsé y lo deja caer a nuestros pies.

Estoy desnuda delante de él, me rodea y siento que sus dedos me rozan; un brazo, una nalga, una cadera cuando vuelve a ponerse delante de mí.

– ¿Te ha dejado probártelo?– pregunta con severidad, aludiendo a la herramienta que tengo detrás.

– No– respondo ofendida.

- Sabes muy bien que no jugamos a nada- exclamo indignada.
- Qué pena -dice acercándose a mí y rozándome la cara con los dedos.
- Estoy seguro de que le habría gustado.
- Bueno, siempre puedes compensar su ausencia- exclamo fanfarrón.
- Ahora tenemos más que hacer, Sara.

Se da la vuelta y señala la cama.

- Siéntate - ordena.

Dios, cómo odio sus maneras despóticas.

Me subo sobre el corsé y me dirijo a la cama.

- ¿No te olvidas de nada?

Me detengo y me doy la vuelta cuando ya estoy cerca de la cama. Dominic, con los brazos cruzados y las piernas abiertas, me mira con severidad.

¿Qué he olvidado?

me pregunto desconcertada. Le miro interrogante pero no me ayuda, permanece inmóvil mirándome pacientemente.

Y entonces llego:

Quiere que suba y doble bien el maldito corsé.

Marcho de nuevo hacia él, mientras me sigue con una luz peligrosa en los ojos, me agacho a sus pies y agarro la prenda, mirándole sin hacer comentarios, me levanto y la doblo, la ira hirviendo en mis venas como la lava en una cámara de magma.

Tengo tantas ganas de golpearle el pecho que apenas puedo contener el movimiento.

- ¿Dónde lo pongo, señor?- pregunto con los dientes apretados.
- En la cama- sentencia mientras una sonrisita de satisfacción ondea sus hermosos labios.

Ahora voy a estrangularlo.

Me doy la vuelta porque si aún estuviera aquí seguramente me abalanzaría sobre él y le arrancaría esa sonrisa de la cara.

Coloco diligentemente el corsé sobre la cama, pero en mi cabeza lo estoy golpeando con fuerza y maldad. Me siento compuesta en la punta del colchón y lo espero pacientemente, mientras tiemblo de rabia.

- El lunes habrá una redada en su empresa- me informa con voz impersonal.
- ¿Cómo?

Su capacidad para pasar de un momento altamente erótico a otro frío y distante, como el

mundo laboral, me desorienta.

– Encontramos múltiples pruebas de connivencia con la organización que secuestró a tu madre, pero también con otros grupos del hampa.

– Pero...

– Se les acusa de haber robado y transmitido secretos militares– continúa, ignorando mi interrupción.

– Como usted sospechaba, utilizan el flujo de trabajo normal de todos sus empleados para enviar información a sus asociados o para estafar a sus clientes.

– Pero, ¿qué le harán a mi madre?– pregunto preocupada.

– La redada será llevada a cabo por la policía local sobre un sospechoso que no tiene ninguna relación con estos hechos, luego en el curso de la investigación harán creer que se toparon accidentalmente con el tráfico de información.

– ¿Qué más sospecho?

– Al parecer, su colega no tenía nada que ver con el robo de secretos militares, sino que montó una red de prostitución, utilizando los servidores de la empresa para gestionarla a través de sitios de citas.

– ¿Leonie? ¿Una señora? ¿En serio? pregunto asombrado.

– Sí, Sara, frustraste una bonita red de prostitución, ¿contenta?

– Sí, pero los rusos me amenazaron y me dijeron que no me metiera, que se vengarían de mi madre para castigarme.

– No te preocupes por ellos, Sara, el único castigo que debes temer está delante de ti– dice amenazador.

– Lo harán, Dominic, me enviarán otro pedazo de ella.

– No, no lo harán.

– ¿Cómo puedes estar seguro?

– Porque ahora vales aún más– dice.

– ¿Por qué?

– Ahora no sólo tienes un ex novio sino también una amante que trabaja en Eurofighter, eres un peón demasiado importante como para arriesgarse a perderte, no van a tirar demasiado fuerte, no para una empresa pequeña como en la que trabajas.

– Entonces, ¿por qué arriesgarse? Deja las cosas como están.

– Debemos detener la hemorragia, al menos durante un tiempo, con la esperanza de atraparlos antes de que se reagrupen.

– En detrimento de mi madre.

- Le aseguro que no le pasará nada.
- No puede estar seguro.
- Sí, Sara. Estoy muy seguro de que tu madre no será tocada.

Sacudo la cabeza con obstinación.

- No podemos arriesgarnos.
- ¿Confías en mí?

Miro sus ojos tan profundos, tan oscuros, tan seguros.

- Sí.

Porque es cierto que pondría mi vida en sus manos, ¿por qué no la de mi madre?

- Entonces déjame responsabilizarme de su seguridad.

Asiento con la cabeza y la agacho en señal de derrota.

- Tengo miedo- susurro, levantando los ojos hacia los suyos.
- Lo sé- dice, apretándome ligeramente la rodilla.

Su cálida mano permanece allí, apoyada en mi pierna mientras su calor se extiende por todo mi cuerpo.

El aire que nos rodea cambia imperceptiblemente, el erotismo chisporrotea en mi piel, mientras en sus ojos la fría luz del soldado en acción es sustituida por la cálida y apasionada luz del Dominante.

- Ve al columpio- me dice con voz firme.

Se acerca y me quedo embelesada, cautivada por su mirada magnética.

Cuando sus labios están a un suspiro de los míos, cuando siento su aroma invadir mi pecho, cuando anhele el contacto de su carne contra la mía y mi cuerpo reacciona a la suya preparándose para su invasión.

- Ahora- ordena perentoriamente.

Me levanto y, tambaleándome sobre mis tacones de aguja, me dirijo hacia esas amenazadoras cadenas.

Toco algunos bucles de los numerosos e intrincados eslabones y correas de cuero negro, y entonces siento su presencia detrás de mí.

- Tienes mucho que compensar.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, pero sobre todo hace que los músculos de mi vientre se contraigan, desencadenando una oleada de deseo.

Cuando sus dedos recorren ligeramente mi columna vertebral, mis pezones se agitan como soldaditos de juguete y mi sexo se tensa en un vicio impulsado por el placer.

Aprieto los labios para no gemir. Pero cuando se inclina y posa sus labios en mi hombro y luego siembra un reguero de besos ligeros hasta mi cuello, no puedo resistirme y entrecierro los labios, dejándole sentir todo el placer que puede encender dentro de mí.

– Date la vuelta– me susurra al oído, desencadenando una cascada de escalofríos.

Cumplo y él me aplasta contra su cuerpo, apretando su mano en la curva de mi espalda. Me arqueo contra él, adaptándome a su cuerpo, y me pierdo en sus ojos intensos.

– ¿Cuál es tu palabra de seguridad, Sara?

– Estocolmo– susurro, mientras agarra algo detrás de mí.

Me rodea la cintura con una de las correas de cuero y la aprieta para que no se mueva. Luego vuelve a pasarme por detrás y me coloca otras correas alrededor de los muslos, el esternón, los brazos y las muñecas.

Retrocede para admirar su trabajo y me mira con avidez, me rodea, comprueba cada constricción pasando un dedo entre mi piel y la de las bandas.

Aprieta o afloja las hebillas hasta que está satisfecho con su trabajo y me siento cada vez más excitada, cada vez más envuelta por su dominio.

Se coloca frente a mí y me levanta la cara, se inclina y me roza los labios con un contacto fugaz.

– ¿Estás preparada?

Entrecierro la boca para responderle, pero él se apodera de ella y me roba un beso corto y posesivo. Me cosquillean los labios cuando los suelta, me tenso hacia él y me pongo de puntillas para volver a saborear su boca, pero me lanza una mirada sucia que me hace volver literalmente a la tierra.

Agarra una cadena por encima de mi cabeza y tira de ella hacia abajo, las correas que envuelven mi cuerpo se tensan y empiezo a levantarme, tiemblo presa del pánico y me balanceo cada vez más.

– Tienes que estar quieto, tienes que dejar que mueva tu cuerpo, si te agitas sólo creas caos.

Sus ojos me amonestan severamente.

– Entrégate a mí Sara, no te dejaré caer, demuestra la confianza en mí que dices tener –continúa, sondeando mi mirada.

Cierro los ojos e intento encontrar la calma necesaria para superar este calvario, cuando vuelvo a abrirlos no necesito hablar, mi mirada es suficiente.

Estoy lista.

Me levanta y me balancea para que quede boca abajo y paralela al suelo, con otros hábiles movimientos consigue que separe los brazos y las piernas.

Le siento entre mis muslos pero no puedo mirarle, no puedo darme la vuelta porque si no el equilibrio en el que me ha puesto se resentirá.

Su mano se posa en mi coxis, desciende ligeramente por una nalga y luego se detiene en la unión de una pierna.

– Recuérdame tus muchas infracciones– me ordena, mientras empieza a acariciarme la cara interna del muslo con los dedos.

Siento que los pliegues de mi sexo se humedecen y se abren para él, mis pechos se tensan y mis pezones se hinchan, anhele su tacto pero él sigue acariciando el punto que une mi pierna con mi ingle, haciéndome estremecer de deseo e insatisfacción.

– Estoy esperando, Sara.

¿Qué he hecho?

Mi mente es presa de los vapores del deseo y ya no recuerdo nada, no recuerdo por qué está enfadado conmigo.

– Sara.

– No lo sé –respondo con sinceridad.

Desliza la primera falange de un dedo dentro de mí y se detiene.

Poco es demasiado poco.

Mi vagina se tensa ante esa insatisfactoria intrusión, mientras mi corazón galopa furiosamente.

– Por favor.

– Dime lo que hiciste y te daré más – murmura, sacando el dedo.

Gimo y me retuerzo, balanceando mi cuerpo atado y suspendido de las ataduras.

Sciaf

– Para– intima, agarrando mi pelvis con ambas manos.

El ardor de la bofetada me lo recuerda todo.

– Te falté al respeto.

De esto estoy segura, me lo dijo justo antes de dejarnos el domingo pasado: 'Estás castigado', me dijo.

Y sólo por un poco de sano sarcasmo.

– E...?..–

– Y fui indiscreta.

Mis constantes preguntas sobre su vida privada se consideran sin duda inapropiadas.

– E?

– Y eso es todo– digo con confianza.

Estoy segura. Eso es todo lo que hice.

Se mueve y se inclina frente a mí para que nuestros ojos se encuentren.

Le miro desconcertada.

– ¿No considera punible la mentira?

– ¿Y cuándo te he mentado?

– No para mí, Sara.

Le miro esperando alguna explicación más, pero no añade nada más, espera a que llegue por mi cuenta.

La única vez que le mentí no a él sino 'sobre él' es con Ale. pero no puede ser eso, por qué le iba a importar.

– ¿Cuando le dije a Alessandro que no tuvimos sexo? ¿Es esa la mentira a la que aludes?

– ¿No crees que es grave?

– No, en realidad, no –digo con confianza.

Me mira fijamente y veo incertidumbre en sus iris.

– Lo hice por él, no para hacerle daño – explico mis motivos.

Probablemente me malinterpretó.

– Lo hice por mi madre, para que no sufriera si él me decía que no quería verme más –continúo, mirándole directamente a los ojos.

– No lo he hecho porque me avergüence de ti o de lo que hacemos.

¿Cómo puede pensar algo así?

Me estudia con calma, explora y sondea mis ojos con los suyos, parece querer meterse en mi cabeza para mirar dentro.

¿Qué le hizo esa mujer para que dudara tanto de los motivos de los demás?

Yo también busco la respuesta en sus ojos pero no la encuentro, nunca sabré qué le pasó, no hasta que confíe en mí lo suficiente como para contármelo.

Me mira un momento más y entonces veo que sus ojos se aclaran, veo que el miedo se sustituye por la certeza.

– Esto no te exime de ser castigado, no quiero mentiras entre nosotros.

Pero en su tono sólo hay malicia y ya no el veneno de la duda.

– Que no sea nunca – exclamo irreverente.

Le sonrío.

– ¿Quiere añadir otro elemento a la lista?

– No, señor.

– Entonces mantén la boca cerrada si no quieres conocer a la mordaza de bola que todos amenazan con presentarte.

Pienso en Michele y en la irreverencia que mostró a su entrenador cuando me llevó a Jason.

– Lo castigaste, ¿no?

– ¿A quién?

– Michele.

– Ya lo creo.

– ¿Qué le has hecho?

– ¿Me equivoco o detecto una vena sádica en su pregunta?

– No, sólo un poco de sana curiosidad.

– Mucho más de lo que yo te haré a ti.

Se levanta y tira de las cadenas hasta inclinarlas 45 grados con la cabeza hacia arriba y las piernas hacia abajo.

Me agarra de la barbilla y me obliga a arquearme para mirarle.

– Cinco golpes por cada infracción y cinco más por tu curiosidad.

Le miro sin palabras.

¿Veinte?

– ¿Quieres decir algo?

Tengo miedo de que si me rebelo añada más, así que seré bueno y no diré nada.

– No, señor.

Me roza la cara con el dorso de la otra mano y se acerca lentamente, acercando su boca a la mía.

– ¿Estás empezando a aprender? ¿O es sólo el miedo al dolor el que habla?– pregunta, moviendo sus labios sobre los míos.

– Ambos – susurro.

Intento inclinarme para salvar los pocos milímetros que nos separan, pero él me agarra con fuerza la barbilla.

– No más besos y sólo puedes venir después de mí.

Sus ojos severos rompen cada uno de mis pequeños sueños, cada una de mis pequeñas esperanzas.

Me muerdo los labios con el impulso de apretarlos contra los suyos, necesito probarle,

saborear su dominio y me lamo los labios hormigueando de necesidad.

– Sara, no intentes seducirme, podría llegar a ser mucho más estricto que esto.

Se aparta y se aparta de mi cara, vuelve detrás de mí y siento el calor de su cuerpo en toda mi espalda.

– ¿Estás preparada?

Respiro hondo y asiento una vez con la cabeza.

– Quiero oírte decirlo.

– Sí, Señor, estoy lista.

Bam, bam.

Dos fuertes golpes resuenan en toda la habitación.

Capítulo XI

– Están aquí– dice Erik.

Me doy la vuelta y le veo entrar, cerrar la puerta tras de sí, dar dos pasos dentro de la habitación y luego, tras ver lo que ha interrumpido, quedarse inmóvil, apretando los puños.

– Están entrando en todas las habitaciones de abajo, subirán aquí en un minuto –nos informa sin apartar la vista de Dominic–.

Erik da un paso y Dominic le imita avanzando hacia él, se miran fijamente acercándose sin hablar. Se enfrentan como dos leones que luchan por el territorio.

– Pues que no entren.

– Sería sospechoso, si quieres que piensen que estamos juntos tenemos que ser vistos juntos.

Ahora aprieta los puños y veo cómo se le blanquean los nudillos de la fuerza que está ejerciendo en ellos.

– Usa el flogger, no dejes marcas, sólo prepáralo.

Sale y cierra la puerta sin mirar atrás.

Erik se acerca y se agacha, con los ojos llenos de satisfacción.

– ¿Estás preparada?

Otra vez.

Asiento con la cabeza un par de veces y espero, tengo muchas ganas de ver si es el mismo.

– Dilo en voz alta por favor, Sara.

Exactamente.

– Sí, señor... – entonces me acuerdo y me corrijo:

– Sí, amo Erik, estoy lista.

– ¿Tu palabra de seguridad?

– Estocolmo.

– Estocolmo– repite mirándome.

Luego me da la espalda, abre un armario y elige un látigo, con múltiples filamentos de color claro, sujeto por un mango de cuero negro.

Verle con esa herramienta en las manos me irrita.

No debería estar ahí, no quiero que lo haga.

Se da la vuelta y se coloca detrás de mí, donde no puedo verle. La ansiedad empieza a invadirme y me retuerzo.

– El columpio al que estás atada es una de mis herramientas favoritas, y saber que lo está utilizando en mi mazmorra me hace hervir de rabia –me susurra al oído. Detiene mi balanceo agarrándome del costado.

Su mano sobre mi piel desnuda me irrita.

No quiero que me toque.

– Qué te importa Erik, no te gusto, igual que no te gustan otras mujeres, ¿verdad?– pregunto con veneno.

No es justo, no debería estar aquí conmigo.

– No he dicho que esté celoso, Sara, por mí puede follarte todo el tiempo que quiera y de todas las formas que quiera.

Retrocedo y él aprieta con más fuerza mi carne.

– Pero soy posesivo, eres mi sumisa y no me gusta compartir.

– Tengo la idea de que en mi caso tendrá que hacer una excepción– digo en voz baja.

– Su discípulo tiene razón: necesitas una mordaza de bola – dice, moviéndose delante de mí.

Me agarra por la cola y me levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

– ¿Quieres decirme algo?

– No deberías hacerlo. No está bien– le digo.

– Ni siquiera te conozco– añado, susurrando.

Me suelta el pelo, me rodea la nuca con la mano y me pasa el pulgar por debajo de la barbilla, sujetándome la cara para que no fuerce los músculos del cuello para mirarle a la cara.

– ¿Tienes miedo de que te haga daño?

Asiento con la cabeza y luego la sacudo en su gran y cálida mano.

– No lo sé, lo admito hasta yo mismo.

– Sé que es difícil, Sara– susurra con serenidad.

– Antes de llegar a eso tendremos que conocernos y ganarnos tu confianza –continúa en el mismo tono.

Sus ojos verdes están llenos de pesar y comprensión.

– Pero, por desgracia, no tenemos elección: esos hombres son peligrosos y la vida de tu

madre corre peligro.

– Lo sé.

– Tendrás que hacer una excepción conmigo, como yo la he hecho contigo, tomándote bajo mi protección –dice, acariciándome suavemente con el pulgar.

– Tendrás que concederme el beneficio de la duda– continúa.

Nos miramos un rato sin decir nada, sus ojos parecen sinceros y aunque no soy su tipo, ha demostrado que le importo o más bien ha demostrado que es muy posesivo conmigo.

– De acuerdo, confío en ti, pero sigo pensando que no está bien que uses esa cosa conmigo, no he hecho nada para merecerlo –digo frunciendo el ceño.

Me sonrío feliz y su rostro anguloso se suaviza, sus ojos brillan con una hermosa luz sincera.

Imagino que hace picadillo a los chicos con esa sonrisa.

– Considera todo esto como mi castigo por el insulto que me diste la última vez.

Retira su mano de mi cuello y me siento abandonada, como si ese gesto consiguiera conectarme a él para unir nuestras almas, no hay atracción entre nosotros pero creo que puede nacer un gran entendimiento.

– Y esto no es 'un artilugio' sino un flogger y, si se usa con maestría, sirve para insensibilizar la piel– me explica mientras me lo enseña, pasando los filamentos por la palma de su mano.

– ¿Debería interesarme?– le pregunto mientras se mueve detrás de mí.

Un instante después, esos mil filamentos golpean mi espalda, jadeo, arqueándome por la sorpresa.

– Sí, debería.

Oigo el siseo e instintivamente contraigo los músculos de la espalda. Entonces llega un segundo golpe justo debajo de la zona anteriormente golpeada.

– Si te agarrotas, es peor– me informa Erik.

Inmediatamente, se reanuda a un ritmo tranquilo y constante, como si su pulso se moviera en el símbolo del infinito, tan infinito como el número de golpes que azotan mi espalda.

– Y no olvides respirar.

Inhalo y exhalo con calma. No siento dolor, sino un ligero hormigueo.

No está tan mal.

El hormigueo desaparece pronto, dando paso a un calor difuso, como si la piel hubiera alcanzado la saturación y ya no enviara mensajes de dolor al cerebro.

– Lo sientes, el dolor está pasando, ¿verdad?

La puerta se abre de golpe y Erik deja de pegarme y se gira para mirar a los intrusos.

Se coloca delante de mí, tapando la vista de mi cuerpo desnudo a los dos hombres del umbral.

– ¿Qué quieres?– truena mi verdugo con voz furiosa.

– Asistir– dice uno de ellos.

– Piérdete – intima Erik.

– Esto no es un espectáculo público. Y estas son habitaciones privadas– añade.

Da un paso hacia ellos, amenazándoles físicamente.

– Me han dicho que eres un mago con eso– dice el otro hombre, intentando mirar más allá del imponente cuerpo de mi Dom.

– Piérdete si no quieres una demostración de mis proezas en tu piel.

Pasan por delante de Erik una vez más y me aseguro de que puedan verme bien la cara para estar seguros de mi identidad.

Luego desaparecen disculpándose, cerrando la puerta tras de sí.

Unos instantes después entra Dominic, Erik no se ha movido de donde se enfrentó a los dos esbirros y sigue con la misma actitud de lucha: puños cerrados y pecho fuera.

– Puedes irte.

– Olvídalo.

– Fuera, Teniente. Ahora.

– No acepto órdenes en mi calabozo. Mayor.

Luego le entrega el flogger y se apoya con un hombro en la pared, cerca de la puerta, en una pose indolente.

Dominic va al armario y cambia de herramienta, cogiendo otro flogger con menos colas pero más gruesas y oscuras.

Mi corazón late furiosamente mientras él se acerca amenazadoramente.

– ¿Cuántos disparos, Sara?

– Veinte susurros.

– No dejes marcas en la espalda de mi sumisa– dice Erik imperiosamente.

– Mantén la puta boca cerrada– dice Dominic, igual de imperiosamente.

Lo mira durante unos segundos y luego, con dos zancadas, cubre la distancia que nos separa.

El primer golpe cae sobre mí mientras sigo mirando a Erik. Siseo, inhalo. Un espasmo de terror se apodera de mi vientre, el ardor es intenso. Emito un estremecimiento al exhalar.

– Haz algo útil, Erik y cuenta– Dominic rants

– Un– murmulla.

Gimo, aferrándome a esas malditas cadenas. Luego libero la tensión muscular y me entrego a ellas, recordando relajarme como él dijo.

– Dos.

Me maravilla el sonido de su voz.

No he oído casi nada.

Tres, cuatro, cinco, cuento con él.

La espalda me arde como una loca y aprieto los dientes intentando no contraer nada más.

– ¿Estás bien?– pregunta Dominic.

Respondo con un movimiento brusco de cabeza.

– Usa la voz, Sara– interviene Erik e imagino la mirada furiosa que acaba de ganarse del hombre que sujeta el látigo.

Espero no tener que pagar las consecuencias.

– Sí – respondo.

– Buena chica – me elogia Erik.

Dominic comienza de nuevo pero afortunadamente la intensidad no aumenta, el ardor que esas rayitas provocan en mi piel sigue siendo el mismo.

– Seis.

Oh, Dios.

El ardor empieza a extenderse por todo el cuerpo, las punzadas de dolor se convierten en otra cosa, pero igual de intensa.

– Siete.

La quemazón se convierte en un fuego tentador y absurdamente agradable.

– Ocho.

El extraño calor se enrosca y retuerce bajo mi piel.

– Nueve.

Gimo y tiemblo, no quiero ceder a este placer, no está bien.

– Diez.

¿Por qué disfruto con esto?

No debería sentirme abrumado por el éxtasis, no está bien, no es sano.

– Once.

Me arqueo, pero no para escapar del cruel agarre de esas tiras de piel, sino para pedir más.

– Doce.

Me pierdo en las embriagadoras olas que recorren mi cuerpo.

– Trece.

Tiemblo cuando se acercan a mis pechos como lenguas calientes que se lanzan y lamen, empujándome hacia el orgasmo.

¿Qué me está pasando?

– Catorce.

Desciende y me saca el aliento de los pulmones, con las manos cerradas en puños esperando a que golpee mi zona más sensible.

– ¿Estás preparada?

– Sí– me quejo.

Tres golpes seguidos, sin dejarme respirar, sin dejarme contener la oleada de calor que me invade la entrepierna. En un instante, mi clítoris palpita de placer.

– Quince, dieciséis y diecisiete.

Mis dedos se curvan y empujo mis caderas hacia él.

Necesito sentirlos ahí, en mi sexo.

Esos azotes me empujan inexorablemente hacia el orgasmo, atormentándome hasta el olvido de mis sentidos.

– Dieciocho.

Demasiados sentimientos.

No soy más que una aglomeración de sensaciones, lo único que percibo es el placer que bulle en mi cuerpo.

– Diecinueve.

Mi mente está engañada, mi cuerpo está engañado.

No debería sentir placer sino dolor.

Pero innegablemente lo que siento es un placer atormentador total y abrumador.

– Vientos.

Libera un grito. Dedos aferrados a la cadena. Dedos de los pies enroscados.

El castigo ha terminado. Pero mi tormento no.

Me cuesta respirar. Gimo y me arqueo. Estoy presa de un frenesí incontrolado.

Necesito disfrutar.

Pero sólo el aire acaricia mi cuerpo y el tormento es indescriptible.

– ¿Cómo estás, Sara?

La áspera voz de Dominic, impregnada de sexo, aumenta la necesidad que bulle en mi interior.

Una risa ronca me roza el oído.

– ¿Quieres más?– me pregunta, tocándome la espalda con la punta de los dedos.

– No – mi voz sale como un gemido.

Su caricia encendió todas mis terminaciones nerviosas, derramando metralla loca en mi vientre y más abajo.

– No, no lo sé– exclamo atormentada por esta nueva ola de calor palpitante.

Le siento caminar y moverse delante de mí, abro los ojos que hasta ahora había mantenido fuertemente cerrados. Su amplia sonrisa me hace estremecer, sus cálidas manos rodean mi cara, la levantan y la acercan a la suya, llenándome de deseo.

Me mira con evidente hambre y me aparta unos mechones de pelo de los ojos con los pulgares.

– Ahora viene lo más difícil.

Se vuelve hacia Erik y coge algo que él le tiende.

Me trajo una botellita de agua.

Dominic me la acerca a los labios y bebo con avidez. Cuando muevo la cabeza, le devuelve la botella a Erik y vuelve detrás de mí. Me roza y me pasa un dedo por la espalda.

Siseo al contacto, pero luego gimo cuando el calor se traslada a mi clítoris sobreexcitado.

Los dedos de Dominic recorren mi trasero y mis muslos. Gimo y muevo la pelvis.

Joder, necesito fricción, necesito sus dedos sobre mí.

– Prepárala– ordena.

Erik se acerca y, moviendo las cadenas que sujetan mi cuerpo suspendido, me desplaza y me da la vuelta. El mundo empieza a arremolinarse hasta que las manos cálidas y fuertes de ambos me estabilizan y me inmovilizan boca abajo.

Unos momentos después Erik vuelve a apoyarse contra la pared. Mientras Dominic se coloca entre mis piernas.

Dos manos cálidas se posan en la parte posterior de mis muslos, sensibles y bien abiertos. Gimo ante el nuevo calor que se enciende al contacto, serpenteando desde la parte posterior de mis piernas, dirigido a mi ingle.

– Por favor, Dom. Tengo la piel demasiado sensible– susurro, inquieta, intentando escapar

de esas manos.

– Apuesto a que algo más de ti es igual de sensible.

Su mano se desliza entre mis muslos y me roza toda la raja. Jadeo cuando esos dedos pecaminosos suben y rozan mi clítoris.

– Estás empapada, Sara– murmura.

Respiro hondo y contengo el gemido que intenta salir de mi garganta. Cierro los ojos, no quiero ver la cara adusta de Erik mientras escucha las palabras de Dominic.

Unos dedos cálidos me torturan, me acarician, sin darme la fricción que necesito para alzar el vuelo. Coloca su otra mano en una de mis nalgas y la aprieta con fuerza: placer y dolor se mezclan, empujándome a retorcerme en su agarre.

– Para.

Sus manos me abandonan y el calor de su cuerpo también me abandona.

Se dio la vuelta.

– Hay que quedarse quieta– subraya.

Entonces me llega el sonido de una tela y un pañuelo negro entra en mi campo de visión. Dominic lo fija delante de mis ojos.

– Tienes que concentrarte sólo en el placer y eso debería ayudarte– me susurra al oído.

Pero no quiere que sienta placer.

Sólo quiere llevarme un paso más cerca del orgasmo y luego negármelo.

– Gracias, siempre tan amable.

Sciaf.

Una fuerte bofetada en el trasero me hace gritar de dolor.

– El sarcasmo sólo te llevará a más castigos, piensa antes de abrir la boca.

Las ganas de follármelo son tan imperiosas que me muerdo el labio para resistirme.

Un gruñido divertido llega desde el fondo de la sala.

Joder, tengo ganas de mandarlos a los dos a la mierda.

De repente, sus dedos vuelven a mis pliegues, gimo e intento no moverme, pero la quietud aumenta el placer y pronto me encuentro jadeando en busca del orgasmo, siento cómo se acurruca y se arrastra hasta mi vientre, pero se detiene y yo gimo sintiendo cómo se aparta y desaparece.

El sonido del corcho de una botella al abrirse llega a mis oídos, luego un perfume fresco invade el aire. Un líquido frío fluye entre mis nalgas y las contraigo instintivamente.

El dolor provocado por la contracción me arranca un gemido, pero pronto se convierte en un

grito cuando uno de sus dedos acaricia y luego penetra en mi estrecha entrada.

Contengo la respiración y mi ano se contrae ante la repentina intrusión. Un fuerte ardor me hace jadear. Me retuerzo, maldiciéndole mentalmente mientras se vuelve lentamente tolerable y luego divino al sacarlo y volver a introducirlo en mí, y otra vez, y otra. La oleada de placer me recorre el cuerpo y me hace temblar.

Noto cómo mis músculos se tensan y se dilatan bajo el empuje de ese dedo. Luego lo saca, pero sólo para volver a metérmelo flanqueado por el otro.

Lujuria y dolor se mezclan en mi interior, el instinto de retorcerme para escapar de esos dedos infernales me asalta pero me resisto por el placer que pueden darme.

Avanza, estirándome en una ardiente conquista. Su dominio indiscutible me excita y gimo cuando me penetra más profundamente.

– Estás apretada, estás caliente y eres mía– gruñe, retirándose y volviendo a hundirse.

No sé si lo dice por mí o por Erik, sólo sé que estoy perdida en un paraíso de sensaciones orgásmicas increíbles.

– Tengo la idea de que esto te va a gustar demasiado, aprieta los dientes Sara, recuerda que no puedes disfrutarlo.

Saca los dedos y entonces siento que un objeto frío de punta redonda ocupa su lugar. Empuja y me invade lentamente, saturándome de sensaciones devastadoras.

Grito, pero él no se detiene, sigue llenándome lenta pero implacablemente, una invasión que me estira hasta el punto del dolor pero que al mismo tiempo provoca oleadas de placer en mi clítoris.

Ese juguete consigue encender una pasión ardiente en mi interior, un fuego que excita todas mis terminaciones nerviosas, arrebatándome hasta las últimas gotas de control.

Las cálidas palmas de Dominic vuelven a acariciar mis nalgas y luego recorren suavemente mis muslos.

– Le advierto que será intenso.

La gira, la extrae un poco y vuelve a introducirla: tiemblo y gimo, no puedo entender cómo esa entrada puede dar tanto placer.

– ¿Te gusta el programa Erik?

– Sí, su voz ronca me desconcierta.

Pero al fin y al cabo, un culo es un culo.

Me pongo rígido cuando el objeto empieza a vibrar en mí.

Vibrando, masajeando y estimulando, vibrando, llevándome a retorcerme de demasiado placer. Gimo, dividida entre el éxtasis y la agonía.

– Relájate, Sara– murmura Dominic.

– Por favor, deténlo– exclamo, pero él se inclina detrás de mí y siento su aliento en mis pliegues.

– No, por favor. No puedo... – jadeo.

Siento cómo separa mis labios y sopla en mi sexo. Gimo y me arqueo al borde del orgasmo.

Su lengua recorre rápidamente mi clítoris y dibuja pequeños círculos a su alrededor. Lo agarra con los labios y lo chupa con avidez, apartándose justo antes de que el orgasmo me arrebatase.

– Controlado – íntimo

Entonces su boca desciende, se posa sin vacilar en mi abertura, su lengua me penetra con firmeza. Las vibraciones del juguete provocan una serie interminable de descargas eléctricas en mi columna vertebral y mi vagina. Estoy perdida en una oleada de sensaciones intensas que ya no puedo conectar, oigo mi voz suplicante y gimiendo pero yo misma no entiendo las palabras que salen de mis labios.

Me deja libre y durante unos segundos respiro e intento calmar mi cuerpo sobreexcitado.

Oigo el inconfundible sonido de un condón abriéndose y luego la punta de su pene, grande, caliente, implacable, abriéndose paso dentro de mí.

No puedo hacerlo.

Mi cuerpo se resiste a la intrusión, la presencia del vibrador es demasiado incómoda.

– No estás– le digo sin aliento.

Entra lentamente centímetro a centímetro, empuja implacable e imparable, oleadas de placer invaden cada fibra de mi cuerpo.

– Sí, me apunto.

El placer me devora el alma, el dolor me sacude los nervios, creciendo cada vez más hasta que estoy segura de no poder soportarlo más. Sin embargo, continúa y me lanza entre las estrellas mientras los sensibles músculos se contraen espasmódicamente ante el miembro invasor.

– Y me lo quitarás todo – su tono es oscuro e imperioso.

Grito cuando se hunde por completo. El pequeño espacio de mi interior me hace sentir el piercing mientras se desliza por las paredes de mi vagina, provocándome con una fricción perversa.

– Estás tan apretada que me vuelves loco.

Mis esfínteres se contraen en un intento de aceptarlo todo, el juguete y ese enorme miembro, mientras las vibraciones envían descargas eléctricas cada vez más intensas a mi clítoris y mi útero.

– Dom., no puedo hacerlo– siseo.

No puedo respirar, ya no puedo repeler el orgasmo que sube rápidamente. Cada músculo, cada fibra de mi cuerpo se estira hasta el límite, perdido en un vórtice de placer sin igual.

– Devi– ruge.

El pene palpita y se agita en mi interior, llenándome de placer pero también de un feroz abatimiento.

– Ya casi he llegado– me informa con voz ronca.

Entonces empieza a moverse y se introduce dentro de mí con embestidas fluidas y profundas, cada vez que me penetra también golpea el juguete sexy, estimulando mis dos canales.

– Resiste.

Jadeo, el ardiente placer que invade mi vientre es tan intenso que se acerca peligrosamente al dolor, ardo en éxtasis, intento alcanzar el orgasmo de todas las formas posibles pero él siempre cambia de ritmo un instante antes de que alce el vuelo.

– Por favor– grito desesperada.

Entonces lo siento, siento su miembro surgir, sus embestidas se descoordinan y finalmente siento que se corre copiosamente dentro de mí.

Empuja más despacio.

– Ahora puedes disfrutar.

Entonces desliza su mano entre nuestros cuerpos y contengo la respiración mientras sus dedos aplastan mi clítoris.

– Te lo advierto, Sara. Tu orgasmo será violento.

El orgasmo llega y me arrebató, una ola de placer, arrasándome donde mi cuerpo parece convertirse en fluido, ardiente placer.

– Joder– grito, arqueando el cuerpo y tensando las bandas que envuelven mi cuerpo, manteniéndome a salvo.

Sus dedos siguen estimulándome, su pene sigue martilleándome, el juguete de mi interior sigue vibrando y el orgasmo no se desarma, sigue arrastrándome al éxtasis. Siento que mis pulmones luchan por tomar aire.

– Dominic– jadeo asustada.

Inspiro con fuerza, luego me agarroto para una nueva oleada arrolladora, breve pero intensa, el pico de placer me hace estremecer y gemir, estremeciéndome por una sensación embriagadora y satisfactoria. Me estremezco mientras el orgasmo se desvanece y se apaga.

Se retira, apaga suavemente el vibrador y se lo quita. Se me escapa un sollozo y contraigo los músculos instintivamente.

Me siento tan vacía.

Me desatan, definitivamente hay cuatro manos trabajando para liberarme de las cadenas. Pero son los brazos de Dominic los que me agarran y me tumban en la cama.

Me abraza y me acaricia suavemente la espalda, me quita la venda de los ojos y sus ojos oscuros y llenos de pasión me llenan el pecho de melancolía y siento que las lágrimas me corren por la cara.

No sé por qué lloro, debería estar contenta, he tenido un orgasmo estelar y en cambio me siento perdida.

– Lo hiciste genial, Sara, estuviste magnífica.

Porque puede sacar estas emociones de mí.

– Te odio.

– Lo sé, cariño, lo sé.

Estamos los dos tumbados de lado y me pierdo en sus ojos, me acerco lentamente a su boca, acerco nuestros labios, buscando desaprobación en su mirada, pero se queda quieto y me deja besarle.

Me llamó "cariño".

Saboreo lentamente esa boca pecadora y siento mi sabor en su lengua. Suavemente la invado empujando mi lengua entre sus labios, ella me acepta sin protestar y la beso con transporte pero suavemente.

Seguramente se trata de una forma de hablar.

Las lágrimas se secan en mis mejillas y siento una extraña y profunda conexión que me une a él. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

¿Es amor?

– ¿Tienes frío?– me pregunta, apartándose e interrumpiendo el beso.

No. No tengo frío, tengo miedo de enamorarme de ti.

– Un poco.

Poco después una manta nos cubre, me doy la vuelta y Erik me sonríe dulcemente. Se eclipsa, este es un momento nuestro, me acurruco contra su cálido cuerpo y me adormezco en sus fuertes brazos.

– Tenemos que irnos, Sara– me susurra suavemente al oído.

Su mano no dejaba de acariciarme, yendo de la cadera a la espalda, subiendo por el cuello, bajando y volviendo a empezar.

No quiero irme, ni que deje de mimarme.

– ¿Tienes que ir al baño?

Asiento mientras me aprieto más contra él.

– Entonces será mejor que te vayas, antes de que tu Erik venga a arrastrarte.

Su tono es juguetón, pero cuando le miro a los ojos veo un destello que no me gusta.

– Él nunca haría eso– digo convencida.

– Yo no estaría tan seguro.

El brillo se vuelve aún más intenso.

¿Está celoso?

– Sabes que es gay, ¿verdad?

– Claro, pero no estoy aludiendo a su deseo sexual, sino al territorial –dice, desenredándose de mis brazos y levantándose de la cama.

– Si sabías que era tan posesivo, ¿por qué lo trajiste a mi vida?– pregunto mientras me siento en la cama.

– Era lo que había que hacer.

Extiende una mano, la cojo y me atrae hacia él, contra su cuerpo desnudo.

¿Quién sabe cuándo se quitó la ropa?

– ¿Para quién?– le pregunto, mientras le abrazo.

– Por tu madre, por ti y por el caso.

– Pero no para ti– le digo, inclinándome un poco hacia atrás para verle mejor la cara.

– No importa, puedo mantenerlo a raya.

Abro la boca para preguntarle por qué tiene que mantenerlo a raya, pero me pone un dedo en los labios y me hace callar.

– Ahora ve al baño–susurra señalando una puerta.

Le complazco a regañadientes, abandonando su cálido abrazo.

Después de refrescarme, me miro en el espejo y veo que me brillan los ojos.

– ¿Estás enamorada de él?– le pregunto a mi imagen en el espejo.

– Sabes que te va a arrancar el corazón, ¿no?

Me miro en el espejo unos instantes más, pero en esos ojos azules llenos de alegría sólo veo excitación.

Soy una loca.

Sonrío para mis adentros, después de todo, sólo se vive una vez y no quiero dejar escapar nada que sea capaz de encender esta luz en mis ojos. Nada que pueda encenderme de pasión como él.

Y al diablo con las consecuencias.

Le doy el baño y voy a buscar el corsé, pero la espalda se me rebela con solo pensarlo. Intento una y otra vez ponérmelo por encima de mi piel, aún muy sensible, pero no consigo ponérmelo.

¿Cómo me lo pongo?

El sonido de una puerta al cerrarse me sorprende y me vuelvo hacia él, que me mira desde el umbral del cuarto de baño con una pequeña sonrisa en los labios.

– Para mí puedes quedarte así.

– Es Erik quien me arrastrará desnuda por el club, no tú– le recuerdo.

Se le ponen los ojos vidriosos y empieza a rebuscar en cajones y armarios hasta que, satisfecho, me entrega una bata de seda blanca muy ligera.

Nada más cruzar el umbral, encontramos a Erik apoyado en la pared del pasillo con las esposas en las manos.

– ¿Le hiciste beber?

– No – respondió Dominic con fastidio.

– No tengo sed– digo, tratando de cortar la discusión de raíz.

– Deberías cuidar mejor a tus sumisas, 'Amo D.– dice Erik con veneno.

– No he visto ninguna botella por aquí– dice Dominic.

– Chicos por favor, no importa, beberé en casa.

Pero me ignoran y siguen discutiendo.

– Deberías haber buscado más o haber preguntado.

– Entonces dime dónde está la puta botella para que pueda ir a buscarla.

– Yo iré.

– Y no. Ahora dime dónde está.

– En el armario a la derecha de la puerta.

Vuelve a entrar y un par de segundos después me pone una botellita de agua en las manos.

Siento que los ojos de ambos me escrutan mientras lo abro y bebo un sorbo.

– Todos – exclaman a coro.

Mierda. No puedo hacerlo así, dos es demasiado.

Me comprometo y me lo bebo casi todo, cuando siento que no podría tragar ni una gota más. Cierro la botella y se la devuelvo a Dominic.

– Gracias, señor.

– Manos– dice Erik.

Me doy la vuelta y, mientras me aprieta los brazaletes de las muñecas, miro al otro hombre y veo la furia que hierve a fuego lento en su mirada.

Ouch, ouch, me temo que esta posesividad suya me pondrá de rodillas, literalmente... de rodillas.

Fin del segundo volumen

LOS LIBROS DE

Cara Valli

Fuego y olvido

Vol 1 Incendio ([Enlace de compra](#))

Vol 2 Abismo ([Enlace de compra](#))

Vol. 3 Entrelazados ([Enlace de compra](#))

————— Recogido en: **La primera trilogía** ([enlace de compra](#))

Vol 4 Posesión ([Enlace de compra](#))

Vol 5 Decisiones ([Enlace de compra](#))

Vol 6 Lazos ([Enlace de compra](#))

————— Recogido en: **La segunda trilogía** ([Enlace de compra](#))

Vol 7 Pecados ([Enlace de compra](#))

Vol 8 Secretos ([Enlace de compra](#))

Vol 9 Tentaciones ([Enlace de compra](#))

————— Recogido en: **La tercero trilogía**

Amor ([Enlace de compra](#))

LOS LIBROS DE

Cara Valli

Fuego y éxtasis

Vol 1 Oblígame ([Enlace de compra](#))

Vol 2 Agárrame

Resumen

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo XI](#)

[LOS LIBROS](#)